



CAILLEAN

El falso highlander

LISBETH CAVEY

CAILEAN
El falso highlander

Lisbeth Cavey

Título original: Cailean, el falso highlander

© Lisbeth Cavey 2021

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth cavey

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Imágenes portada:

© Can Stock Photo / spanishjohnny72

©lightfieldstudios

Nº de registro: 2102016796729

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

La mañana que Agnes llegó al castillo era desapacible y fría. El cielo ennegrecido amenazaba tormenta y la humedad calaba los huesos. El raído vestido y la fina capa que la cubría no eran suficientes para aliviar su temblor. Estaba nerviosa, era la primera vez que se separaba de su familia.

Ellos habían decidido que ya tenía suficiente edad para mantenerse a sí misma y le habían buscado el trabajo en el castillo de Kisimul.

Había oído historias, leyendas. Decía su madre: no hay que creer todo lo que te cuentan. Y la verdad era que, a Agnes, no le entusiasmaba la idea de trabajar en el lugar protagonista de todos aquellos chismes.

Al castillo solo se podía acceder en una embarcación, y ella había llegado a acompañada de su padre en un pequeño bote perteneciente a un granuja de la isla que les había cobrado una barbaridad por acercarlos a su destino.

Durante el trayecto, Agnes había observado con detenimiento el gran pedrusco que, cubierto de niebla, se divisaba cada vez más cercano. El castillo se le antojaba tenebroso, ella sentía miedo y así se lo hizo saber a su progenitor, pero todo intento de volver atrás fue en vano. Nosotros ya hemos hecho bastante, le dijo, ahora tienes que arreglártelas por ti misma.

Agnes y su padre caminaron el corto recorrido desde el embarcadero al castillo de Kisimul intentando protegerse de las rachas de viento helado que parecían querer echarlos del islote.

Cuando estuvieron delante de la puerta del castillo, su padre llamó con la aldaba.

Pasaron unos interminables segundos hasta que alguien abrió la gran puerta, segundos en los que Agnes pensó que todavía habría una esperanza para ella, sin embargo, aquella pequeña llamita se desvaneció y un hombre de unos sesenta años, calvo y con cejas pobladas, les abrió la puerta.

—Soy Angus Steward, y esta es mi hija Agnes, es la nueva sirvienta —anunció Angus con decisión.

El hombre miró a Agnes de arriba abajo y les franqueó el paso mientras sujetaba un candil encendido, pues el día era tan oscuro que parecía que ya había entrado la noche.

Agnes y Angus siguieron al hombre hasta la cocina, allí les esperaba la señora Fia MacNeil, la hermana del laird.

—¡A buenas horas! —exclamó la mujer.

—Ha sido difícil encontrar alguien que nos trajera hasta aquí, señora. Nos han dicho en la isla que habrá tormenta —dijo Angus.

—Pretextos y más pretextos, de acuerdo, usted ya se puede marchar. Niña, acompáñame, te enseñaré tus aposentos.

Agnes quiso despedirse de su padre, pero Fia insistió en que se fuera sin perder tiempo del castillo. Angus le prometió a Agnes que estaría bien, pero en sus ojos era difícil ocultar la tristeza, ella lo conocía lo suficiente como para saber quién era su progenitor.

Cuando Angus se hubo marchado, Fia le enseñó a Agnes las estancias en las que podían entrar los sirvientes; las habitaciones, una letrina y la cocina. En horas de servicio se podían mover por el resto del castillo, siempre con causa justificada. Según la señora, el laird era muy celoso de su intimidad.

Recorrieron el castillo mientras Fia le daba instrucciones para que ella pudiera desarrollar su

trabajo con eficiencia, también le dio una clara indicación, más bien fue una advertencia. Nunca, jamás podía entrar en los aposentos del laird.

El día fue largo y triste para la joven Agnes, pues su casa era humilde y acogedora, en cambio, el castillo era grande, lúgubre y frío, muy frío.

Trabajó en el huerto, en la cocina y por la noche ayudó a servir la cena. Fue ahí cuando tuvo que poner a prueba su eficiencia y no fue demasiado bien, el laird y su familia se le antojaban altivos y déspotas.

Agnes sirvió el vino a los comensales, tarea complicada, cuando en su casa cada uno tenía por costumbre servirse lo suyo sin molestar a los demás.

Fue rodeando la mesa y echando el vino a cada uno de los miembros de la familia, hasta que se situó al lado de Cailean, el hijo menor del laird.

Agnes, con inseguridad, intentó en vano echar el vino sin derramar una gota, pero el halo eléctrico de Cailean, del que todos hablaban en la isla y no precisamente bien, hizo que su cuerpo comenzara a temblar como por arte de magia. El vino rebosó del vaso y la mesa quedó encharcada.

—Disculpe, señor, enseguida lo limpio —dijo Agnes con una voz a duras penas audible.

Fia carraspeó y Agnes dirigió su mirada hacia ella, sus ojos le devolvieron furia.

—¡Chiquilla inútil! —espetó.

Agnes comenzó a pasar un paño por la mesa para arreglar el desaguado. De pronto, una mano firme la agarró por la muñeca. Era Cailean MacNeil, la miraba con una mezcla de enfado y burla. Jamás había visto a aquel hombre de cerca, solo una vez, un par de años antes. Lo había visto cabalgar su caballo en las inmediaciones de su casa, ella había salido a buscar flores para su madre, llevaba a su hermano pequeño de la mano y un caballo negro se les acercó a la carrera. Encima de él, un jinete de mirada fría y cabello negro al viento. A Agnes le llamó la atención su tez tan morena e impropia de aquellas tierras. Agnes y su hermano se abrazaron, pues temían ser arrollados, pero pronto se disipó su temor, pues él, Cailean, le dio una orden al caballo para que redujera su marcha y pasó junto a ellos muy despacio. Entonces él la miró y sintió el mismo escalofrío que había sentido momentos antes, solo que ahora, estaba tan cerca...

Había fantaseado muchas veces con que Cailean MacNeil la subiera en su caballo y cabalara con ella sintiendo su cuerpo, su aliento. Pero todo aquello quedó atrás, eran meras fantasías de una jovencita que había oído tantas y tantas leyendas acerca de aquel hombre que, de alguna forma, lo había idealizado. En realidad, todas las chicas de Barra bebían los vientos por él, pero este era tan efímero, tan fantasmal, que a veces se les antojaba un personaje imaginario.

—Déjalo ya, mujer —dijo Cailean con suficiencia.

—Disculpe, ya me retiro. —Agnes se marchó de la estancia apresuradamente ante la mirada furibunda de Fia.

Una vez en la cocina rompió a llorar, se sentía inútil, temerosa, desubicada, era tan grande su tristeza que creyó que iba a morir de la congoja.

—¿Qué te pasa, Agnes? —preguntó una voz conocida para ella.

—Gavin, ¿qué haces aquí?, hacía tiempo que no te veía por la isla y me dijo tu madre que estabas trabajando.

—Sí, llevo unas lunas en este lugar, no está mal, ¿y tú?, llegaste hoy, ¿verdad?, todos hablan de la chica de ojos grises que no aguantará nada en el castillo, no tienen ni idea de quién es Agnes Steward —rio.

—Puede que tengan razón, son tan, diferentes. Confieso que me dan miedo —dijo Agnes con pesar.

—Miedo no es la palabra, son los señores de estas tierras, es normal que no sean como nosotros. Mantienen las distancias, ellos no nos molestan, nosotros tampoco a ellos, nos limitamos a hacer nuestro trabajo sin dar que hablar. Eso sí, no les gustan los errores —argumentó Gavin encogiéndose de hombros.

—Pues yo acabo de arruinar su cena, entonces —anunció Agnes llevándose ambas manos a la cara.

—Bueno, es el primer día, a todos nos ha pasado, aquí no se está mal, de verdad.

—Me cuesta creerlo —susurró Agnes.

—Ven, te enseñaré una cosa —dijo Gavin mientras agarraba la mano de Agnes y la llevaba prácticamente a rastras hasta la torre.

—¿Qué haces?, nos van a pillar y nos mandarán a la isla de una patada —apuntó Agnes preocupada.

—Tú tranquila, estás conmigo. —El chico sonrió a su amiga de la infancia y la hizo subir todas las escaleras de ascenso al lugar que más le gustaba del castillo.

Cuando llegaron arriba, Gavin volvió a tirar de ella hasta llevarla a las almenas.

—Mira, ¿no es hermoso? —preguntó él.

Desde allí arriba, el punto más alto de Castlebay, Agnes admiró las maravillosas vistas crepusculares y vio su casa en la isla, por un momento se entristeció de nuevo y tuvo que secarse una lágrima que bajó por su mejilla.

El día seguía siendo desapacible y hacía frío, ya casi no había claridad y la tormenta había amainado. A aquellas horas, su familia estaría haciendo la cena y, junto a la lumbre, estarían sus hermanos jugando. Aquello le parecía tan lejano y era tan triste su nueva vida que solo pudo decirle a Gavin:

—Volvamos a la cocina.



Cailean se preparó para decirle a su padre lo que hacía mucho tiempo rondaba por su cabeza: que la isla se le quedaba pequeña y el mundo le parecía muy grande para no poder formar parte de él.

A sus veinticinco años soñaba con una vida en otro lugar, con recorrer otras tierras, conocer otras gentes diferentes y que no construyeran chismes y leyendas sobre su persona. Él sabía que no era igual que los otros hombres de su generación, que ser un MacNeil era un orgullo para ellos y comulgaban con unas costumbres y tenían unos valores muy diferentes. Cailean era especial, eso siempre se lo había dicho su madre, aquella mujer que, por amor, pasó sus últimos días en un lugar al que no pertenecía.

Myra, su madre, había nacido en Inverness, pero sus padres eran españoles que habían sido capturados y posteriormente vendidos como esclavos.

La madre de Cailean no era la esposa del laird, solo una sirvienta, pero le dio algo que nadie más le había dado, la pasión por la lectura. Por ello, tal como hizo ella cuando estaba embarazada de él, Cailean se había leído todos y cada uno de los libros que descansaban en la polvorienta biblioteca que había conocido tiempos mejores.

El joven ansiaba por ello explorar todas aquellas tierras desconocidas de las que sabía por los

libros, y había llegado el momento de decirle a su padre que se marchaba y no aceptaba un no por respuesta.

—Padre, quiero partir hacia otras tierras. —Esas fueron sus palabras, pues Cailean no era hombre de dar rodeos.

—Hijo, sabes que eres mi único descendiente varón y futuro laird de Barra. Todas estas tierras serán tuyas y has de permanecer aquí, el tiempo no perdona y yo ya soy mayor. No me gustaría que la muerte viniese a verme y que tú no estuvieses aquí para gobernar en mi lugar, pues son muchos los enemigos que nos acechan y pocos los guerreros como tú.

—No pretendo hacer la guerra a nadie, yo solo quiero viajar y conocer otros lugares, otras costumbres...

—Ya basta, te quedarás aquí y tomarás mi relevo cuando llegue el momento —ordenó apuntándole con el dedo.

Cailean apretó los puños y, sin decir nada más, se retiró con paso firme.

—Igual que ella, igual que su madre —masculló Fia que los miraba desde su asiento mientras trabajaba en su labor de costura.

—Será un buen laird, solo son sueños de un joven demasiado consentido, pero cambiará, él es fuerte y osado. Está entrenado para la lucha, no puede desperdiciar su vida dando tumbos de aquí para allá como un vagabundo.

—Esperemos que tengas razón, pero siempre te dije que Caris debía haber nacido hombre, ella sí que estaría a la altura —dijo Fia con suficiencia.

—Pero no fue así, Caris nació mujer y, aunque ella sí es mi hija legítima, ha de ser un hombre, un MacNeil, el que me suceda. Es Cailean, y no Caris, el candidato idóneo para tal menester, él es noble, ella no y eso lo sabes, hermana.

—Pero Cailean es hijo de una gitana, una mujer nómada y de malos modales, no sé qué viste en ella para traicionar a la pobre Megan —reprochó Fia.

—De eso hace mucho tiempo, hermana. Mis sentimientos, para mí me los guardo, pero Cailean y solo él, me sucederá como laird.



Cailean estaba furioso, indignado; sabía que su padre se opondría a su marcha, pero se había engañado a sí mismo y había conservado la esperanza por una milésima de segundo.

Deambuló por las inmediaciones del castillo y se sentó en un acantilado mientras la marea clamaba por lamer sus piernas. El día se apagaba y el cielo amenazaba tormenta de nuevo.

Desde pequeño le grabaron a fuego que su deber era defender la fortaleza y la isla de Barra. Fue entrenado desde que era un niño en el arte de la espada y se acostumbró a sobrevivir en condiciones extremas, pues siempre fue el primero en aventurarse con los demás hombres del laird, para apoyar a otros clanes en las batallas que se libraban con los ingleses la mayor parte del tiempo. Sin embargo, el castillo de Kisimul jamás había sido atacado por el enemigo, por ello, Cailean no entendía esa fijación de su padre por retenerlo en Barra por si se daba una lucha que nunca llegaba.

Él era un soñador, un lector empedernido y un hombre con ansias de aprender, de beber de todas las culturas habidas y por haber. Había veces que se maldecía a sí mismo por no haber

nacido en otro lugar, uno menos remoto, aunque no tan bello, pues la isla de Barra era el rincón más bonito del mundo según su madre.

Cailean se levantó y se dirigió a una de las pequeñas embarcaciones que se utilizaban para cruzar a la isla y que estaban dispuestas para tal fin, soltó las amarras y se internó en las frías aguas de Castlebay.

Cuando llegó a la isla se dirigió a su lugar favorito en los últimos tiempos, uno donde se practicaba el oficio más viejo del mundo y en el que se veía casi siempre con Ayla, una chica de curvas generosas y talento especial para satisfacer su hambre voraz de sexo.

Era por ello, por lo que todas las chicas de la isla hablaban de él un sinfín de rumores inventados, aunque sí, a él le gustaba retozar con cuanta chica se le pusiera a tiro y en ese momento se diera la ocasión, pero de ahí a lo que había llegado a oír había un mundo.

Entró en el prostíbulo y le hizo una señal a Ayla para que se dirigiera a sus aposentos, aquella noche estaba preciosa con aquel corsé negro que marcaba su hermosa figura y su pelo castaño enmarañado.

Cailean fue tras ella y, al entrar en la alcoba, la agarró por la cintura por detrás y comenzó a repartir besos hambrientos por su cuello, mientras se libraba con gran pericia de aquel corsé que tanto le llamaba la atención sobre la figura de su amante.

Cuando la tuvo a su entera disposición la contempló con admiración.

—Eres preciosa —susurró en su oído.

—Déjate de perorata, Cailean, y haz lo que has venido a hacer —dijo ella con decisión.

—¿Por qué nunca me crees cuando te lo digo?, yo solo soy sincero.

—No es eso lo que se dice de ti...

—Lo bueno de los rumores es que siempre tienen algo de cierto y un todo de leyenda.

Cailean volteó a Ayla con fuerza y la tomó en brazos con las piernas de ella rodeando su robusto cuerpo.

Con una mano liberó su sexo de los ropajes y de una estocada certera la penetró mientras movía el cuerpo de la chica con pericia arriba y abajo.

—Cailean —dijo mientras gemía.

Ayla había encontrado la manera de fingir con sus clientes sin que estos lo notaran, pero con él era diferente, pues tenía un halo atrayente que la volvía loca. Tanto como para esperar sus visitas con ansia y sentirse triste y vacía cuando él no se dejaba ver por su lugar de trabajo.

Cailean la echó en la cama y llevó sus brazos por encima de su cabeza, dejándola expuesta e inmóvil. Él siguió penetrándola con fuerza mientras ella sentía la electricidad previa al orgasmo apoderarse de su cuerpo.

Él deslizó sus manos fuertes por sus brazos hasta llevarlas a sus pechos anhelantes de ser devorados. Ella no se conformaba con las caricias de sus manos, necesitaba su boca lamiendo sus pezones erectos. Cailean se dio cuenta de cuanto ella deseaba y con su boca hambrienta de deseo besó uno de sus pechos con ansia, ella se arqueó y él atrapó uno de sus pezones con los dientes y tiró de él.

—No pares, no pares... —gritó ella enloquecida de placer mientras llegaba a un orgasmo devastador.

Cailean no le dio tregua a Ayla, la agarró por las muñecas y la hizo incorporarse.

—Date la vuelta —ordenó, y ella obedeció de inmediato.

Ayla se posicionó a cuatro patas y Cailean volvió a penetrarla profundamente mientras agarraba su pelo y hacía que la barbilla de ella mirara hacia arriba. En varias acometidas sintió como el anuncio de un orgasmo próximo invadía su ser y subió la intensidad de sus embestidas.

Hasta que lanzó un gruñido de placer y se derramó dentro de ella.

Ambos quedaron exhaustos en la cama. Ayla se moría por dormir con él, porque este no se levantara y se marchara como siempre hacía a los pocos minutos de haber gozado con ella. Sin embargo, aquella posibilidad, por remota que esta fuera, era imposible, pues él solo era uno más de sus clientes, diferente, sí, pero tenía que eliminar esos pensamientos románticos de su corazón, o este sufriría. Tenía que ser profesional y así lo demostró cuando Cailean se levantó de la cama, se arregló la ropa y, sin mediar palabra alguna, se marchó.

Capítulo 2

La señora Milne había llegado muy temprano caminando por bajamar, había estado fuera unos días para cuidar de un familiar y Agnes todavía no la conocía. Lo primero que hizo cuando la vio es carcajearse.

—Chica, no aguantarás en este lugar ni una luna —dijo con superioridad.

Agnes la miró sin pestañear, pero no dijo nada. Nadie le había hablado de ella, pues pensaba que Fia se encargaba de comandar a la servidumbre.

—¿Qué miras, chica? —espetó ceñuda—, vete a la isla, necesitamos fruta —dijo mientras colgaba en el brazo de Agnes un cesto.

—Pero ¿cómo iré a la isla? —preguntó la chica con los ojos muy abiertos.

—Pues ¿cómo quieres ir?, andando, la marea está baja y, si te das prisa, podrás ir y volver sin problema.

Agnes ya había visto el castillo en medio de una playa enorme llena de restos de barcos abandonados alguna vez, la escena le producía pavor y jamás se había adentrado en aquel lugar que le parecía de todo menos bello.

—Date prisa, no te quedes ahí parada... —le reprendió la mujer.

Agnes apretó los labios y dejó su boca en una fina línea antes de decidirse a caminar por encima del mar ausente, tenía miedo de que este se revolviera por su presencia y la engullera con su lengua de agua salada.

Comenzó a caminar con premura, protegiéndose del frío y de la humedad de aquella mañana de septiembre.

El cielo seguía de un gris mortecino y el aire era demasiado frío para encontrarse en la frontera que separa verano y otoño.

La arena estaba húmeda y en algunos tramos el agua hacía acto de presencia y calaba su humilde calzado.

Cuando llegó a la isla suspiró aliviada, pero todavía le quedaba lo peor, volver. Si no se daba prisa, la marea subiría sin remedio y quedaría atrapada en un mar desconocido para ella, pues ni siquiera sabía nadar.

Compró cada uno de los alimentos que le había encargado la señora Milne y, cuando hubo terminado, decidió volver al castillo con celeridad.

Le apenaba el hecho de no haber visto a sus padres, le hubiera gustado pasar un momento por su hogar, pero no era posible si quería llegar al castillo sin morir ahogada.

El sol hizo acto de presencia y con él, la marea comenzó a traicionarla cuando apenas había caminado unos metros, solo eran pequeños charcos, pero más grandes que los que había encontrado a la ida.

Intentó pensar en otra cosa, en las conchas y estrellas de mar que había en la arena, eran bellas. En otro momento se hubiera parado a cogerlas, sin embargo, no se lo podía permitir, tenía que caminar más deprisa si quería llegar a tiempo al castillo.

La ansiedad se apoderó de ella cuando el agua, desoyendo sus plegarias, se acercó a ella sin contemplaciones. Sus tobillos ya se mojaban y su corazón latía sin cesar.

De pronto, el relinchar de un caballo la asustó.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, mujer? —preguntó un Cailean MacNeil con cara de no

haber dormido nada.

—Vengo de la isla, la señora Milne me envió a comprar, pero la marea está subiendo y no sé si voy a llegar.

—Bueno, a malas puedes nadar hasta el castillo —dijo él con cinismo.

Agnes lo miró contrariada y emprendió su marcha de nuevo mientras se cubría con su chal la cabeza.

—Era broma, mujer. Anda, ven, te llevaré al castillo —anunció tendiéndole la mano para que subiera a su caballo.

Agnes puso en una balanza imaginaria su miedo al mar y el que le tenía a Cailean. Ambos eran temerarios, en el mar podía ahogarse y junto al hijo del laird podía perder la cordura. Aquel hombre emanaba peligro por todos los poros de su piel. El agua le llegaba por encima de los tobillos y subía muy rápidamente su nivel, por ello, optó por aceptar aquella mano fuerte y firme.

—Estás temblando —susurró Cailean muy cerca de su oído.

La cubrió con la tela de su *plaid* y le dio orden a su caballo para que emprendiera la marcha.

Durante el trayecto, Agnes tragó saliva en varias ocasiones. Sentía los brazos de Cailean alrededor de su cuerpo y sujetando las riendas del caballo. Sus piernas musculadas y fuertes rozaban las suyas, ello la hacía estremecer.

—Te he visto por la isla, eres la chica que siempre coge flores en el prado —indicó.

Agnes se ruborizó, sí, era verdad, le gustaba recolectar flores y plantas medicinales para los remedios que su madre preparaba en casa.

—Puedes contestar, mujer, no voy a comerte —dijo Cailean entre risas.

Agnes no sabía qué quería que le contestara, pues él había afirmado y no había formulado ninguna pregunta.

—Me gustan las flores —dijo con timidez.

—A mí no, son bellas en el campo, si las cortas se marchitan enseguida, es como si les arrancaras la vida en un segundo y luego agonizaran hasta perecer.

—Nunca se me había ocurrido —apuntó Agnes extrañada por la reflexión de su acompañante.

Permanecieron unos minutos sin dirigirse la palabra. Minutos en los que Cailean observó la silueta de la bella mujer que tenía a su merced y, sin pretenderlo, se relamió. Era, simplemente, perfecta.

—¿Estás contenta en tu nuevo trabajo? —No sabía el motivo de aquella pregunta tan ridícula, quizá por sacar conversación a una persona con la que no sabía de qué hablar. Ella no era Ayla ni tampoco aquellas criadas con las que retozaba por todos los rincones del castillo, a ella no podía hablarle de aquella forma carismática que él utilizaba cuando quería poseer a una mujer.

Cuando llegaron al castillo, Cailean detuvo a su caballo en el patio y ayudó a Agnes a bajarse de él. Cuando la tomó en brazos, e hizo que esta descendiera, sus miradas se cruzaron. Cailean sintió una corriente eléctrica, un chispazo desagradable y alzó la cabeza con desdén.

—Mujer, ve a ver a la señora Milne, es muy tarde y te ganarás una buena reprimenda —espetó.

Agnes, extrañada por el cambio de tono de su amo, agachó la cabeza y salió corriendo con la cesta en la mano, algo sí era cierto, la señora Milne le echaría un buen sermón.

Cailean llamó a la puerta del despacho de su padre, este la abrió con semblante serio.

—Vaya, el hijo pródigo vuelve a casa después de una noche de desenfreno —bramó.

—Padre, en la isla me han informado de que han visto a unos casacas rojas rondando por las inmediaciones, no sé si creerlo, pero no estaría mal registrar la zona en busca de esos energúmenos.

—¿Ingleses?, ¿en la isla de Barra?, tus noches de borrachera te están pasando factura, hijo mío. Sería más fácil ver dragones volar antes que a esos demonios rojos en mi isla, jamás se atreverían y si lo hicieran ya sabríamos cómo espantarlos. Siempre lo hemos hecho bien, aquí no aparecen esas ratas de cloaca.

—Yo no estaría tan seguro, padre —espetó Cailean.

—¿Quién te lo ha dicho?, ¿alguno de tus amigos borrachos? —preguntó el laird haciendo aspavientos.

—Me lo ha dicho Angus Steward, el padre de la chica nueva —dijo Cailean con el ceño fruncido y luego añadió—, dime que no es de fiar.

—Ese mal bicho de Steward está en la ruina, no le ha quedado más remedio que enviarme a una de sus hijas como pago de sus deudas. Cualquiera día pierde su casa, pues se lo apuesta todo en las tabernas.

—Pero no es un mentiroso —dijo Cailean.

—No, no lo es. Por ello, reúne a varios hombres y envíalos a Barra, que cubran toda la isla y, si es verdad que esos demonios rojos han tenido la osadía de poner un pie en ella, ya sabremos cómo darles su merecido.

Cailean asintió y, sin mediar palabra, se marchó de la estancia mientras se cruzaba con Caris, la hija del laird y su hermana de padre.

—Buenos días, hermano —espetó al ver que este ni siquiera la saludaba.

La chica entró en el despacho y caminó hacia donde estaba su padre.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Caris —respondió elevando las cejas —¿qué precisas de tu padre?

—Verá, padre, llevo varios días en mis aposentos sin salir para nada, ya sabe que he estado enferma y la curandera me visitó ayer.

—Lo sé, Fia me ha puesto al corriente de todo.

—¿También le ha dicho que me convendría salir más a menudo del castillo?, ¿que el mal que me aqueja tiene que ver con los malos espíritus que aquí moran y me atormentan todas las noches?

El laird palideció y dijo con dureza:

—No hay tales espíritus, todo son leyendas de esa vieja chiflada. Puedes salir del castillo cuando gustes, puedes caminar y tomar aire puro en las inmediaciones del castillo, pero si tienes que ir a la isla, lo harás siempre acompañada, pues no me fio de dejarte sola, Caris.

La chica enfureció y salió del despacho como una exhalación, no comprendía por qué su castigo duraba ya tanto tiempo. En el pasado se había enamorado de un hombre de la isla, un amor imposible ya que a su padre no le gustaba tal compañía para su hija, por ello, la recluyó en el castillo y ordenó que, si veían cualquier intento del muchacho por acercarse a ella, fuera encarcelado.

Desde entonces vagaba por los pasillos del castillo y en los días más desapacibles se la podía ver en la torre, siempre con la mirada puesta en la isla, o en el suelo, nadie lo sabía.

Caris no era una chica cándida ni dulce. Tenía una belleza gélida y unos ojos azules como dos gotas de agua helada. Su pelo negro, que llevaba siempre recogido, le llegaba a la altura de sus caderas, no se lo había vuelto a cortar desde que su padre la encerrara años atrás.

Siempre iba vigilada, y había ido a la isla tan solo en dos ocasiones en compañía de Cailean o de alguno de los hombres de su padre.

Ella sentía que lo que habían hecho con ella era una injusticia, pues pensaba que tenía derecho a enamorarse de quien ella quisiera, por ello, odiaba a todos los que vivían en aquel castillo y al que más odiaba era a su hermano Cailean. Él podía hacer lo que quisiera, pasaba las noches de borrachera y se había encamado con casi todas las mujeres que habían pasado por su casa, ella misma lo había visto en varias ocasiones llevarse a una sirvienta a cualquier rincón y allí hacerla suya.

Aquel chico se lo había quitado todo, su madre enfermó cuando se enteró de que la sirvienta estaba embarazada y su esposo era el padre. Aquello se lo había contado Fia, pues ella era muy pequeña y prácticamente no se acordaba de su progenitora.

Sin embargo, el odio y los celos hacia su hermano de padre tenían un doble fondo y eran contradictorios en su mente y en su atormentada alma.



Agnes trabajaba en la cocina, la señora Milne le había ordenado que cortara la carne para la comida, se había cambiado de ropa y, al estar cerca de la lumbre, se sentía mejor. Aunque estaba segura de que, con la humedad que le había calado los huesos y sus pies mojados durante tanto tiempo, acabaría pillando un buen catarro.

Gavin entró y saludó a las chicas que faenaban junto a la señora Milne, que lo miró ceñuda. Luego se acercó a Agnes y la saludó más efusivamente que a las demás.

—Ya te han puesto a hacer el trabajo sucio. Señora Milne, mire que me enfadaré con usted, ¿cómo le manda esas tareas tan duras a la dulce Agnes?

—Gavin, sal de aquí y no molestes, ve a ver a Cailean, tiene una tarea para ti —dijo con autoridad.

Gavin era sobrino de la señora Milne, por ello era menos dura con él que con los demás sirvientes. Prácticamente lo había criado ella y este, a su vez, se permitía licencias porque sabía que su tía le reprendería con suavidad.

El chico salió de la cocina y le guiñó un ojo a Agnes, que seguía en su sangrienta tarea con evidentes ganas de vomitar.

Gavin salió al patio y allí localizó a Cailean hablando con un grupo de hombres, se estaban organizando para ir a la isla a localizar a los ingleses que habían avistado. Él no quería tener que vérselas con los casacas rojas, había oído infinidad de historias sobre ellos y aunque en la isla jamás había visto uno, para él, al igual que para todos los lugareños, eran un equivalente al diablo.

En otros lugares habían despojado a los clanes de las tierras altas de toda su cultura, les habían prohibido llevar el tartán tradicional y hablar en gaélico, cosa que no había pasado en la isla, allí todavía conservaban sus viejas costumbres y todos querían que así siguiera siendo. Por ello, cuando se enteró de la conversación de Cailean con los demás hombres sintió en su interior que todo podía cambiar de un momento a otro si los ingleses lograban hacerse con la isla. Él no era hombre de batallas, pero si tenía que hacerlo por los suyos no se lo pensaría dos veces.

—Nos vamos ya —anunció Cailean mientras instaba al grupo a seguirle.

La marea estaba ya muy alta, todos se subieron a las pequeñas embarcaciones que los llevarían a la isla y emprendieron la marcha.

Gavin tenía una mezcla entre miedo y sentido del deber, fue Cailean el que le inspiró valor, pues era muy bueno cuando quería motivar a los hombres para la lucha. El chico admiraba al hijo del laird, soñaba con ser como él, tenía todo lo que él admiraba en un hombre, aunque su sentido del humor fuese nulo, era muy raro ver una sonrisa en el rostro de Cailean, a menos que fuera sarcástica.

Varias horas anduvieron los hombres buscando a los ingleses por la isla sin hallar nada, cuando el sol se ponía volvían al castillo con las manos vacías.

El laird, cuando los vio de vuelta y supo que la búsqueda no había dado resultados se indignó.

—Ese borracho de Steward, seguro que en sus delirios confundió doncellas con casacas rojas —bramó enfadado.

—He dejado a varios hombres vigilando, no está de más —apuntó Cailean.

—De acuerdo, hijo, buen trabajo, ¿ves por qué te necesito aquí?, ¿quién mejor que tú dirigiría nuestra defensa?, no es casualidad que aquí no lleguen los ingleses, pues todos saben de nuestro clan y los hombres fuertes que custodian nuestras tierras.

Cailean miró a su padre con los puños apretados, quería salir de allí, la isla lo asfixiaba, no era justo, por ello pidió a Dios que le enviara una señal, que lo ayudara a encontrar el camino para poder vivir su propia vida.

Capítulo 3

Londres, año 2050

Alan entró en el edificio, había recibido un mensaje en su dispositivo biológico, debía acudir a una dirección concreta a una hora determinada.

En un principio le pareció una broma, pero el sello del servicio de inteligencia británico en la misiva hizo que se planteara el asunto.

Los *hackers* hacían y deshacían a sus anchas desde hacía años, se las sabían todas y había muchos casos de secuestros utilizando las tácticas más variopintas.

Por si acaso, él se subió en su motocicleta alada y, lleno de dudas, acudió.

El edificio era antiguo, al menos tendría un siglo. Se trataba de una vieja construcción de hormigón y cristal, y estaba bien conservado.

Subió cada uno de los peldaños y presionó el único timbre que había.

Una cámara lo apuntó y, tras hacerle el reconocimiento facial, la puerta se abrió.

En su interior lo esperaba una mujer que le despertó pasiones algo olvidadas en las últimas semanas. No había parado de trabajar y a duras penas había podido interactuar con los demás ejemplares del sexo opuesto.

—Señor Alan MacNeil...

Alan asintió.

—Sígueme —ordenó la mujer.

Alan la siguió hasta la puerta acristalada que daba al despacho de la persona que lo había citado.

—El señor Taylor lo espera —dijo mientras abría la puerta y le hacía un gesto para que pasara.

Alan entró en el despacho donde lo esperaba un hombre de complexión gruesa y bigote prominente.

—Señor MacNeil, tome asiento —dijo con fingido entusiasmo.

Alan se sentó en la silla virtual que había frente a la mesa de su interlocutor.

—Se estará preguntando, ¿qué hago aquí? —dijo Taylor.

—Buenos días —saludó Alan, pues el buen hombre todavía no le había dejado abrir la boca —, primero de todo, no me gustan estos juegos, usted sabe cómo está la sociedad en los últimos tiempos, pienso que podrían avisar a los ciudadanos de a pie de una forma menos misteriosa —espetó Alan.

—Entiendo que esté enfadado, pero esto es un asunto confidencial y lo que se le ha enviado es un mensaje encriptado, creo que las credenciales del departamento de inteligencia deberían ser suficientes para que usted entienda que esto es algo lícito.

Alan elevó las cejas, sabía de sobra que los *hackers* podían con eso y con mucho más, pues eran capaces de imitar a la perfección cualquier mensaje del gobierno, de hecho, ya había pasado.

—Es igual, dígame lo que sea que quiera decirme y me iré, tengo prisa —dijo Alan con impaciencia.

—No le haré perder mucho tiempo, pero primero de todo, beba algo, lo va a necesitar.

—Taylor le sirvió una copa de una botella de *whisky* que sacó de debajo de la mesa.

Alan tomó la copa y se la llevó a sus labios.

Lo que pasó después se desdibujó.

Abrió los ojos, estaba empapado en sudor y se hallaba en una sala que se parecía mucho a los búnkeres que había visto en las viejas películas que le ponía su abuelo en aquel dispositivo antiguo que él llamaba PC.

Estaba en un gran sillón de cuero muy incómodo y sus extremidades estaban inmovilizadas con ataduras de acero por las muñecas y los tobillos.

Lo habían desnudado de cintura para arriba y en el pecho llevaba unos electrodos conectados a una máquina que les daba a aquellos hombres datos sobre el estado físico de Alan.

—¿Qué demonios hago aquí? —balbució.

—Señor MacNeil, ha sido usted elegido entre toda la población mundial para realizar una misión especial —anunció Taylor que apareció en su campo de visión en forma de holograma.

—¿Qué cojones?, yo solo soy un simple ciudadano de a pie, un comerciante, no un agente secreto —aclaró, todavía con la cabeza embotada por la droga que aquel energúmeno le había metido en el *whisky*.

—No, señor MacNeil, no es usted un simple ciudadano como dice. Y sí, es usted un comerciante, el problema reside en la evasión de impuestos por su parte.

—Yo pago mis impuestos, lo que pasa es que todos sois unos hijos de puta que le chupáis la sangre a los pequeños empresarios como yo.

—No me haga reír, llevamos meses siguiéndole, además, hay que ser muy inconsciente para contarle a sus amigos la forma en la que comete el delito —dijo Taylor con una sonrisa cínica.

Alan recordó todas las veces que se había jactado de lo baratos que le salían los impuestos a él. Sí, había sido un soberano imbécil, se tendría que haber callado... Mil razones para sentirse un bocazas acudieron a su mente que, con toda probabilidad, estaba siendo monitorizada por aquellos individuos.

—Son ustedes unas ratas... unas ratas de cloaca y unas sabandijas. Espero que todo esto sea un malentendido y me suelten lo más pronto posible. No soy el único que intenta burlar los sablazos del gobierno, de lo contrario, nadie tendría ni siquiera para llevarse un pedazo de pan a la boca.

En los últimos años, los impuestos habían subido hasta alcanzar límites exorbitados. Las sucesivas crisis y las pandemias que azotaban al mundo cada pocos años habían creado un agujero importante en la economía. Por ello, muchos empresarios intentaban por todos los medios pagar lo menos posible al fisco y Alan era uno de ellos.

—Quizás seamos unas ratas, señor MacNeil, pero lo que voy a proponerle le puede librar de ir a la cárcel, y creo que no le gustaría pasar unos cuantos años en una. Como ya debe saber, nuestro sistema penitenciario no es un jardín de rosas. Ahí los hombres aprenden lo que no deben hacer mediante el sufrimiento.

—Sí, sé lo que hacen ustedes con los presos, les quitan su dignidad y la poca esperanza que les queda de salir de su encierro.

Taylor sonrió de nuevo y le mostró sus dos dientes de ratón. Estaba claro que la cosa iba de roedores.

—Bueno, vayamos al grano. Lo que le voy a proponer es algo que no puede revelar en ningún momento.

»Su dispositivo biológico ha sido programado para detectar palabras clave que tengan que ver con esta misión y en caso de que usted suelte la lengua y se marque uno de esos ataques de diarrea verbal; el sistema enviará un aviso y sufrirá usted las consecuencias.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alan.

—Si suelta una sola palabra de lo que está ocurriendo hoy aquí, el dispositivo explotará y usted quedará reducido a una masa informe de trozos de carne.

—Esto es un ultraje, no pueden obligarme a permanecer aquí contra mi voluntad, y mucho menos a hacer el trabajo sucio que ustedes no quieren hacer para no ensuciarse las manos.

—Tiene razón, sí, la tiene, jamás se la quitaría, pero ha de sopesar las consecuencias legales para los evasores de impuestos. Sabe que la actual ley los castiga con saña y que un individuo que roba a su patria es peor que un asesino o un violador; injusto, puede que sí, pero yo le ofrezco limpiar su nombre y la libertad si cumple con la misión. Además, no le llevará mucho tiempo si hace bien los deberes.

Alan se revolvía en el sillón intentando zafarse de sus ataduras, pero era imposible. Su buen estado físico y su porte imponente siempre le habían ayudado a la hora de enfrentarse a sus posibles adversarios.

—Será mejor para usted y para todos que colabore, no conseguirá escapar y si lo hiciera su dispositivo haría lo propio.

—Miserables, hijos de puta, me las pagaréis, cuando salga de aquí pienso contarle todo a las autoridades.

—Cuando salga de aquí puede hacer lo que quiera, haga lo que haga lo tomarán por loco.

Taylor siguió explicándole a Alan lo que podía pasar si se saltaba las reglas. Eran muchas, mencionó muchos supuestos, pero todo llevaba a un mismo camino, o cooperaba con aquellos tipos, o acabaría convertido en carne de estofado.

Como siguió negándose, le aplicaron electricidad en sus extremidades, Alan gritaba y profería insultos, pero solo conseguía que sus captores lo torturaran con más ahínco. Solo le quedaba un camino, rendirse, aunque para él, la rendición significara la pérdida de una batalla.

Cuando consiguieron que aceptara colaborar en la misión las descargas eléctricas cesaron.

—Me sentiría más cómodo si me soltaran y pudiéramos hablar en otro lugar menos lúgubre —apuntó.

—No es posible, enseguida sabrá porqué.

—Tengo la impresión de que, haga lo que haga, ustedes se encargarán de que salga de este sitio con los pies por delante.

—Creo que no me ha entendido, usted no va a salir de aquí, al menos no en esta época.

—¿Qué quiere decir?

—Es sencillo, señor MacNeil, usted viajará en el tiempo para cumplir la misión que se le va a encomendar.

Alan miró a Taylor con expresión ceñuda.

—Usted sabe igual que yo que no se puede viajar en el tiempo, es la asignatura pendiente del ser humano.

—De cara a la sociedad sí, pero nosotros llevamos mucho tiempo reclutando agentes que han viajado y cumplido sus misiones con éxito.

—Y, mientras tanto, ¿qué pasará con mi vida? —preguntó Alan con desesperación.

—No se preocupe por ello ahora, es mejor que no lo sepa —dijo Taylor mientras se paseaba de un lado a otro de la sala.

—Creo que eso es decisión mía, señor, dígamelo, por favor —suplicó.

—Yo ya le he avisado, es mejor que los viajeros no sepan que será de su persona en el presente, pero si insiste, se lo diré.

—Dispere —dijo Alan con decisión.

—Usted lo ha querido, luego no me diga que no le he avisado. —Taylor se encogió de hombros

y encendió un cigarrillo.

—Dígame ya y déjese de gilipolleces.

—Señor MacNeil, usted dejará de existir, desaparecerá y sus familiares y amigos lo buscarán por todas partes, pero no lo encontrarán.

»Se barajarán muchas posibilidades, incluso la desaparición voluntaria.

—¿Y cuando vuelva de la misión? —preguntó temiéndose lo peor.

—Yo creo que es obvio, usted estaba harto de todo y decidió desaparecer, ¿no le parece buena explicación?

Alan sintió que aquel tipo se estaba riendo de él en su cara y no lo iba a permitir.

—O sea, para resumir, ustedes me están obligando a realizar una misión para el gobierno, una misión que debo cumplir al dedillo o de lo contrario me ejecutarán haciendo explotar mi dispositivo.

»Pretenden que lo deje todo, mi vida, mi familia, mis amigos..., mi hogar. Y todo ello por patriotismo, por una bandera, por el capricho de unos perturbados mentales, porque eso es lo que me parece que son.

—Si usted lo quiere ver así... Pero piense que el buen futuro de nuestro país depende de lo que logre usted en el pasado.

A Alan le empezó a picar la curiosidad, no tenía ni idea de qué demonios querían aquellos malnacidos que hiciera.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con hartazgo.

Taylor sonrió y Alan sintió un pinchazo muy doloroso en el cuello. De nuevo su vista se oscureció y su mundo, el que conocía, se desvaneció. Alan MacNeil había desaparecido.

Capítulo 4

Agnes fue enviada a limpiar los calabozos del castillo. Cailean y los suyos querían prepararlo todo por si la fábula de los casacas rojas que habían sido avistados en la isla era real.

Hacía tiempo que nadie moraba la cárcel, de vez en cuando algún borracho acababa pasando la noche allí. O alguna de las brujas, antes de morir en la hoguera, pasaba sus últimas horas encerrada en aquellas mazmorras inmundas.

Agnes no entendía por qué Cailean le había ordenado semejante tarea, pues tanta consideración con los ingleses le parecía, cuando menos, extraña.

Agarró un cubo de latón y se dirigió a los calabozos. Cuando caminaba por los pasillos oyó gemidos y enlenteció sus pasos.

Se fue acercando con sigilo hasta que, en una de las celdas, vio algo que la dejó boquiabierta.

Se trataba de Cailean y una de las sirvientas. La chica estaba desnuda y colgada de espaldas en la pared por medio de unos grilletes en sus muñecas, parecía crucificada. Él recorría su cuerpo con su cinturón y le decía obscenidades.

Agnes se llevó la mano a la boca, ¿qué era aquello?, ¿qué le estaba haciendo el hijo del laird a aquella mujer?

De pronto, este le dio con el cinturón en las nalgas, la chica gritó, pero no era horror lo que sus chillidos denotaban, aquello era otra cosa.

—Más —dijo ella y lanzó un gran suspiro.

Cailean volvió a darle y ella repitió la misma palabra. Aquello ocurrió más veces, hasta que ella le suplicó que la hiciera suya.

Él le quitó los grilletes y la tomó en brazos, le dio la vuelta y volvió a ponérselos, esta vez la tenía de frente, mirándole a los ojos con deseo.

Agnes sintió algo desconocido hasta el momento para ella. Fue como un ardor, un cosquilleo que recorrió su cuerpo y llegó a su sexo, siempre dormido y alejado de todo pensamiento lujurioso.

Cailean se acercó a la muchacha y comenzó a mordisquear uno de sus pezones mientras apretaba el otro con su mano.

—Quiero tenerte dentro de mí, hazlo... —suplicó ella.

Cailean, que estaba vestido por completo, se quitó su camisa. Agnes observó su espalda morena y musculada. El ardor en su monte de Venus se multiplicó y su respiración se agitó.

Él se arrodilló y comenzó a beber de su centro de placer. La sirvienta gemía y, con los ojos cerrados y la boca muy abierta, parecía perdida.

Agnes se persignó, pues aquel hombre parecía beberse la vida de la muchacha. Entonces, tuvo miedo. Aquel ardor que ella sentía parecía cosa de brujería y pensó que tenía que andar con cuidado con el hijo de su amo si no quería acabar muriendo a manos de aquel ser.

De pronto, la sirvienta comenzó a gemir con mucha intensidad y a emitir gritos.

—¡Me muero!, ¡me muero! —berreaba la chica.

—Pues espera que te meta mi verga, entonces sí que te vas a morir, perra.

Agnes quería huir, escapar de allí sin ser oída, pero se hallaba petrificada, no era capaz de reaccionar.

Cailean se quitó el *kilt* y toda su desnudez quedó expuesta. Agnes lo miró mientras su ardor

aumentaba hasta límites insospechados. «Es un brujo», pensó.

Él liberó a la sirvienta de sus ataduras y la hizo ponerse en el suelo a cuatro patas. Luego se agachó y Agnes vio su miembro erecto.

Ella había visto antes aquello, a su padre de refilón y a sus hermanos, pero jamás ninguna como aquella. Estaba tensa y miraba hacia arriba. Le pareció enorme y cruzó sus piernas, el ardor y la ansiedad la consumían.

Cailean introdujo su miembro en el interior de la sirvienta y comenzó a embestirla. Ella gemía, él se movía con fuerza, Agnes seguía estática mirando la escena, tan obnubilada estaba que no se percató de que Cailean había reparado en su presencia y se relamía solo con saber que aquella muchacha sería la próxima en caer en sus garras.

Alguien tiró de su brazo, era él, Cailean. Agnes no sabía cómo lo había podido hacer, pero tan solo un segundo antes estaba con la sirvienta y en aquel momento lo tenía delante, desnudo y jadeante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó desafiándola.

Agnes tartamudeó, no fue capaz de decirle que venía a limpiar, a cumplir sus órdenes.

El ardor de sus partes se extinguió de golpe y porrazo.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación mirar sin ser invitado? —susurró mientras tomaba entre sus manos un mechón de su pelo que se había escapado del recogido que se había hecho esa misma mañana.

Agnes comenzó a respirar con dificultad, sentía una mezcla de emociones que no sabía identificar y no pudo hacer nada más que huir, sus extremidades le habían dado tregua y habían vuelto a responder.

Corrió a refugiarse en su humilde alcoba y allí se escondió debajo de la cama y rezó.

¿Qué había hecho su padre con ella?, ¿por qué la había llevado a semejante lugar?, ahora sabía que las leyendas que se contaban sobre Cailean MacNeil eran ciertas.



Una enfermedad, aquello tenía que ser una enfermedad, pues Agnes se sintió indispuesta y su compañera de habitación avisó a la señora Milne. Esta se personó en la alcoba de las chicas y puso su mano en la frente de Agnes.

—Está ardiendo, hay que bajarle la temperatura.

Le intentaron bajar la fiebre con todo remedio que conocían, pero ninguno hizo efecto, Agnes se quemaba por dentro y, si nada lo evitaba, moriría por algún tipo de enfermedad desconocida para ellas.

La curandera la visitó y, cuando consiguió quedarse a solas con la muchacha, le dijo algo que ella nunca había oído, «tú no estás enferma, solo ardes en deseo».

Agnes no entendió aquellas palabras y la curandera salió de la habitación riéndose a carcajadas.

Ella se quedó sola en su habitación, y el ardor se hizo más intenso, tanto le quemaba por dentro que, involuntariamente, se llevó la mano a su sexo, eso que ella solo utilizaba para sus necesidades biológicas. En su mente una sola idea; la brujería que le había hecho Cailean. Sin embargo, no podía decir una palabra, sabía que, si hablaba, siendo el hijo del señor un brujo, podía hacerla presa de algún tipo de maldición, si ya no lo estaba, porque ella creía a pies juntillas que sí.

Agnes comenzó a acariciar su clítoris y sintió como miles de descargas la embargaban,

necesitaba más. Por dentro se debatía en si estaba o no estaba bien aquello, por ello siguió acariciándose hasta que tuvo la necesidad de introducir su dedo y así lo hizo lentamente. Había algo nuevo que ella desconocía, algo que la tenía prisionera en un mar de placer, sí, placer. Cuando por fin explotó no se podía creer todas las sensaciones que la invadieron, pensó que iba a morir, pero repetiría aquella muerte una y cien veces.

Cuando hubo terminado se abandonó jadeante, pero hubo algo que acudió a ella sin tregua, el remordimiento. Había pecado, de ello estaba segura, pues le habían hablado de la lujuria, siempre le habían dicho que no debía tocarse ahí, y ella lo había hecho.

La calentura bajó y Agnes se encontraba como una rosa, aun con su cargo de conciencia. Cuando la señora Milne la vio se alegró mucho y la alabó por el magnífico aspecto que tenía.

Sus mejillas, ahora estaban sonrosadas, y la alegría la embargaba.

Aquel día hizo las tareas sin pensar que todo era lúgubre e insano, el castillo le parecía, por un instante, el mejor de los paraísos.

En un momento de la tarde, fregaba el suelo arrodillada mientras cantaba una canción que su madre le había enseñado cuando solo era una niña.

—Veo que hoy estás más contenta de lo normal...

Era él, Cailean, aquel brujo que la había hechizado con sus artimañas y la había hecho pecar.

Agnes no contestó, se persignó y siguió fregando el suelo.

—Pienso que te gustaría estar en el lugar de aquella otra sirvienta, ¿no es cierto?

La respiración de Agnes se alteró y de nuevo ese ardor hizo acto de presencia.

—¡Atrás!, ¡atrás! —gritó derramando el contenido del cubo y amenazando a Cailean con el mismo.

—Si piensas que vas a hacerme frente con un cubo de latón...

—¡Eres el diablo, un brujo, he de comunicar al señor que su hijo ha sido poseído y el pecado se ha instalado en el castillo!

—¿En serio?, ¿piensas que fornicar es cosa de brujería?, entonces, tu madre era una bruja y tu padre un demonio, ¿no crees?

Agnes se enfureció, pero recordó las palabras de su madre, «solo se debe fornicar para traer hijos al mundo, lo demás es impuro».

—No nombres a mi madre, criatura del mal.

Cailean se carcajeó, se acercó a ella que seguía amenazándole con el cubo y lo apartó de un manotazo. El cubo se estrelló contra el muro de piedra. La agarró por los brazos y la atrajo hacia él. Agnes temblaba como una hoja a punto de caer del árbol en otoño. Él acercó la boca a su cuello y sopló con suavidad. Ella comenzó a respirar de manera entrecortada.

—Estoy seguro de que te gustaría que recorriera tu cuerpo con mis besos y que llegara aquí —dijo levantando su falda y acariciando su monte de Venus. Agnes se estremeció, necesitaba que aquel hombre la tocara y cerró los ojos.

De pronto, él retiró su mano de golpe y porrazo, luego, sonrió con descaro y se marchó dejándola sola y húmeda.

Capítulo 5

Alan abrió los ojos y notó su cuerpo entumecido y húmedo. Se incorporó y miró a su alrededor; no sabía dónde demonios estaba. Se encontraba en medio de un prado y a su alrededor no había nada más que hierba mojada y flores silvestres. Sintió frío y se miró a sí mismo, estaba completamente desnudo.

—Estupendo... en el culo del mundo y en pelotas —espetó.

Se levantó y se cubrió sus partes con las manos. Comenzó a caminar erráticamente, quería llegar a una arboleda que se divisaba a unos cien metros para arrancar unas ramas e improvisar un atuendo que le cubriera y dejara sus manos libres.

—Estos cabrones me las pagarán— dijo mientras aceleraba el paso.

—¡Alto ahí! —ordenó una voz masculina.

Alan se detuvo en seco y miró a su alrededor buscando al propietario de la voz.

—¡No te muevas...! —exclamó el tipo— Jamás me imaginé que encontraría a Cailean MacNeil desnudo e indefenso en medio de la pradera.

—No sé de quién me habla —gruñó Alan.

El hombre se mostró ante Alan empuñando un arma de fuego, a sus ojos, muy rudimentaria. Era un casaca roja, lo sabía por lo que le había contado su abuelo, que era un apasionado de la historia. Había visto pinturas del siglo XVIII con soldados ataviados con ese tipo de indumentaria.

Aquellos individuos que lo habían secuestrado y lo habían obligado a cumplir una misión, no le habían detallado los pormenores de esta, pero sí que le habían indicado que viajaría en el tiempo. Pensó que aquello era una broma macabra y se carcajeó.

—¿De qué te ríes malnacido? —preguntó el individuo con rabia.

—Dejaos ya de bromitas y decidme de una vez qué narices tengo que hacer, acabemos rápido y, por favor, denme algo de ropa.

—Deja de desvariar, rata escocesa.

—Soy inglés, no escocés... —De alguna forma le mintió, porque, aunque era inglés de nacimiento, sus orígenes eran escoceses.

—¡Cállate de una vez, vas a venir conmigo! —bramó.

El tipo se aproximó a Alan y, cuando iba a agarrarlo por el brazo, este lo empujó con todas sus fuerzas y lo hizo caer.

El arma se escapó de las manos del soldado y Alan aprovechó ese hecho para intentar noquearle.

Forcejearon en el suelo y Alan quedó sobre aquel tipo y lo agarró por el cuello.

El hombre, cada vez más enrojecido, intentaba proferir insultos, pero las manos de Alan, grandes y fuertes, hacían que su voz se quedara en meros balbuceos y gorgoritos.

El tono rojo de la cara de su atacante se tornó violáceo y Alan se asustó, pensó que podía matarle y él no era un asesino. Sin embargo, al aflojar la presión, su adversario volvió a atacar y ambos contrincantes se enzarzaron en una batalla cuerpo a cuerpo de nuevo.

Alan no le había dado tregua y el casaca roja no había conseguido desenvainar su espada, pero su suerte se acabó cuando su contrario consiguió zafarse de sus fuertes brazos y se vio lo suficientemente libre como para hacerlo.

Fue un segundo, una pequeña fracción de tiempo la que le bastó para rozar el hombro de Alan y

hacerle un corte superficial.

Este se llevó la mano a su brazo y ahogó un quejido, le ardía la piel.

Desarmado, desnudo y herido, así se encontró Alan en aquel lugar desconocido y solitario.

Miró a la muerte a la cara y pensó que aquel sería su último aliento. Maldijo a aquel malnacido por última vez antes de que este le clavara la espada en el estómago.



Alan se despertó desubicado por tercera vez aquel día, en la vida pensó que lo podían dejar fuera de combate tantas veces. Tenía un dolor lacerante en el abdomen y se palpó, pero su piel seguía lisa y tersa como siempre. Miró a su alrededor y solo halló paredes de piedra.

Estaba en una celda, pues las ventanas tenían rejas y la puerta, de madera y hierro, era robusta. En la parte superior de la misma había un ventanuco también enrejado. ¿Estaba preso?

Se levantó, aún con el dolor de su abdomen atenazándole, e intentó aproximarse a la puerta. Sin embargo, uno de sus pies estaba apresado por un grillete de hierro unido a una cadena que a su vez estaba bien enclavada en la pared.

Alan se enfureció y comenzó a llamar a Taylor a gritos y le amenazó con matarlo si no lo liberaba inmediatamente, pero no recibió respuesta.

Pasaron las horas y nadie aparecía por aquel lugar lúgubre y húmedo. Alan pensó que podría morir de inanición si lo abandonaban allí. Su delito no era para tanto, al menos eso era lo que él pensaba. Además, la gran mayoría de la población hacía sus más y sus menos por evadir los abusivos impuestos que se tenían que pagar por cualquier nimiedad.

Caminó de un lado para el otro arrastrando su cadena. Pesaba mucho, pero él era fuerte y, aunque todavía sentía dolor, podía caminar bien.

Alan era un hombre activo, y el hecho de estar encerrado sin poder hacer nada productivo le agotaba la paciencia. El tiempo pasaba lento y seguía en la más absoluta soledad. Vencido por el aburrimiento se tumbó en el suelo y se durmió.

No supo el tiempo que llevaba en el mundo onírico cuando el agua helada bañó su cuerpo y su cara.

—¡¡Joder!!

—¡Engendro del demonio!, ¿quién te envía? —preguntó un hombre que permanecía oculto por la oscuridad de la noche.

—Soy... me envía... —intentó decir Alan sin poder completar las frases, su muñeca ardía y olvidaba cómo pronunciar las palabras.

Recordó entonces lo que le había dicho Taylor, no podía revelar nada de la misión, pero nadie le dijo que no pudiera dar su nombre.

El desconocido se acercó a él y se iluminó la cara con un candil. La sorpresa se instaló en el rostro de Alan, pues su captor era idéntico a él.

—No puede ser, me habéis clonado, ¿qué broma macabra es esta? —preguntó Alan llevándose ambas manos a la cara.

—Esto solo puede ser obra de la brujería y como brujo que eres habrás de morir en la hoguera, no dejaré que un demonio enviado desde el mismo infierno, para atormentarme, lo consiga.

—Tú estás mal de la cabeza... —espetó Alan, que se abstuvo de darle explicaciones a aquel enajenado, pues, a parte de no conseguir nada, sabía que el dispositivo instalado en su muñeca haría su faena y no quería acabar hecho una masa informe de carne.

—Eres un ente diabólico, yo mismo lo he visto con mis ojos.

—Lo que tú digas... —Alan negó con la cabeza.

—Un demonio rojo te mató delante de mis ojos, te atravesó como si fueras un trozo de carne y aquí estás, sin herida alguna. ¡Yo vi cómo se regeneró tu piel!, como tus tripas, esparcidas por el suelo, volvieron a su lugar, como todo se recompuso por arte de magia... —Cailean hablaba con rapidez, su discurso era incluso errático, parecía muy sorprendido a ojos de Alan.

—¿Me estás diciendo que soy inmortal?, esto es la leche... ¿dónde están las cámaras ocultas?, lo he descubierto todo —dijo Alan intentando localizar una cámara camuflada y hablándole a la nada.

—¿Me estás maldiciendo? —preguntó Cailean con los puños apretados.

—Estás chiflado. Ahora en serio, quitame esta cosa del pie y déjame en libertad, ya la broma ha ido demasiado lejos.

Alan se levantó y Cailean desenvainó su espada.

—¡Atrás, demonio!

Como su adversario parecía un poco desequilibrado a ojos de Alan, este decidió aprovecharse de ello.

—Yo te maldigo, vagarás por el infierno sin alma, pues yo me la he comido y ahora tengo tu cara, la tuya ya no está, eres un ser sin cara —dijo con voz cantarina conteniendo la risa.

—¡Voy a matarte, malnacido! —gritó Cailean.

—Pero ¿no decías que era inmortal? ¿Para qué te vas a molestar en matarme si voy a resucitar? Cailean se acercó a Alan y le clavó la espada en el corazón.

Alan sintió un dolor lacerante en su pecho y cayó de rodillas con la espada clavada.

Cailean la extrajo de su cuerpo con fuerza y Alan se derrumbó en el suelo bocabajo. Un charco de sangre se formó alrededor de él, pero en esta ocasión no perdió la consciencia y vivió en primera persona como su cuerpo se regeneraba a una velocidad de vértigo.

Alan, poco a poco, se fue recomponiendo. La sangre volvió a sus venas, y su corazón partido en dos se soldó y volvió a latir con regularidad.

El dolor fue remitiendo y el agujero que había dejado la espada se cerró iluminado por una luz dorada.

Alan se incorporó y se llevó la mano al pecho.

—¡Joder! —exclamó Alan—, ¡la hostia!

Cailean enfundó su espada tras limpiarla con el heno que había en el suelo y, sin decir palabra, se marchó de la celda dejando a Alan encerrado a cal y canto.

Capítulo 6

Cailean entró en la cocina del castillo como una exhalación.

—¡Tú!, ¡ven conmigo! —le gritó a Agnes.

Ella miró a la señora Milne y negó con la cabeza.

—Ve, niña, el señor te necesita —dijo la señora Milne y giró la cara con un gesto de consternación.

—¡No! —espetó Agnes retando a Cailean con la mirada.

—A mí —dijo Cailean acercándose a ella y agarrándola por la muñeca—, nadie me niega nada.

Cailean condujo a Agnes a los calabozos y la empujó al mismo donde días antes lo había visto con la otra sirvienta.

—¡Desnúdate! —ordenó.

—¡No! —repitió Agnes.

—No hagas que lo tenga que hacer a la fuerza, no me gustaría, pero soy tu señor y puedo hacer lo que quiera contigo.

Agnes negó con la cabeza y se refugió en un rincón mientras no apartaba la mirada de los ojos de Cailean, que estaba enfurecido.

—¿Qué te pasa hoy?, ¿tienes miedo? —preguntó este de manera cínica.

Cailean había estado bebiendo en la isla, estaba visiblemente ebrio y su expresión era colérica. Agnes jamás lo había visto así, pero su fama de tomar a las mujeres a la fuerza le perseguía.

Días atrás ella llegó a pensar que todo era un invento, pues no vio que aquella muchacha que él tenía a su merced se quejara de sus atenciones, aunque en principio le parecieran aberrantes. Ella había sentido aquel ardor que la había conducido a pecar con ella misma; todavía se sentía mal por aquello, aunque no podía dejar de recordar la sensación que la invadió y aquella explosión que la hizo sentirse plena. Sin embargo, en aquel momento, los ojos de Cailean no parecían los mismos, su mirada estaba encendida y su cuerpo tenso.

—¡Haz lo que te digo!! —bramó.

—¡Ni lo sueñes, bestia inmundada! —gritó Agnes.

Cailean sonrió con malicia y se quitó su cinturón.

—Ahora verás lo que les pasa a las mujeres que le dicen no a Cailean MacNeil.

Se dirigió a Agnes con rapidez y la agarró de nuevo del brazo con fuerza, la cargó en su hombro como si fuera una pluma y sin que las patadas y puñetazos de esta lo alteraran lo más mínimo.

La engrilltó mirando en dirección a la pared de piedra y rasgó su ropa con fuerza dejándola desnuda y expuesta.

Agnes se temió lo peor, la escena que había presenciado días atrás no tenía nada que ver con lo que estaba viviendo. La brutalidad de Cailean, su expresión, sus movimientos..., no, aquello la asustaba y estaba a punto de confirmar sus temores.

Capítulo 7

Alan oyó que desatracaban la puerta y se incorporó. Habían pasado al menos dos días y Cailean lo había visitado, únicamente, para dejarle la comida.

La celda olía muy mal, pues Alan tenía que hacer sus necesidades en un rincón y taparlas con el heno que había en el suelo. Sus condiciones eran precarias; vestido con la poca ropa que le había proporcionado su captor y apenas alimentado. No se había podido ver reflejado en ningún lugar, pero al palparse la cara no era difícil intuir que donde antes había un afeitado perfectamente apurado, la barba ya había proliferado como la mala hierba.

Cailean entró con una sonrisa de suficiencia, pues ya sabía el porqué de que aquel tipo estuviera allí. Alguien o algo divino lo había puesto en su camino. El primer impacto lo había hecho confundirse. Y el hecho de que este fuera inmortal lo había asustado. Por ello, Cailean, dedujo en la taberna, junto a un montón de hombres que había conocido aquella misma noche, que su vida iba a cambiar y que el destino le había regalado una oportunidad. Lo tenía claro, él la iba a aprovechar.

Los recuerdos volvieron a su cabeza y se relamió de nuevo. Eran cuatro y vestían ropajes que él jamás había visto. Dijeron que viajaban a todos los rincones del mundo y que conocían hasta el más pequeño confín de este. Le hablaron de las mujeres más exquisitas que él jamás hubiera imaginado, que se abrirían de piernas y dejarían que él hiciera con ellas lo que quisiera sin tener que forzarlas, que eran desinhibidas y sentiría placeres que solo hombres como ellos habían conocido.

Cailean bebió y escuchó... escuchó y bebió, hasta que aquellos hombres tan pintorescos terminaron de hablar. Él, que había permanecido embelesado imaginándose en aquel mundo de placeres que sus acompañantes le habían relatado, se sintió ansioso y antes de que se marcharan solo pudo decir. «Llevadme en vuestro barco, quiero viajar con vosotros y quiero sentir todo lo que habéis sentido, vivir lo que habéis vivido y poderlo contar algún día a mis hijos y a mis nietos».

Cuando volvió al castillo de madrugada y, con la marea baja, solo podía pensar en una cosa, poseer a la muchacha nueva. Necesitaba hacerlo, aquel sería su último día en su tierra natal y azotar aquellas preciosas nalgas que él intuía prietas y bien formadas sería una buena forma de dejar salir todo aquello que llevaba dentro, se sentía tan henchido de felicidad, que pensaba que esta iba a rebosar e iba a salir por los poros de su piel.

Sonrió cínicamente cuando recordó lo que había hecho con ella y luego miró a Alan.

—Ya sé por qué estás aquí, lo tengo claro. Y, ¿sabes qué?, que lo acepto, acepto esta nueva oportunidad que me ha dado la vida. Dios te ha puesto en mi camino y tiene sus razones. Yo, ansío viajar, salir de este lugar que me asfixia —dijo haciendo aspavientos y caminando de un lado para otro de la celda mientras Alan lo seguía con la mirada—, ¿quién sabe?, a lo mejor tú tienes una misión que cumplir en este lugar...

A Alan se le iluminó una bombilla imaginaria, misión..., Taylor le dijo que sería informado cuando fuera conveniente, no le quiso explicar en qué consistía su misión, solo lo envió varios siglos atrás y lo dejó desnudo y a la intemperie. Entonces lo tuvo claro, todo aquello no había pasado por casualidad y el hombre que tenía delante, idéntico a él, tenía que ser, cuando menos, un antepasado suyo; pues tenían incluso el mismo apellido. No, Taylor y los suyos no lo habían

elegido a él por casualidad, y el pretexto de haber defraudado al fisco tampoco le valía, era porque solo él podía intercambiarse con Cailean y necesitaban que él, Alan, pudiera acceder al castillo y al laird sin levantar sospechas.

Toda esa información empezó a llegar a su cabeza y miró su muñeca. Era él, era su pensamiento, pero el dispositivo que tenía bajo su piel inyectaba parte de esos pensamientos, le daba instrucciones para que él supiera cuál era su cometido. Ahora ya lo sabía.



Cailean zarparía al alba del día siguiente y tenían toda la jornada para que este le explicara todo lo relacionado con su vida y las personas que estaban en ella.

Durante horas le habló de cada uno de ellos y cómo se tenía que comportar para no levantar sospechas.

Le habló de su afición a la lectura, gusto que Alan no compartía en absoluto. Solo lo había intentado sin éxito cuando fue a la escuela y le obligaban a leer aquellos horribles libros clásicos. La lectura no le llenaba, hecho que Cailean vio como un impedimento, ya que era un secreto a voces que, el hijo del señor, pasaba gran parte de su tiempo en tres lugares, la taberna, los calabozos y la biblioteca. Vino, mujeres y libros, esos eran sus tres placeres favoritos y así se lo hizo saber a Alan que lo miraba como si se tratara de un loco peligroso.

Alan y él solo coincidían en que ambos eran muy mujeriegos, con la diferencia de que Alan trataba a las mujeres como iguales. Sin embargo, el hombre que parloteaba delante de él sin parar hablaba de ellas como si fueran mulas a las que follarse sin piedad.

Cuando acabó de hablar solo dijo:

—¿Podrás hacerlo?

—¿Cómo dices? —preguntó Alan que había perdido el hilo de la conversación porque en aquel momento ya no le aportaba nada.

—Que si cumplirás tu misión... —espetó.

Alan quería decirle que no, quería mandarlo a la mierda e intentar volver al futuro, pero sabía que era imposible si no cumplía aquella maldita misión, por ello, simplemente asintió con la cabeza. Desde aquel momento, algo en su interior le dijo que su vida jamás volvería a ser la misma.

Capítulo 8

El amanecer iluminaba la preciosa isla de Barra cuando Cailean, con la cara parcialmente tapada, se despedía de Alan que iba vestido ahora como lo hacía él normalmente.

Llevaba un *kilt* y una especie de camisa ancha de tela recia que este le había proporcionado.

Había tomado un baño en el mar para quitarse el olor a mierda de animal que había en la celda donde Cailean lo había tenido preso durante varios días, hasta que había decidido su destino.

Cuando salió por fin de su cautiverio, supo que se encontraba en un pequeño refugio en medio de una espesa arboleda.

Eran las nueve cuando Alan llegaba en una embarcación de pequeñas dimensiones al castillo Kisimul, el castillo de sus antepasados y del que ni siquiera tenía constancia, pues nunca fue muy buen estudiante.

Admiró la construcción que estaba en un pequeño islote cerca de la isla de Barra, era una fortaleza coronada por una torre cuadrada. Él no entendía nada de arquitectura, sin embargo, pensó que la construcción que tenía delante era una verdadera preciosidad.

Localizó un pequeño puente y unas escaleras de piedra y ahí dejó atracada la pequeña embarcación.

Respiró hondo y se dispuso a entrar en aquel castillo que le había removido muchas emociones en su interior nada más verlo. Sentía que, de alguna forma, estaba en casa.

Entró al pequeño patio y allí localizó a una mujer que transportaba un cesto lleno de patatas.

—¡Eh, chica! —exclamó Alan.

La muchacha miró en su dirección y abrió los ojos con lo que a Alan le pareció pánico.

El cesto donde llevaba las patatas se le cayó y estas se esparcieron por el suelo.

Agnes se agachó para recogerlas con premura y Alan se acercó a ella para ayudarla.

—¡Déjeme en paz, señor, ya puedo recogerlas yo sola! —gritó desafiante.

—Vale, tranquila, ¡qué humos!, solo quería ser cortés.

Agnes lo miró con desdén y continuó su camino. Después de lo ocurrido sentía miedo cada vez que el señor entraba en el castillo al alba. No quería que llegara borracho y volviera a hacerle lo mismo, por ello, su primera reacción era el pánico y cuando comprobaba que no, que estaba sobrio, se transformaba en odio. El más grande que había sentido jamás hacia un ser humano.



Caris permanecía en su habitación, como era habitual en los últimos tiempos, había visto entrar a Cailean y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba borracho. No podía soportar el hecho de que él pudiera hacer lo que le viniera en gana y ella tuviera que estar encerrada por tener un pequeño escarceo únicamente.

Cada vez que bajaba la marea sentía el irrefrenable impulso de huir de allí, pero ¿a dónde iría?, ella, una mujer acostumbrada a una vida acomodada y criada para casarse con el señor de algún clan vecino y amigo. Ella, que era bella como pocas mujeres y sería carnaza para cualquier desaprensivo que la hallara por los caminos. Además, la isla era pequeña e iba a ser muy fácil encontrarla. No, solo le quedaba resignarse o morir.

Se fijó en Alan y en la muchacha del servicio, a aquella insensata se le habían caído las patatas cuando había visto a su hermano, «otra perra más que se ha abierto de piernas voluntaria o involuntariamente», pensó y sonrió con un punto de malicia. Lo que le sorprendió sobremanera es que Cailean se agachara a ayudarla. ¿Se estaba ablandando?, ¿o es que aquella chica había quebrado la piedra que su hermano demostraba que tenía en el pecho a modo de corazón?

Apretó sus puños con rabia, quería ser como él, como su hermano, y tener la libertad que tenía este, la ansiaba. Pero había algo más, un deseo reprimido y los celos que la corroían. Ya habían pasado años y él jamás la había vuelto a tocar. Solo había sentido amor por un hombre y deseo por otro. Al primero lo habían alejado de su lado, el segundo estaba prohibido y, sin embargo, muchas noches ansiaba que volviera a llamar a su puerta.

Tres toques en la puerta hicieron que su corazón se acelerara, pero no era posible, pues la voz de Fia, su tía, hizo que pusiera los pies en la tierra.

Caris le abrió la puerta y esta entró, como siempre, con su porte recto y altivo.

—Caris, querida, he pensado que podríamos designar a la nueva, la hija de los Steward, para que sea tu doncella. Hoy despedí a la otra, la bastarda. Se veía con tu hermano en los calabozos y desatendía sus funciones.

—¿Qué novedad! —Exclamó Caris— ¿Cuánto cree, tía, que tardará la nueva en sucumbir a sus encantos, y a su cinturón?

Fia se santiguó.

—No entiendo como vuestro padre sigue confiando en alguien como Cailean para que sea el dueño y señor de estas tierras. No sabes las veces que he preguntado a Dios por qué te hizo mujer y no varón, al menos, todo hubiera quedado en el clan; con su legítima señora y no poniendo al frente de este, al hijo de una gitana.

—No es eso lo que dices delante de padre —espetó Caris.

—Con tu padre es mejor no mostrar la verdadera aversión que le tengo a Cailean, jamás lo entendería, ya sabes que es su ojo derecho. Está demasiado ciego, no sabe quién es en realidad su hijo.

—Padre lo sabe perfectamente, estás equivocada, pero hace la vista gorda. Para él, su tendencia a meter su verga en toda mujer que se le cruce es motivo de orgullo.

—Yo lo he visto en los calabozos, y créeme, lo que hace ese engendro del mal es una abominación. —Volvió a santiguarse—. Si esto se supiera en la isla lo quemarían por brujo.

—Tía, en la isla todos saben quien es, su fama le sigue allá donde él va, otra cosa es que a ti te lo quieran contar, pues saben de tus principios.

Fia negó con la cabeza y tras reafirmarse en su deseo de poner a Agnes como la nueva doncella de Caris salió de la habitación.

Capítulo 9

Alan estaba perdido en los pasadizos del castillo, una sirvienta pasó por su lado y, tras acariciarle sus partes nobles, soltó una risita y se marchó.

—Pues empezamos bien, me da que aquí me voy a hinchar de follar —masculló.

Cailean le había hecho un plano con un palo en el suelo de la celda, intentó recordarlo sin mucha suerte, hasta que estuvo casi seguro de que estaba ante la puerta de su habitación.

Por si acaso, dio unos toques en la puerta y esperó varios segundos.

Se disponía a entrar, cuando una bella mujer la abrió y le sonrió de oreja a oreja.

—¿Cuánto hacía que no llamabas a mi puerta? ¿Cuatro años? —dijo ella apoyando una de sus manos suaves en su pecho.

Alan pensó, Cailean le había dicho lo de su actividad sexual algo compulsiva y pensó, «si esta quiere guerra, ¿por qué no dársela?» y sin pensárselo mucho estrechó a la bella dama entre sus brazos fuertes y firmes y la besó con pasión.

Llevaba semanas sin tener relaciones sexuales y una erección, la más potente que había tenido en mucho tiempo, hizo que tuviera urgencia por hacer a aquella mujer que se le ofrecía suya.

La levantó y ella abrió sus piernas para él. Alan cerró la puerta de una patada por detrás y besándose se dirigieron a la cama. Alan comenzó a quitar prendas complicadas y cuando vio que se le resistían las rasgó. Los pechos blancos y turgentes de la chica quedaron al descubierto y él los agarró con sus manos mientras se entretenía en lamer uno de sus pezones.

—Muérdelos, ya sabes cómo me gusta —dijo ella.

Y él, hizo lo propio, mordisqueó sus pezones, pero ella pedía que lo hiciera más fuerte. Alan estaba tan caliente que apretó sus senos y los mordió con la fuerza que ella le demandaba. Ella gemía y pedía más.

Él se retiró y ella gruñó. Le subió la falda y, tras lamerlos, introdujo dos dedos en su sexo, ella arqueó la espalda y pidió más, Alan fue introduciendo dedos, hasta que toda su mano entró en su interior, jamás había hecho cosa igual con ninguna otra mujer. Lo único que tenía claro es que aquella chica tenía que ser una hechicera, porque él se sentía totalmente excitado y con ganas de hacer lo que esta le pidiera.

—Quiero más —rogó ella entre gemidos—, lo quiero todo... azótame.

Alan paró en seco, no le iba el BDSM, ni siquiera tenía idea de que en aquella época existiera, a decir verdad, él era de sexo del de toda la vida. Le gustaba, sí, pero no era para él una obsesión y había períodos en su vida en los que se había mantenido célibe por puro pasotismo.

En su época, las enfermedades de transmisión sexual proliferaban a sus anchas; hacer el amor con una mujer sin protección era deporte de riesgo y él, deseaba poseer a aquella hembra que quería únicamente que le hiciera daño, podía hacérselo, pero prefería que fuera con su polla y no azotando su trasero.

—Venga, hermanito, hazlo por mí... —dijo entre gemidos.

—Un momento, ¿hermanito? —Alan sintió como su miembro perdió la vida hasta quedarse pequeño y asustado.

—¿Otra vez?, ¿se puede saber para qué llamas a mi puerta si tanto te tira para atrás que compartamos padre?, no sé qué te pasa, antes no te andabas con tantos remilgos.

Alan se arregló la ropa y sin mediar palabra salió como una exhalación de la alcoba de Caris.



Desubicado, sucio, poco ético..., así se sentía Alan en aquel momento. Si hubiera sabido que aquella chica era «su hermana» jamás la hubiera tocado. No entraba en sus preferencias sexuales el incesto.

De pronto, vio una pequeña puerta de madera que estaba abierta, hasta él llegó una brisa fresca y decidió cruzar el umbral. Necesitaba tomar aire y pensar. Desde que salió de casa, tras recibir aquella extraña misiva, toda su vida se había vuelto un caos y las situaciones vividas habían sido las más surrealistas que jamás había experimentado.

Alan se encontró en un lugar húmedo y angosto. Localizó unas escaleras de piedra y comenzó a subir peldaños, tuvo claro que estaba en la torre del castillo.

Cuando llegó arriba oyó unos sollozos. Miró a ambos lados y, en un rincón, localizó a una chica muy joven que permanecía sentada con la cabeza apoyada en las rodillas y lloraba ahogando su lamento.

Él se acercó y se agachó frente a ella.

—¿Estás bien? —preguntó posando su mano en una de las rodillas de ella.

Ella dio un brinco y se alejó de él como si hubiera visto al mismísimo diablo. Era la misma chica que había visto en el patio.

—Tranquila, no te haré daño —dijo él para tranquilizarla.

La muchacha se levantó, lo miró con odio y echó a correr escaleras abajo.

—¡Espera! —exclamó Alan y añadió—, aquí están todos locos.

Alan se acercó a las almenas y se asomó. La vista que le ofrecía el lugar era impresionante.

A lo lejos divisó un velero, ¿sería ese el barco que le dijo Cailean que le llevaría a vivir aventuras?

Lanzó un suspiro y permaneció allí durante largo rato. Intentó dejar la mente en blanco, pero no conseguía quitarse la imagen de aquella chiquilla y la mirada que le había lanzado.

Nada tenía claro y no sabía cómo iba a afrontar aquella extraña misión de la que tampoco sabía nada. Sin embargo, debía darse prisa en averiguar lo que aquellos tipos querían de él, de lo contrario su estancia en el pasado se alargaría más de lo que él quería, pues un solo día lejos de su tiempo representaba para él toda una vida.

Cuando su mente se hallaba tan embotada de pensamientos, que amenazaban con salirse de la misma, se miró a sí mismo.

Cailean le había descrito a los miembros de su familia, le había dado nombres y no se acordaba de casi nada, sabía que lo descubrirían, era muy difícil que no lo hicieran. Se observó a sí mismo, vestido con una extraña prenda de cuadros escoceses y con falda, que lo hacía sentirse ridículo.

También llevaba una espada que pesaba una barbaridad. Ni siquiera sabía cómo empuñarla. Su mentor le había instruido a la carrera. Tenía tanta prisa por marcharse, vete a saber dónde, que, bajo presión, le había hecho prometer que sería Cailean MacNeil durante el tiempo que este se ausentara y cuando volviera de su viaje, debía devolverle su identidad sin rechistar. Pero ¿y si no volvía?, ¿estaría condenado a ser Cailean de por vida?

Tuvo claro que ese gran parecido no era fruto de la casualidad, pues hasta apellido compartían

ambos. Estaba seguro de que aquel hombre, más o menos de su edad, era uno de sus antepasados del clan MacNeil.

Su abuelo le había hablado de las costumbres de las tierras altas en el pasado y de la batalla de Culloden, en que los *highlanders* se habían dejado la vida y toda su cultura, que los ingleses habían borrado de un plumazo.

Él era inglés, se sentía inglés, por mucho que sus orígenes fueran escoceses. Tampoco se interesó mucho por las batallitas que su abuelo le contaba en ese aspecto. Si había rivalidad, él estaba del lado de los que consideraba suyos, pues su madre era inglesa y él se había criado como tal.

Durante su infancia nadie en su casa hablaba de ese tema, eran un escocés y una inglesa viviendo una vida normal y corriente. Pasando las penurias de las recurrentes pandemias del primer cuarto del siglo XXI.

Alan bajó, después de pasar dos horas en la cima de aquella torre, y se dispuso a ser Cailean MacNeil y pelear por volver a casa. Solo eso era motivo suficiente para ser implacable si hacía falta para conseguir completar la misión de aquellos chiflados que lo habían enviado al pasado en contra de su voluntad.



Tras dar vueltas sin encontrar su habitación, y evitar la de su lasciva hermanita, vio una puerta abierta y a una chica que salía de ella con un gran bulto de ropa que olía a cuadra.

De pronto, una mujer con un parecido muy evidente a su abuelo se plantó delante de él y comenzó a hablar:

—¿Se puede saber dónde te habías metido?, tu padre te buscaba anoche y, como siempre, no estabas. No se encuentra muy bien, ¿sabes? Y necesita que su único hijo se deje de pájaros en la cabeza y se comporte como lo que es, el futuro señor de estas tierras.

Vale, Cailean le había hablado de su tía Fia, una mujer de armas tomar que no le tenía en mucha estima.

—Tuve un problema con un individuo, pero ya está solucionado.

Al inglés que me había atacado, durante mi cautiverio lo olvidé por completo; pero antes de que Cailean me dejara su marrón, no pude evitar preguntarle por él.

—No te preocupes, ya no molestará más —dijo mientras se alejaba de mí.

Alan evitó preguntar los detalles, pero tenía curiosidad por saber cuál habría sido su fin, pues estaba claro que, si no iba a molestar más, era porque Cailean lo había matado a sangre fría.

No es que le diera pena el individuo, al fin y al cabo, había intentado matarlo. Pero el hecho de matar a alguien, de hundir una espada en su pecho, de quitarle la vida; le hacía estremecerse, pues él era un hombre de paz incapaz de matar a una mosca.

—Anda, lávate un poco y ve a ver a tu padre —ordenó señalando lo que se suponía que era su alcoba.

Alan no se lo pensó, necesitaba dormir, ya vería a aquel hombre más tarde y escucharía el rapapolvo que no iba con él, pero tenía que aguantar por sustituir a aquel energúmeno en su vida.

Entró en la estancia y miró a todas partes. Era espaciosa y luminosa, su cama era muy grande y estaba cubierta por una pieza de tela del mismo color que llevaba él en su vestimenta. La decoración era rudimentaria, pero al mismo tiempo majestuosa.

Sin pensárselo mucho, se dejó caer esperando un colchón mullido, pero en su lugar, lo que halló fue una mezcla de sensaciones incómodas. Aquello ni siquiera era uno de aquellos colchones

de látex en los que dormía él cuando era un niño.

Estaba muy cansado, tanto que no le costó quedarse dormido, entre el duro suelo de heno y piedra y aquel colchón había un abismo.

Capítulo 10

Unos fuertes golpes en la puerta le hicieron despertar de su plácido, pero a la vez incómodo, sueño. Se había quedado dormido con la ropa puesta, ni siquiera se había molestado en quedarse en calzoncillos. Bueno, en parte, porque no llevaba. Además, Cailean le había colocado aquella pieza gigante de tela sin confeccionar con una pericia increíble, si se la hubiera quitado para dormir no tendría ni la más remota idea de cómo volvérsela a colocar.

Aquella prenda era como una versión rudimentaria del *kilt* que llevaba su abuelo en las celebraciones y cuando le daba la gana al hombre. Recordó entonces, el día en que vio como el viento le levantaba la falda y sus vergüenzas quedaban expuestas para la sorpresa de Alan.

—Abuelo, ¿por qué no llevas calzoncillos? —preguntó un Alan de ocho años.

—Porque es un deshonor, chico. Ahora los jóvenes hacen lo que les da la gana y se ponen calzoncillos y se las dan de más escoceses que nadie, se está perdiendo la vergüenza.

—¿No será lo contrario?, da más vergüenza que se te vean las pelotas —rió Alan.

—No, hijo, da más vergüenza perder tus raíces.

Las palabras de su abuelo resonaron en su cabeza una y otra vez.

—¡Cailean! —gritó una voz potente que se mezcló con la que resonaba en su cabeza.

Alan se levantó de sopetón y se acercó a la puerta a la carrera. Cuando la abrió, estuvo a punto de lanzarse en los brazos del individuo que había tras la misma; si no fuera por la cara de mala leche que se gastaba el buen hombre.

—No has venido y te has dedicado a dormir tu borrachera en lugar de atender la llamada de tu padre.

Alan, todavía con la boca abierta y con las lágrimas amenazantes luchando por no salir de sus ojos, templó sus emociones a golpe de pensar: «no es él, no es él».

—¿No tienes nada qué decir? —preguntó la copia exacta de su abuelo.

—No me sentía bien —balbució.

—¿Qué es eso de hablar de sentimientos?, eres duro, tú no sientes, ya lo sabes, eres el futuro señor de estas tierras, aquí no caben los sentimientos.

—Lo siento, abuelo —soltó Alan aturdido todavía por la sorpresa.

—¿Te estás riendo de mí? ¿A qué viene eso de llamarme abuelo? Y, ¿no te he dicho que te dejaras de sentimientos? ¡Levántate, holgazán! Y haz el favor de asearte, hueles a pocilga.

Su supuesto padre se marchó de la habitación renqueando. Estaba cojo de una pierna. Alan se sentó en la incómoda cama y se llevó ambas manos a la cara.

—Todo esto no puede ser real, si es un sueño quiero despertar ya —dijo mientras se pellizcaba las mejillas.

La rutina del castillo era, cuando menos, extraña. Estaba lleno de gente que se suponía que eran del clan MacNeil. Todos le saludaban afablemente y él respondía como podía, pero no era fácil hacerse pasar por alguien tan distinto a él. A ello se sumaba el lenguaje tan distinto en el futuro que él vivía. Tenía que andar con pies de plomo para no meter la pata y cuando inevitablemente lo hacía, siempre lo miraban con cara de póker.

Estos cambios en Cailean no le pasaron inadvertidos a Fia y, aunque se lo guardó para sí misma, no tardó en informar a Caris.

—Hay algo raro en tu hermano, hace días que no es el mismo. Actúa de forma diferente y habla

de manera extraña, incluso le he oído jurar en un lenguaje que bien podría ser el del mismísimo diablo —expuso Fia mientras se persignaba.

Caris, que miraba por la ventana a Cailean que jugaba torpemente con un palo de madera a forma de espada con unos chiquillos en el patio, asintió sin quitarle la vista a su supuesto hermano.

—¿Estás segura, tía?

—No del todo, pero no sabemos qué hace tu hermano cuando se marcha de aquí, quién sabe dónde y con quién haya podido estar. Además, está obsesionado con los barcos y con irse de aquí.

Caris recordó el episodio frustrado que había vivido con su hermano y antiguo amante días antes. Cailean hacía mucho tiempo que decidió no volverla a tocar. Sin embargo, aquel día, fue como si no la conociera, como si él tocara sus carnes por primera vez. Caris sintió el deseo de nuevo en su entrepierna y se juró a sí misma que Cailean volvería a ser suyo, tanto le daba si el diablo se había metido en su cuerpo, si así era, vendería su alma sin pensarlo si así él volviera a fijarse en ella.

Se dio cuenta de que ya no pensaba en su amor frustrado y ya no le pareció tan mala la idea permanecer en el castillo. Entendió entonces que todo había sido un capricho y que el hombre que ella verdaderamente amaba estaba en aquel patio blandiendo un palo torcido.

Capítulo 11

Agnes se fue reponiendo al transcurrir las semanas. Evitaba por todos los medios el contacto con Cailean, aunque lo había observado a escondidas.

Había tenido que limpiar los calabozos en más ocasiones y no había vuelto a presenciar ninguna de las escenas de lujuria del hijo del señor.

Cada vez que Fia o la señora Milne la mandaban a limpiar en aquel lugar se le ponían los pelos de punta y recordaba lo que Cailean le había hecho. A ella, que había llegado a sentir que aquel hombre no debía ser tan fiero como lo pintaban.

Aquella mañana, de nuevo la hicieron ir a los calabozos y, como siempre, se arrodilló y comenzó a limpiar el suelo de piedra. Para no sentir el miedo atenazarla, comenzó a cantar una canción con voz temblorosa.

—¡Eh, muchacha! —oyó exclamar.

Era el inglés que Cailean había capturado semanas antes merodeando por la isla. Según le había explicado Gavin, habían encontrado a cuatro y, tras una lucha a muerte, habían matado a tres y habían apresado al que había quedado vivo. Nunca lo había oído hablar hasta aquel día.

Agnes paró de cantar y se levantó. Miró a la celda que ocupaba el preso y, por la ventana, vio una cara sucia y unos ojos muy azules que la miraban con desesperación.

—Necesito ayuda, ayúdame, sácame de aquí y me iré, juro que no daré ningún problema y no habrá represalias, pero, por Dios, sácame de aquí, me voy a volver loco —sollozó.

Ella lo miró con una mezcla de lástima y desconfianza. Su familia siempre le había hablado mal de los ingleses, pero ella a pocos había visto y ninguno le había hecho daño. Además, el hombre que la miraba desde aquel ventanuco enrejado parecía muy joven y asustado.

—Yo no puedo hacer nada, solo soy una sirvienta —dijo ella enseñándole sus manos vacías.

—Por favor, necesito salir de aquí, de lo contrario me matarán. He pasado semanas curando mis heridas, estos animales me torturaron y me dejaron tirado en este lugar mugriento y lleno de ratas. Pensé que moriría, pero no ha sido así, aunque hubiera sido lo mejor, pues vivir encerrado es como morir y seguir latente.

Agnes apretó los puños e imaginó a Cailean azotando a aquel pobre muchacho. Quiso seguir con su faena y mirar hacia otro lado, desentenderse; pero no podía.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a sabiendas de que se estaba metiendo en un terreno pantanoso.

—Consigue la llave y sácame de aquí, me iré y no volveréis a saber nada de mí, lo juro —dijo el chico con desesperanza.

—¿Cómo sé que no vas a matarme si logro liberarte? —preguntó con las manos apoyadas en las caderas.

—Porque soy un hombre de palabra y yo no quiero todo esto, jamás hubiera osado perturbar la paz de esta isla si no hubiera sido por mi superior, que me obligó a venir aquí, yo solo quiero vivir en paz.

Agnes suspiró y se acercó a la puerta del calabozo.

Miró con intensidad aquellos ojos asustadizos y hermosos. Parecían sinceros.

—Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada, aquí no soy nadie —dijo con pesar.

—Para mí sí lo eres, nadie se ha molestado en escuchar mis lamentos. Nadie se ha acercado a

ver qué me ocurre. Solo me dan la comida mínima para mantenerme con vida y ni siquiera puedo asearme. No puedo más.

—Veré lo que puedo hacer... —repitió ella en un murmullo.

—Dios te lo pague... ¿Puedo saber cómo te llamas? —preguntó.

—Agnes.

—Yo me llamo Arthur, pero puedes llamarme Art.

Agnes asintió y, sin despedirse, se marchó de los calabozos, nerviosa. Desde que había entrado en aquel maldito castillo se le había complicado la vida, hasta el momento plácida y plena.



Alan dio tres toques en la puerta de las estancias del laird, le había preguntado a una sirvienta, fingiéndose borracho, cómo podía llegar, pues de lo contrario sospecharían. El castillo era grande y él no tenía la más mínima idea de dónde estaba nada. Cailean poco le había referido de esos pormenores.

—Pasa, hijo —dijo Jacob.

El joven caminó hacia el señor y, poniéndose en el papel del verdadero Cailean, se arriesgó a mostrarse prepotente.

—¿Qué desea, padre? —dijo en actitud desafiante y altiva.

El laird miró a Alan con una ceja elevada y, tras negar con la cabeza, comenzó a hablar.

—¿Quiero saber por qué tienes a ese demonio rojo encerrado en mis calabozos? —dijo Jacob con no muy buenas pulgas.

Alan no tenía ni la menor idea de lo que le hablaba el laird, y se encogió de hombros involuntariamente.

—¿No dices nada?, es que no puedo entender con qué propósito lo capturaste, lo deberías haber matado como a los otros tres que encontraste.

»Ingleses en mi isla, es que todavía me parece una verdadera tomadura de pelo que fuerais a buscarlos y os vinieseis con las manos vacías la primera vez. Quién sabe cuántos más aguarden escondidos, para caer encima de nuestro clan, como ya han hecho en muchos otros lugares.

»Y mira que en el pasado fui tan iluso de dejar que camparan a sus anchas por mi isla, pero no, después de todo lo que ha pasado con nuestros amigos, yo no quiero a ninguno de esos diablos casacones por aquí.

Alan tuvo claro a qué se refería, él mismo sufrió en sus carnes el ataque de uno de los soldados ingleses que se encontraba en la isla. Cailean le había dicho que ya se había encargado de él. Si el que estaba en los calabozos era el malnacido que le dio muerte, tenía que hacerle una visita no grata.

—Es un buen trofeo, ¿no cree, padre?, con él aquí podemos saber qué intenciones tienen; interrogarlo, ya sabe.

El laird de nuevo miró al que pensaba que era su hijo con confusión.

—Pero ¿no lo habías hecho ya?, ¿o me dijiste eso para contentarme?, tengo entendido que le diste su merecido.

Alan no sabía cómo salir del aprieto.

—Pues lo volveré a hacer hasta que el tipo ese suelte prenda, es más, hoy mismo lo pondré en su sitio.

—Así se habla, que escupa toda su mierda y luego le das muerte. Lo haremos picadillo y se lo daremos a los perros.

Las palabras del laird hicieron estremecerse a Alan, solo imaginar lo que aquel hombre quería hacer con su prisionero le provocaba arcadas.

—Así lo haré... —dijo con firmeza mientras intentaba camuflar su rechazo a la violencia.

Capítulo 12

Agnes caminaba por los pasillos del castillo sumida en sus cavilaciones. Era tarde, casi de noche, y halló luz en una habitación que siempre había permanecido cerrada. Ello le causó curiosidad y se aproximó atraída por una fuerza inexplicable que le hacía caminar hacia aquella puerta.

Cuando estuvo delante del umbral vio a una mujer de tez pálida que, sentada frente a una mesa redonda cubierta con tela del tartán del clan, le indicaba que entrara y se aproximara a ella con un movimiento de sus manos.

—Siéntate, muchacha —ordenó con una voz suave pero firme.

Agnes hizo lo propio y la mujer comenzó a barajar un mazo de cartas del tarot. Ella no creía en esas cosas, además, le tenía mucho respeto a los temas esotéricos, creía en el presente, el pasado la hacía evocar buenos recuerdos, sin embargo, el futuro era algo incierto que, a veces, la aterraba.

—No tengas miedo, creo que necesitas respuestas —anunció la mujer.

Ella no dijo nada, ni siquiera fue capaz de negarse, pues cuando la adivina le dijo que pensara en ella misma y se concentrara, una especie de energía que manaba de su interior la dejó paralizada.

La mujer situó el mazo de cartas en el centro de la mesa y le pidió a Agnes que cortara.

Ella obedeció sin rechistar y luego le indicó, previa pregunta de la adivina, el montón de cartas de la izquierda.

La mujer dispuso las cartas en la mesa y tras mirarlas con detenimiento, comenzó a hablar:

—Hay algo en tu pasado que está oculto, algo que no sabes y que te liga a este lugar. No estás a gusto, hay un hombre que te ha dañado, pero ya está muy lejos, no has de temer más por él.

Agnes sonrió de medio lado, si hablaba de Cailean, la pitonisa se estaba equivocando, ya que él estaba demasiado cerca, para su desgracia.

—Hay alguien más, no quiere hacerte daño y desconoce lo ocurrido, no temas, puede serte de mucha ayuda.

»Has de tener cuidado con una mujer, puede hacerte mucho mal si se lo propone, es implacable con sus rivales.

La muchacha no se creía nada de lo que aquella mujer extraña le decía, sus predicciones eran erráticas y poco claras.

—No te acerques al mar, el mar quiere atraparte y quedarse con tu alma.

La adivina extrajo más cartas y las puso encima de las otras.

Tras examinarlas, abrió mucho la boca y recogió las cartas con premura.

—¿Qué pasa? —preguntó Agnes alarmada por el modo de actuar de la mujer.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —exclamó la pitonisa señalándole con un dedo la puerta.

Agnes tenía mil preguntas, y comenzó a hablar atropelladamente interrogando a la tarotista.

—Déjame, me duele la cabeza, márchate por favor.

—¿Qué ha visto en las cartas?, dígamelo.

—No quieras saber demasiado, niña.

—Pero ha sido usted la que ha querido echarme las cartas, dígame ahora por qué lo ha recogido todo, me lo debe.

—No, niña, yo no te debo nada.

—¡Haga el favor de hablar, mala mujer! —gritó Agnes.

La pitonisa negó con la cabeza y dijo:

—Veo destrucción a tu alrededor y tú eres el centro de todos los conflictos.

Agnes retrocedió hasta salir de la estancia y arrancó a correr hasta llegar a su alcoba, allí se encerró y comenzó a rezar arrodillada y apoyada en su cama, no creía en adivinos, pero las palabras y el comportamiento de aquella mujer la habían perturbado.



Varios golpes en la puerta hicieron que Agnes se despertara de golpe y porrazo. Se había quedado dormida en el suelo hecha un ovillo. El miedo la había agotado en demasía y, simplemente, se había dejado llevar por el cansancio.

Se incorporó y notó como le dolían los huesos, su cuerpo estaba entumecido por haber permanecido por mucho tiempo inmóvil en el suelo frío y húmedo del castillo.

Los golpes se intensificaron, quien quiera que estuviera tras la puerta tenía mucha prisa.

Cuando Agnes abrió, se encontró a Gavin que, con los ojos saliéndose de sus órbitas, le decía que se diera prisa, pues Fia y Caris estaban buscándola y habían amenazado con echarla del castillo.

A Agnes tanto le daba, para ella, que la echaran era lo mejor. Aunque no quería dejar mal a su padre, pues era quien le había conseguido el trabajo y tenía que honrarlo. Por ello, se arregló la ropa y salió tras su amigo a toda prisa.

—Le he dicho que Cailean te había hecho un encargo y habías tenido que ir a la isla. Él te ha cubierto, no sabía cómo salir del aprieto y el hijo del señor nos ha ayudado. Es de agradecer.

Agnes apretó los puños, ese malnacido algo pretendía. Ya sabía que no se podía fiar de él y jamás volvería a caer en su embrujo, eso lo tenía muy claro. Pero entonces recordó las palabras del prisionero que le pedía ayuda y su desesperación, quizá podía aprovechar el arranque de amabilidad de Cailean en su propio beneficio. Entornó los ojos y lo tuvo claro, ¿qué más podía hacerle aquel depravado?

Cuando ambos entraron en la cocina, Fia los esperaba con los brazos en jarra.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó Fia con saña.

—Ya le he dicho, tía, que ha ido a hacer unos recados para mí —dijo Cailean que apareció en el campo de visión de Agnes como si fuera un clavo ardiente al que agarrarse.

—Quiero que me diga ella a dónde ha ido exactamente y también quiero saber cómo lo ha hecho si la marea está alta y los botes no se han movido de aquí. Además, con esos brazos tan delgaduchos dudo mucho que haya podido remar para ir y volver de la isla.

Agnes suspiró, en aquel momento era como un ratón enjaulado.

—Tía, la ha recogido y la ha vuelto a traer uno de mis hombres, por ello, nuestros botes siguen en su sitio.

—¿Y qué ha ido a hacer allí?, ¿no lo podía hacer el hombre que la ha llevado?

—No, tía, y le agradecería que no se inmiscuyera en mis asuntos, soy el futuro señor de estas tierras, el hijo del laird, no lo olvide —dijo Cailean con firmeza.

—Está bien, pero la próxima vez deberás avisarme, ya sabes que el servicio es cosa mía.

—La avisaré, tía, pero sepa que no tendría por qué hacerlo, si necesito al servicio para mis asuntos personales, no dudaré en tirar del mismo.

Fia miró a Cailean con furia, pero no dijo nada más; se limitó a aguantar las ganas de increparle y, sintiéndose impotente, se marchó.

Agnes miró a Cailean con desconfianza y retrocedió cuando este quiso hablar con ella en plan simpático.

Alan se quedó estupefacto al ver la muestra de odio que vio en los ojos de aquella muchacha que, cada vez que se cruzaba con él, lo trataba con desprecio. Por alguna razón reflexionó sobre el asunto y llegó a la conclusión de que Cailean, el verdadero, la había tenido que dañar de alguna forma, de lo contrario no se explicaba ese comportamiento; era como si le diera repulsión solo verlo.

Como quería respuestas, no dudó en ir tras ella y cuando le dio alcance la agarró del brazo.

—¡Eh, espera! —exclamó.

—¡Déjeme! Que me haya cubierto con su tía no le da ningún derecho sobre mí —espetó Agnes con furia.

—¿Se puede saber qué te he hecho? —preguntó Alan con la esperanza de que esta le aclarara algo.

—Usted sabe muy bien lo que me hizo —dijo Agnes forcejeando para zafarse.

—No sé nada, no lo recuerdo. —Alan puso aquel pretexto por si colaba, pero a Agnes pareció divertirse.

—No me haga reír, es usted el diablo en persona, ¡¡aléjese de mí!! —gritó.

Alan se quedó plantado en medio del pasadizo con las manos en alto y tuvo claro que no pararía hasta descubrir qué le había hecho el desgraciado de Cailean a aquella frágil chica.

Durante las horas siguientes se cruzó en varias ocasiones con ella. Intentó incluso ser amable y ayudarla cuando la veía cargada con fardos de ropa y baldes de agua, pero esta declinó sus atenciones en cada una de las ocasiones.

Bien entrada la noche la abordó en la cocina y, con voz firme, le pidió que le explicara qué había hecho para que ella se sintiera tan mal con él.

Agnes hizo caso omiso a sus palabras y siguió limpiando el suelo de la cocina arrodillada.

—Soy el futuro señor del clan, me debes respeto —espetó Alan en unos malos modos fingidos para que ella reaccionara y soltara eso que la hacía mirarle con repulsión.

—¿Que le debo qué?, no tengo porque tenerle un respeto, no se lo merece. Quiere hacer ver que no se acuerda de lo que pasó para reírse de mí, pero no le daré ese gusto. —Agnes se levantó y le tiró un trapo mojado a Alan en la cara.

—De acuerdo, tienes razón, he sido un desalmado. Si puedo hacer algo para compensarte, dímelo, lo que sea lo haré, tienes mi palabra.

Agnes apretó los puños y aunque sabía que nada compensaría el daño que Cailean le había causado, aprovechó la ocasión para pedirle al hijo del señor lo que durante horas le rondaba por la cabeza.

—Está bien, sí que hay algo que puede hacer por mí. Eso no hará que seamos amigos ni que yo le perdone. Pero podría hacer que cambiara a bien la opinión que tengo de su persona —dijo Agnes en actitud desafiante.

—Dímelo, lo que sea lo cumpliré —anunció Alan deseoso de saber qué narices hacer para que aquella mujer dejara de mirarlo como si fuera un monstruo.

—Quiero que libere al preso inglés que tiene en las mazmorras.

Alan se sorprendió por la petición de la muchacha, jamás se le hubiera pasado por la cabeza

que aquella fuera su pretensión. Era la segunda vez que le hablaban de aquel hombre y todavía no lo había visitado en su cautiverio. Suspiró y elevó sus cejas antes de decir:

—De acuerdo, lo haré.

Capítulo 13

Eran las cinco de la mañana cuando Alan, Agnes y Gavin se reunían en el patio interior del castillo.

Hacía frío y lloviznaba. El mar azotaba las paredes de piedra de la fachada del castillo y un silbido, que parecía susurrarles algo maligno, se colaba por los recovecos de la fortaleza.

Agnes llevaba su camisón y se había cubierto con una capa con capucha. Alan había dormido de nuevo con el *plaid*, pues era incapaz de ponérselo decentemente si no le dedicaba tiempo a la faena.

Gavin sentía que, con aquella acción, estaba traicionando al laird y así se lo hizo ver al que él creía que era Cailean.

—Yo respondo por lo que pueda ocurrir si mi padre llega a enterarse de que hemos sido nosotros los que lo hemos liberado. Si alguien os pregunta, no sabéis nada. Mi versión será que fui a hablar con el preso y que este me sorprendió, me atacó y se escapó. Es lo que contaré a mi padre.

—No le creerá, su padre es listo, a decir verdad, es el hombre más avisado que conozco —confesó Gavin.

—Dejémonos de parloteo y vamos al lío, ¿dónde está ese tío? —preguntó Alan en un lenguaje que a Agnes y a Gavin sorprendió a partes iguales.

Gavin se rascó la cabeza, la actitud de Cailean era, cuando menos, extraña, él lo conocía bastante bien y hacía días que lo notaba raro.

Los tres dejaron de hablar y se dirigieron a las mazmorras. Una vez delante de la puerta, Agnes sintió miedo, si alguien los descubría podría meterse en un buen lío, además, tal y como eran las cosas, los dos muchachos podrían ser acusados de brujería y de haber hechizado al hijo de su amo para que hiciera su voluntad.

Alan desatancó la puerta y la empujó. Al otro lado, un hombre menudo y enjuto permanecía en un rincón de la celda.

Su ropa estaba raída, lo que había sido su uniforme de soldado inglés era un ropaje informe hecho girones. El olor a sangre putrefacta y a excrementos inundaba el lugar y hacía que los tres jóvenes se taparan sus narices para no aspirar semejante hedor.

Alan se acercó al hombre que lo miraba con terror. Contrariamente a lo que pensaba, no era el soldado que le atacó mientras corría desnudo por el prado, sino alguien mucho más joven y con actitud menos fiera.

—Por favor, tenga piedad de mí —suplicó.

Alan se agachó frente a él y lo liberó de los grilletes de sus tobillos. Agnes y Gavin permanecían fuera de la celda expectantes.

—Mira, hombrecillo. Te voy a liberar y tú te vas a marchar de los dominios de esta gente, no quiero volver a verte cerca de aquí. Te he traído ropa limpia y dinero para que puedas sobrevivir los próximos días.

—Muchas gracias, Dios se lo pague —lloriqueó el muchacho.

Alan se entretuvo localizando la llave de los grilletes de las muñecas, ninguna servía. Se dio la vuelta para salir de la celda y preguntarle a Gavin, a riesgo de parecer más sospechoso aún, si él

sabía cuál era. Sin embargo, nunca, jamás... puedes darle la espalda a tu enemigo, por muy inocente que parezca, no lo debes subestimar. Pero esto Alan no lo sabía, él era un hombre del siglo XXI, pacífico y en ocasiones sedentario. Aunque la genética lo hubiera dotado con un físico imponente y musculado sin pasar apenas por el gimnasio.

De pronto, algo apresó su cuello, era una cadena muy deteriorada que laceraba su piel y lo asfixiaba por momentos.

Aquel hombrecillo se hallaba tras él e intentaba estrangularlo. Era mucho más bajo de estatura que Alan, pero su fuerza se podía bien equiparar o superar a la suya.

Alan sentía que la vida se le escapaba por momentos y no podía hacer nada por quitarse de encima a su adversario.

De pronto todo se volvió oscuridad y Alan se perdió en las tinieblas de la muerte. Sintió como si estuviera en un sueño plácido, algo que no le había pasado jamás. Era la tercera vez que moría desde que había llegado a la escocia del pasado; sin embargo, en esta ocasión se vio a sí mismo en un lugar completamente oscuro en el que una voz conocida le decía una y otra vez que no era el momento, que todavía le quedaba mucho por vivir, era la voz de su abuelo, que con su atuendo de escocés del siglo XXI se acercaba cada vez más a él.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Alan aturdido y debilitado.

—Has muerto, Alan, es la tercera vez que nos vemos en tan poco tiempo, pero sé que este no es tu momento, es algo que no comprendo, pero volverás a la vida.

—Han pasado muchas cosas, unos desaprensivos me enviaron al pasado a cumplir una misión que creo que ni ellos conocen, solo quieren volverme loco —dijo Alan con evidente cansancio.

—Lo sé, me lo explicaste la última vez que nos vimos.

—No recuerdo nada.

—Y cuando vuelvas a la vida lo olvidarás de nuevo —anunció su abuelo.

—No quiero olvidar, abuelo, necesito saber cómo volver a mi vida, a la de siempre.

—Lamentablemente, pequeño... puede que nunca puedas hacerlo...

Tras decir esto, su abuelo se desvaneció y Alan quedó de nuevo sumido en la oscuridad.

—¡Abuelo! —bramó—¿dónde estás?

Pero no obtuvo respuesta y se desplomó en el suelo, las piernas le fallaban y una sensación de ahogo, muy desagradable, no lo dejaba emitir más que sonidos guturales.

Alan sintió que todo había sido una fabulación de su mente y que era su fin, el definitivo.

Capítulo 14

Dolor, uno agudo y lacerante en su garganta, fue lo que sintió Alan al despertar en el sucio suelo de piedra del calabozo. A su lado, Gavin y Agnes lo miraban horrorizados.

Poco a poco el dolor fue remitiendo y su respiración volvió a la normalidad.

—¿Qué clase de demonio eres? —dijeron a la vez los chicos que, al ver que Alan despertaba, se echaron para atrás hasta tocar el muro de piedra.

—No temáis, por favor —suplicó Alan mientras se levantaba del suelo.

—Acabamos de ver como volvías a la vida y tus heridas curaban, no puedes ser humano — espetó Gavin mientras abrazaba a Agnes en un intento de protegerla.

—No puedo deciros nada, solo soy..., soy... —Alan comenzó a notar como el calor se apoderaba de su cuerpo, ardía cada vez con más intensidad, era el aviso inequívoco de que su dispositivo lo iba a hacer estallar.

Gavin y Agnes lo observaban cada vez con más temor.

—No soy un monstruo, os aseguro que si pudiera vol... —El calor incrementaba hasta niveles insoportables.

—¡Joder! —exclamó llevándose las manos a la cabeza.

—Vámonos de aquí, es un hereje —dijo Gavin temeroso mientras agarraba de la mano a Agnes y salía del calabozo.

Alan fue tras ellos intentando explicarles que él no era ningún hechicero, pero los muchachos siguieron con su carrera y lo ignoraron.

Unos gritos se oyeron de pronto, era la señora Milne, al parecer, el cautivo se había colado en la habitación del laird y lo había intentado asesinar.

Los tres se pararon en seco y se miraron entre ellos, había sido un error liberar al prisionero y lo podrían pagar muy caro.

—Gavin, muchacho, ve a la isla y trae al curandero, si está en la taberna tráelo a rastras si hace falta, el señor se muere —ordenó la señora Milne sin aliento y luego añadió dirigiéndose a Alan — Cailean, ¿dónde estabas?, tu padre te necesita, te está llamando, ve a verlo, date prisa.

Alan corrió a la habitación del señor y allí se lo encontró tendido en su cama con una herida mortal que su hermana, Fia, intentaba taponar sin mucho éxito.

—¿Dónde estás cuando se te necesita?, tu deber es velar por los tuyos y por este lugar... — espetó Fia con desprecio.

—Fia, por favor, déjanos solos —balbució el laird

—No puedo hacerlo, te desangrarás.

—Haz lo que te digo, voy a morir igual, necesito hablar con mi hijo a solas.

Fia hizo lo que su hermano moribundo le pidió entre juramentos, pues no entendía por qué este quería pasar sus últimos suspiros con su hijo ilegítimo.

—Hijo, acércate a mí.

Alan se aproximó a donde estaba el señor, puso paños limpios en la herida de este y presionó.

—Necesito hablar contigo antes de morir. No quiero que los ingleses nos arrebaten lo que es nuestro. El prisionero se ha escapado y anda suelto por el castillo, atrápalo por mí y asegúrate de que tenga la peor muerte que haya conocido ningún ser humano.

—Lo haré, padre; pero no gaste la poca energía que le queda, enseguida vendrá el doctor y le

salvará la vida.

—¿Quién es el doctor? —. Alan había metido la pata con los nervios y rectificó.

—El curandero, padre.

—Cailean, hijo, no me queda mucho tiempo. A partir de ahora, tú serás el legítimo señor a todos los efectos, no dejes que nadie... nadie te diga que no eres digno de ostentar tal título. Prométeme que serás el mejor, que harás que desde el cielo te mire con orgullo.

Alan asintió mientras seguía poniendo paños en aquella herida mortal.

—Quiero oírtelo decir...

—Sí, padre, haré que os sintáis muy orgulloso —dijo Alan emulando a su abuelo cuando le contaba historias antiguas.

—Entonces, creo que ya puedo morir en paz...

El señor exhaló su último aliento mientras Alan, desubicado, sentía que ese momento no le pertenecía a él, sino a Cailean, al verdadero.

Alan se emocionó y dejó escapar una lágrima furtiva, era la segunda vez que veía morir a su abuelo, pues el señor se le parecía tanto que lo había sentido de la misma forma.

Cuando llegó el curandero, ya nada se podía hacer. Aunque aquel hombre, que iba como una cuba, se pusiera a decir palabras en gaélico para intentar traer de nuevo a la vida al laird.

—Está muerto, ¡¡déjelo en paz!! —gritó Alan con los puños apretados.

De pronto, Gavin entró en la estancia.

—¡¡Cailean, ese malnacido está en la torre!!

Alan salió de la alcoba del señor como una exhalación y corrió por los pasadizos del castillo hasta llegar a la torre, una vez allí, subió los peldaños gastados por el tiempo con toda la rapidez que le fue posible. Arriba localizó al hombrecillo, con su casaca roja raída, subido a las almenas y de espaldas al horizonte.

—¡¡Ven aquí, cabronazo!! —gritó.

El hombre lo miró con desdén y con una sonrisa de oreja a oreja le susurró algo a su muñeca, que estaba iluminada, señal inequívoca de que tenía un dispositivo igual al suyo.

—Un momento, ¿quién eres?, ¿de dónde vienes? —preguntó Alan con ansias de saber.

El prisionero no le contestaba, era como si no le escuchara, como si algo o alguien actuara por él.

—¿Vienes del futuro?, ¿Taylor también te puteó y te trajo hasta aquí?

El inglés seguía sin contestarle y de nuevo le habló a su muñeca.

—¡Misión cumplida! —exclamó antes de poner los ojos en blanco y arrojar al vacío.



Caris fue avisada de las heridas de su padre. Cuando Fia se lo dijo, ella corrió a la alcoba del laird, pero justo antes de entrar oyó que este hablaba con Cailean y la rabia se apoderó de ella. Era la hija mayor, la legítima, pero como Fia siempre le refirió, su padre no la tendría en cuenta. Lo que no esperaba era que ni siquiera se acordara de ella en sus últimos segundos. Apostada en el umbral de la puerta, vio como su padre exhalaba su último aliento y lloró de impotencia. ¿Por qué había nacido mujer?, ¿por qué odiaba tanto al hombre que en realidad amaba, aun siendo su hermano?, lo sabía, claro que lo sabía. Su hermano siempre había sido el ojo derecho de su padre.

A él lo habían educado para la lucha, a ella para ser esposa y encadenarla a un matrimonio por conveniencia. Pero aquello no les había salido bien, sus múltiples escarceos, aquella relación incestuosa que su padre había descubierto años atrás —por la que la castigó únicamente a ella— y su carácter caprichoso y huraño habían espantado a todos los posibles candidatos antes de que se produjera el enlace. El tiempo había pasado y, tras intentar escaparse con aquel chico de la isla al que ella amaba solo para fastidiar a su padre, se había quedado sin ases bajo la manga. Viviría encerrada en aquel lugar, eso es lo que había dictaminado su padre, sin embargo, ante ella, ahora se abría un nuevo horizonte y con Cailean al mando, quizás su situación cambiaría.

Se tragó la pena y la rabia se convirtió en triunfo, debía mirarlo por el lado positivo, Cailean era más maleable que su padre y tenía un defecto, las mujeres eran su debilidad. Él le había prometido a su padre que jamás volvería a tocarla mientras él estuviera en vida. Pero ahora estaba muerto, y aquella última visita a su habitación le había dado esperanzas, aunque Cailean huyera como un cobarde. Sí, lo tenía muy claro. Volvería a ser la dueña de su corazón, la única.



Alan se arrodilló aterrizado. ¿Qué futuro le esperaba?, tenía muy claro que aquel individuo era como él, un viajero en el tiempo con una misión que cumplir, una misión de la que nunca regresaría, pues aquellos malnacidos ya lo habrían programado para suicidarse cuando ya no precisaran de sus servicios.

Acercó la muñeca a su boca y le gritó:

—¡¡¡Hijos de puta!!!, ¡acabad ya conmigo, decidme cuál es mi jodida misión!, ¡si he de morir no quiero alargarlo más! —Pero no recibió respuesta, solo el eco de su voz que creaba una melodía estrepitosa al mezclarse con el silbido mortecino del viento.

»Lo contaré todo, explotaré y mis pedazos se esparcirán por este castillo de mierda, ya no os serviré de nada, si es eso lo que queréis, adelante, seguid en silencio, mamones.

Cuando Alan se disponía a abandonar la torre, una voz lo hizo parar en seco, era Taylor, y se había materializado tras él en forma de holograma.

—Jodido, salvaje... —espetó Alan.

—Señor MacNeil, no puedo decirle que me alegro de verle, me ha pillado usted en una fiesta familiar y he tenido que dejar a los míos para atenderle urgentemente. Espero que sea por algo importante.

—¡Oh!, ¡cuánto lo siento! —exclamó Alan con sarcasmo.

—Ahórrese tonterías, ¿qué problema tiene? —preguntó Taylor con impaciencia.

—Pues verás, señor, no sé yo si llamarlo problema, es solo un pequeño detalle y espero que me lo aclare.

—Dígalo ya y déjese de sarcasmo barato.

—Un tipo se acaba de suicidar tras matar al laird.

Taylor sonrió.

—Sí, ¿y qué quiere que yo le haga? —preguntó Taylor cruzándose de brazos.

—No se piense que me chupo el dedo, he visto al muchacho hablarle a su dispositivo y decir que había cumplido su misión. Luego se arrojó al vacío y ahí está, abierto como una sandía, ¿es ese el futuro que me espera a mí cuando acabe mi misión?

—¿Para eso me hace venir? ¿Para decirme que un agente ha decidido poner fin a su vida?, ¿se puede saber qué culpa tengo yo de eso?

—Yo vi su mirada, vi como actuaba cual autómatas, lo siento, pero esto apesta y no quiero

acabar estrellado en esas rocas de ahí abajo. Lo que quiero es abandonar la misión y pagar por mi delito, seguro que no será peor que esto.

Taylor se quedó blanco como el papel, hecho que hizo que Alan sintiera que había tocado la tecla que debía para conseguir su cometido; que aquel hombre le dijera de una vez qué quería de él, o, por el contrario, que lo dejara libre. Alan jamás pensó que llegaría a preferir la cárcel al pasado, pero la cara de aquel desgraciado y su suicidio se habían quedado grabados en su mente y sabía que iba a ser difícil olvidar. Los muertos no pueden contarlos, los presos tarde o temprano sí.

—No sé de qué me habla, si ese hombre ha decidido poner fin a su vida no es culpa mía, además, él tenía delitos de sangre, no es su caso.

—¿Y con eso qué quiere decirme?, ¿que se mató porque le pareció lo más saltar al vacío?, ¿que usted no tiene nada que ver?

—Verá, señor MacNeil, no debería comunicarle su misión hasta que no esté preparado para ello, pero en vista del color que está tomando este asunto, se la revelaré.

Alan se llevó ambas manos a unos bolsillos imaginarios, gesto que siempre hacía cuando algo le interesaba, sin embargo, con aquellas prendas tan complicadas y rudimentarias poco podía hacer más que sentirse un poco ridículo.

—Adelante, dígame ya y acabemos con esto —dijo Alan con decisión.

Taylor miró a Alan con curiosidad, se había dado cuenta de sus ganas de saber y ello hizo que se regodeara un poco más en sus rodeos.

—¿Sabe, señor MacNeil?, creo que no es usted consciente del bien que le hace a su patria con esta misión, que las personas que reclutamos son especiales por algún motivo, no seleccionamos a simples delincuentes de poca monta y ya está, en este asunto hay mucho más, muchísimo más.

»Se habrá usted dado cuenta de su capacidad de regeneración, no pueden matarlo, a menos que... —Taylor dejó en el aire aquello, sabía que Alan clamaría por saber el porqué, era demasiado transparente y podía anticiparse a sus reacciones.

—Dígalo ya, deje de intentar captar mi atención con humo, porque lo que me da solo es eso.

Taylor sonrió, había subestimado a su contrario, había visto sus intenciones, pero pensó que él entraría en su juego hasta el final. Había llegado el momento de dejar de jugar al gato y al ratón.

—Señor MacNeil, su misión consiste en abrir las puertas a los nuestros, usted será el nuevo señor de estas tierras y deberá tenerlo todo previsto para cuando le avise. Solo tiene que dejar un resquicio para que podamos entrar en la fortaleza, que no es más que un baluarte de piratas.

»No sienta pena por esta gente, en cuanto usted cumpla su misión será devuelto a su tiempo y ocupará su lugar el auténtico Cailean, él luchará por su gente y por su castillo.

—¿Solo he de hacer eso?, ¿está seguro?

—Le doy mi palabra, MacNeil, solo eso. Y en cuanto los nuestros consigan entrar, solo tendrá que comunicarnos que ha cumplido la misión, automáticamente estará de vuelta en su casa y olvidará todo lo que aquí aconteció, quedará sin cuentas que saldar con la justicia y tendrá toda su vida por delante, además, se le compensará con una buena cantidad de criptomoneda que le ayudará a vivir con desahogo varios años.

Alan se sintió algo más esperanzado, como si se tratara de un hechicero, Taylor le había llevado a su terreno dándole una misión muy sencilla y una gran compensación por ello. Sin embargo, todo no podía ser tan bonito y cuando ambos hombres se despidieron y Taylor estaba a punto de desaparecer, Alan lanzó una pregunta al aire:

—¿A menos que qué? —preguntó con los brazos en jarras.

—¿A qué se refiere?

—Que antes se ha quedado a medias, no puedo morir a menos que... dígame.

—Solo podrá morir si es usted mismo quien se quita la vida, tal y como hizo el tipo que está ahí abajo. Sí, señor MacNeil, no hemos sido nosotros quien lo inducidos a suicidarse, fue él mismo, pues sabía que así acabaría con su vida, yo mismo se lo dije en cuanto le revelé su misión. ¿Alguna pregunta más?, he de irme —anunció con impaciencia.

Alan negó con la cabeza y, aunque todavía tenía dudas acerca de la muerte de su «compañero», sintió menos pánico. Él solo tenía que dejar entrar a los suyos al castillo, no tenía que matar a ningún infeliz, al menos con sus propias manos, pues tenía claro que sus compatriotas no iban a hacerles cosquillas a los habitantes del castillo.

Cuando se quedó solo se asomó por las almenas de la torre, no por el costado donde los restos de aquel infeliz permanecían mecidos por las olas, sino por el otro, quizá contemplar la isla fuera mejor opción.

Suspiró profundamente y se quedó con la mirada fija en un punto, pero sin mirar nada en concreto, lo que podríamos llamar la mirada vacía. De pronto, hubo algo que hizo que sus ojos revivieran de nuevo y rodaran como si de detectores de movimiento se trataran. Era ella.

Capítulo 15

Agnes no podía asimilar lo que había ocurrido aquella noche en el castillo. Se sabía culpable por haber instado a Cailean a liberar a aquel preso que la había enredado como lo hace una serpiente constrictora. Lo maldijo. Sabía que Cailean sería implacable con ella, pues aquel malnacido había dado muerte a su padre y, con toda probabilidad, rodarían cabezas.

Salió del castillo con un hatillo de ropa y mucha premura. Buscó una pequeña barca que pudiera llevarla a la isla, pero los hombres habían ido al pueblo a dar la noticia de la muerte del laird y se habían llevado la única que ella podría manejar sola.

Pensó en avisar a Gavin y que este la acompañara, sin embargo, descartó la idea de inmediato porque su amigo intentaría que cambiara de opinión y no tenía intención de hacerlo, su decisión era firme. Se marcharía del castillo Kisimul y, posiblemente, de la isla de Barra para comenzar una vida nueva lejos de aquel lugar y de sus habitantes.

Agnes miró en derredor y vio como la marea, aún baja, podía permitirle llegar a la isla si se daba prisa. Se lo pensó unos segundos y, cuando tuvo claro que la furia de Cailean podía caer sobre ella, prefirió arriesgarse.

Ella misma había visto como él se había curado de sus heridas, tenía claro que aquello solo podía ser obra del diablo. Dios sanaba de otra forma, sin sangre que vuelve al cuerpo, sin tejido que se construye de nuevo en una visión repugnante. No, su Dios lo haría de otro modo.

Aquel pensamiento hizo que se envalentonara y se metiera en el agua, que estaba helada. Pero a ella no le importó, pues ya le llegaba a medio muslo y la marea subía por momentos, si se daba maña lo conseguiría. Podía hacerlo, aunque por dentro pensara lo contrario que se decía a sí misma: que el mar se la tragaría, que jamás se sabría de ella y que la culparían de la muerte del laird, por convencer a Cailean y por ser la cómplice de aquel perturbado.

El mar es la maravilla por excelencia, es el tesoro divino de la humanidad, es el todo y la nada, unas veces calmado e inocente, otras, bravo y mortal. Solo la marea podía confabularse aquella noche contra ella y así lo hizo, pues clamaba por hacerla suya y aumentar así el número de personas que habían perecido entre sus mecidas aguas.

Subió, el nivel del mar subió con tanta celeridad que el pequeño cuerpo de Agnes se quedó sin fuerzas para seguir adelante.

A ello se le sumó la tempestad que, como si de magia negra se tratara, se desató en segundos para llenar aquel gran coloso con su materia fundamental. El agua la envolvía y la lluvia y el fuerte viento la llevaban de manera errática a un lugar sin vuelta.

Agnes perdió el ritmo y se hundió. Luchó con todas sus fuerzas por escapar de su prisión cristalina y furiosa, pero no pudo conseguirlo, pues el mar penetró en sus fosas nasales, en su garganta y en su alma, hasta que ya no pudo ver nada más. Fueron segundos, minutos, qué más da, solo fue una fracción de tiempo indeterminada, la que le hizo falta a Alan para ser un pasajero más en aquel mar embravecido. Sin embargo, él sí era un buen nadador, uno que en su día había ganado trofeos cuando iba al instituto y, sin pensárselo, se lanzó al mar para rescatar de sus garras a la presa Agnes.

Alan también subestimó la fuerza del enemigo y con mucha dificultad llegó a nado a donde estaba ella. Le costó localizarla. Se había hundido, pero el hatillo de ropa marcaba una posición y, aunque buscarla podía ser muy difícil, tuvo suerte.

La encontró inconsciente en la oscuridad del mar y se la arrebató. La arrastró con dificultad hasta tierra y allí, intentó reanimarla.

Sus labios estaban amoratados y fríos, su piel cenicienta; pero tras posar su boca en ellos le insufló vida y Agnes, con un gran dolor, volvió a respirar con normalidad y abrió los ojos.

—¿Cómo estás, pequeña? —susurró.

Agnes lo miraba con una mezcla de miedo y agradecimiento.

—Lo siento, yo no sabía que mataría al señor, no lo sabía —dijo entre hipidos y sollozos.

Alan la abrazó tan fuerte que Agnes se sintió en casa, ¿qué era aquello?, ¿por qué el hombre que la había violentado semanas antes tenía tan poco que ver con el que ahora la estrechaba entre sus brazos y la mecía como si fuera una niña pequeña?

—Señor —balbució.

—Shhh, no hables —susurró.

Agnes se encontró con el rostro de Alan, tan perfecto y hermoso. Sus ojos negros, tan diferentes a los de los demás hombres que conocía. Eran bravos como el mar y oscuros como un abismo.

Él la miraba con devoción, pero no con deseo como había hecho desde que ella entró en el castillo a trabajar. ¿Qué le había pasado a aquel hombre?, no era el mismo.

Alan le retiró un mechón de pelo mojado que cruzaba su rostro y lo acarició con dulzura.

—Eres la criatura más bonita que he visto jamás —susurró.

Agnes elevó las cejas, Cailean nunca diría semejantes palabras, pues era bruto y trataba a las mujeres con superioridad.

—¿Quién eres? —preguntó Agnes.

Alan cerró los ojos, no podía decirle nada, pero lo ansiaba, quería mostrarle a ella quién era en realidad. Sin embargo, se limitó a tomarla entre sus brazos y a llevarla de nuevo al castillo sin decir una palabra más.



Agnes durmió durante horas sin ser consciente de ello. El sueño la venció mientras Alan la tenía en sus brazos. Cuando despertó miró a su alrededor, ¿dónde estaba? Cuando consiguió ubicarse se dio cuenta de que se encontraba en la habitación del mismísimo Cailean.

Aquello la hizo ponerse en alerta. Pero sus miedos se desvanecieron cuando vio a una de las sirvientas traerle un bebedizo de hierbas.

—¿Cómo está la señora? —dijo su compañera con retintín.

—¿Qué hago aquí?, he perdido la noción del tiempo.

—No sé qué le hayas hecho a ese malnacido de Cailean, lo que sí sé es que ha dado orden de que nadie te moleste durante el día de hoy y que te dejen reposar. Además, le ha dicho a la señora Milne que hoy no faenarás. ¿Se la has chupado?

Agnes no entendía la rabia con la que su compañera le hablaba. Se pensó dos veces el beberse el contenido del cuenco que ella había puesto en sus manos.

—Tranquila, no es veneno. Pero te voy a decir una cosa, y solo te la diré una vez. —Apuntó a Agnes con su dedo índice y elevó la barbilla con superioridad—. Si estás pensando en ser la nueva esposa de Cailean, ahora que va a ser el señor de estas tierras, tendrás que ponerte detrás de mí, no voy a dejar que una niñita con cara de ángel y corazón de demonio me quite la vida que me pertenece por derecho.

Agnes elevó las cejas. Estaba dolorida y la voz chillona de aquella muchacha la estaba irritando, además, no tenía la menor idea de por qué le decía aquellas palabras, pues ella no

pretendía nada y, menos aún, con Cailean.

Entonces recordó que esta era la mujer que él tenía suspendida y engrilletada en la mazmorra la primera vez que ella tuvo que limpiarla.

—Yo no tengo pretensiones con el hijo del señor, si tú las tienes, adelante, yo solo quiero vivir en paz —dijo Agnes con una media sonrisa que irritó aún más a su rival.

—No me gustan las niñas como tú, con esa inocencia fingida, esa fragilidad, volvéis locos a los hombres y, luego, la serpiente que tenéis en el interior os sale del cuerpo y estrangula a los pobres infelices que caen en vuestras manos.

—Pierde cuidado, no me interesa tu señor. Ahora, déjame en paz —espetó Agnes hastiada de la molesta compañía de aquella chica, que raramente le dirigía la palabra y tan solo era una más de las múltiples amantes del hijo del laird.

—No olvides que te he avisado —dijo su compañera con desdén y luego se marchó de la habitación.

Agnes se quedó sola con sus pensamientos, y el día en que Cailean la violentó, acudió a su mente como un rayo.

Estaba de nuevo en el frío suelo de la mazmorra, Cailean la miraba con los ojos encendidos en llamas, tenía miedo, mucho miedo.

La agarró como si de un fardo se tratara y la encadenó de espaldas a la pared. Su cara impactó con la piedra fría y mohosa.

Rasgó su ropa con saña y la tiró al suelo.

—Deje que me vaya, por favor —suplicó Agnes entre sollozos.

Cailean se aproximó a ella y se apretó a su pequeño cuerpo. Sintió su aliento a alcohol y su olor a perdición. Lamió su cuello hasta llegar a su oreja y allí le susurró:

—Ahora, perra, vas a ser mía.

Agnes sintió de nuevo el horror, el recuerdo estaba vívido en su memoria, era como si de nuevo estuviera suspendida en la pared y Cailean, sin la menor contemplación, se introdujera dentro de ella con violencia.

Recordó sus gritos y sollozos, nadie la socorrió. Recordó un dolor lacerante y el deseo de que terminara y la dejara en paz.

Entonces lloró muy fuerte, de una forma desgarradora, no había podido hacerlo desde que aquello pasó.

El miedo la embargó de nuevo, por ello, se levantó de la cama de Cailean y salió de la habitación como una exhalación, necesitaba sentirse a salvo en su pequeño cuarto.

Cuando corría por los pasadizos para llegar a las alcobas de los sirvientes una voz conocida la distrajo de su carrera.

—¿A dónde vas con tanta premura? —preguntó la hechicera que le había echado las cartas días atrás.

Agnes se detuvo y miró con detenimiento a la mujer que tenía delante. Era bella, demasiado, y no sabía determinar su edad. Pues se veía joven, pero a la vez llena de sabiduría.

—Me dirigía a mi cuarto... —aclaró entre jadeos.

—¿De qué huyes?, o quizá lo correcto sería preguntar ¿de quién?

Agnes se puso alerta, en realidad no sabía quién demonios era aquella mujer que, aunque tenía porte regio, se mostraba cercana y misteriosa.

—¡Agnes! —Oyó la voz de Cailean llamarla y abrió mucho los ojos.

Se dio la vuelta para mirar y vio como él corría hacia ella. Cuando se volteó de nuevo para seguir con su camino, no encontró a la extraña mujer.

—¿Dónde vas?, tienes que descansar, hoy no tienes que trabajar, ya lo hablé con Fia y con la señora Milne. Además, tu alcoba es fría e incómoda, yo te cedo la mía hasta que estés mejor — dijo Alan con sinceridad.

—Es mejor que cada uno siga su camino, yo prefiero estar en mi sitio, es el que me corresponde —espetó antes de retomar su carrera y dejar a Alan con la palabra en la boca.

—¡Espera!

Alan fue tras ella, pero cuando esta llegó a su destino le cerró la puerta en las narices.

—¿Se puede saber por qué huyes de mí ahora?, de verdad, a veces no entiendo a las mujeres, ¿a veces?, no, a veces no, más bien nunca las he entendido y no creo que lo haga jamás. —Alan se marchó enfurruñado.

Le había salvado la vida a aquella chica, la había tratado con dulzura y la había liberado de sus quehaceres enfrentándose incluso a Fia, que había puesto el grito en el cielo cuando vio a su supuesto sobrino cargando con Agnes y con intención de llevársela a su habitación para que se repusiera de su temeridad. Porque sí, para Fia lo que había hecho aquella muchacha era temerario. Además, el laird, su hermano, estaba de cuerpo presente y a nadie parecía importarle.

Capítulo 16

El día amenazaba tormenta. Los relámpagos y posteriores truenos se sentían cada vez más cercanos. Una lluvia fina y molesta hacía que todos los presentes se hallaran empapados en el funeral del laird.

El sacerdote pronunciaba su perorata, mientras Alan, impaciente, quería que todo aquello terminara. Las miradas de Caris y Fia, contrariadas por la imposibilidad de este, lo estaban poniendo nervioso.

Quería que Taylor le diera el aviso con la mayor premura y marcharse de nuevo a su tiempo. Tanto le daba el futuro de toda aquella gente que, a pie de lápida, lloraba la muerte de su señor.

Al día siguiente sería nombrado laird y le daba mucho vértigo, pues ese puesto no le correspondía a él sino al verdadero Cailean, como todo lo que estaba viviendo en las últimas semanas.

Varios hombres del clan habían hablado con él, le habían mostrado su pesar por la muerte de su padre y a la vez lo habían felicitado por su próximo nombramiento.

Fia se acercó a él incluso, y le dijo que no se fiara, que aquellos malnacidos querían su puesto y que no dudarían en emborracharlo para que quedara en situación de vulnerabilidad y así tomar el mando en el castillo.

A Alan tanto le daba todo aquello, en cualquier momento tendría que dejar entrar a los ingleses a la fortaleza y todo cuidado no serviría de nada.

La ceremonia se llevó a cabo enseguida y Alan fue nombrado laird, tal y como todo apuntaba.

Uno de los hombres del clan, amigo inseparable de su supuesto padre, le hizo entrega de la espada de este, tenía que proteger la isla como lo había hecho él, defenderla de todas las amenazas y luchar hasta la muerte si era necesario.

Alan se dejó llevar, fue como si se despersonalizara, como si saliera de su cuerpo para ser solo un mero espectador.

Cuando todo aquel espectáculo, que no iba con él, hubo terminado, se celebró una gran comilona y se bebieron cantidades ingentes de alcohol.

Él decidió retirarse a un rincón, y allí se quedó sumido en sus pensamientos con una copa de vino.

De pronto, se sintió observado, era ella, Agnes, que lo miraba desde una esquina y, por primera vez, no fue odio lo que vio en su mirada. Tampoco miedo, ¿podía ser compasión?, pues sí, podía serlo y él, sin muchas ganas, agachó la cabeza y siguió concentrado en su copa de vino.

Varias personas se le acercaron para hablar con él, pero al ver las pocas ganas que tenía el nuevo laird de celebrar, lo dejaron para buscar mejor compañía. Por suerte, toda aquella apatía se podía atribuir a la muerte de su padre.

—Perfecto, soy un muermo... —masculló Alan dándole otro trago a su copa.

De pronto, tenía a Agnes delante de él y la muchacha, al percatarse de que él se había dado cuenta de su presencia, se disculpó, pues la señora Milne le había ordenado que recogiera la mesa donde se encontraba el señor.

—Debería ocupar su puesto, hay rumores entre los invitados —le advirtió.

—Nunca me han preocupado los rumores, no me apetece estar allí en medio.

—Pero es su sitio, su responsabilidad, eso es lo que están diciendo.

—Que hablen, no me voy a mover de aquí, aunque me lo pida el mismísimo diablo.

—No se fie, aquí hay personas que matarían por estar en el asiento del laird.

—¿Por qué me lo dices?, pensaba que me odiabas y que me quitaran de en medio sería para ti una liberación, ya que mi presencia para ti es una condena —espetó Alan.

—Por mí puede hacer lo que le venga en gana —dijo Agnes furiosa.

En verdad no sabía por qué lo había avisado de las voces que había oído durante toda la tarde, voces que conspiraban contra el hijo ilegítimo del laird, voces que habían sido alentadas por ella, por Caris, pues tras morir su padre y sin su yugo, había dado por zanjado su encierro y su mutismo.

Agnes apenas había tenido más de dos palabras con la hermanastra de Cailean, suficiente para darse cuenta de qué tipo de persona era. Arrogante, prepotente y caprichosa, así le había parecido Caris MacNeil.

Alan se encontraba apático, sin ganas de protagonismo. Sentía que interpretaba un papel que se le daba muy mal y clamaba por la vuelta de Cailean, ya que eso significaría que él estaría liberado, en su tiempo y sin toda aquella responsabilidad que no sabía cómo manejar. ¿Qué tenía que hacer un laird?, ¿cuáles eran sus obligaciones?

Había visto al padre de Cailean despachar a lugareños que se peleaban por una gallina, que se acostaban con la mujer del vecino o que se acusaban mutuamente de brujería, ¿ese sería su cometido?, porque no creía que él fuese el hombre más justo del mundo.

Cuando fue consciente de que se hallaba sumido en sus pensamientos, Agnes ya se había marchado a servir vino a los demás invitados.

La observó, no tenía la menor idea de por qué le atraía tanto y, a la vez, se había prometido a sí mismo no ponerle una mano encima. Tenía la intuición de que aquella mujer podía calarle hondo y no tenía la intención de crear vínculos afectivos en el pasado si no le era posible llevárselos a su época.

La fiesta terminó a altas horas de la noche y, cuando volvía tambaleándose a su habitación, Caris le salió al paso.

—Hermanito, ahora ya somos libres, ya padre no puede impedir lo nuestro. —Ahí, directa a la llaga, así era Caris, esperaba el momento para saltar sobre su presa cual leona.

—Caris, no me siento bien, ya hablaremos mañana —dijo Alan con cansancio.

—¿Es que no te parece ya demasiado todo lo que hemos esperado? —preguntó ella con los brazos en jarra.

—Parece que te alegres de la muerte de padre —espetó Alan.

—¿Cómo te atreves a decirme eso a mí?, tú, precisamente tú, Cailean.

Caris se enfureció y le dio la espalda a su hermano.

—No te enfades, por favor, solo necesito descansar —dijo Alan posando su mano en el hombro de ella.

Caris se estremeció.

—No me toques, por favor. ¿O es que no ves que me muero por tus caricias?, por tus besos, por volver a ser tuya. Sería capaz de quitarme la vida si con ello disfrutara de la eternidad junto a ti, en libertad, en un mundo en el que no fuéramos hermanos, solo almas, solo cuerpos...

Alan sintió lástima de aquella mujer, él no era nada suyo, podría dejarse llevar y follársela, pero algo se lo impedía, el mero hecho de que ella pensara que eran hermanos ya le echaba para atrás, aunque Caris fuera un pecado hecha mujer.

Ella se aproximó a él y le acarició la cara con ambas manos. Sus caricias eran tan dulces que Alan, por pura necesidad afectiva y sexual, respondió a sus atenciones besándola con pasión.

Caris, pletórica, introdujo su mano por debajo del *kilt* y acarició a Alan en su miembro, que ya estaba erecto y anhelante.

—Hazme tuya, por favor, quiero morir esta noche en tus brazos. —A Alan le sonaron teatrales las palabras de su hermanastra.

Reflexionó entonces, las palabras de Agnes vinieron a su cabeza, ¿y si era una trampa mortal? ¿Y si quería eliminarlo?, no, no iba a dejar que aquella mujer lo sedujera y lo llevara de la mano a la tumba.

Alan se retiró bruscamente y negó con la cabeza.

—¿Por qué no?, ya nada nos lo impide.

—Estoy cansado, me voy a dormir, además, hay promesas que perduran incluso después de la muerte.

—¿Es por esa sirvienta?, he visto cómo la miras y no me gusta, ella jamás estará a tu altura, nunca podrá ser tu señora.

—Tú tampoco —sentenció Alan con contundencia.

Caris se marchó a su habitación lanzándole maldiciones, la gatita que quería morir en sus brazos y la leona que esperaba su presa se habían convertido en la arpía que te mata, si puede hacerlo, cuando no miras.



Londres, año 2050

Taylor se acercó a mí, me encontraba, como siempre, examinando la actividad de los agentes que cumplían misiones en el pasado.

Mi trabajo no era algo que me apasionara, solía hacerlo bien y me daba dinero, mucho dinero.

Solo tenía que vigilar, velar porque todas las misiones llegaran a buen puerto. Avisar a mis superiores si la cosa se salía de madre. Nada más.

Cualquiera podría decir que era el trabajo perfecto, sí, se podría decir así. Solo hacían falta grandes dosis de sangre fría y hasta la fecha yo lo había hecho bien.

—Quinn, ¿qué tal todo?

—Controlado, como siempre —dije mientras daba un sorbo a mi cocacola.

—Lo sé, eres una de nuestras mejores agentes, por ello vengo a encomendarte algo especial —anunció Taylor mientras se cruzaba de brazos.

Mi jefe siempre había exaltado mis cualidades, era algo que a mí no me subía el ego, pues sabía que, cuando lo hacía tan descaradamente, buscaba mi implicación absoluta.

—Tú dirás —solté mientras elevaba una ceja.

—Es el tipo que enviamos al castillo Kisimul. No me fio de él.

—¿Pero a ese no lo controlaba Jackson? —pregunté extrañada. A mi ex no le gustaba que me pasaran a mí sus asuntos.

—Quiero que lo llesves tú, ese tipo me da mala espina y Jackson parece estar en el limbo.

Taylor me envió el expediente de Alan MacNeil y lo leí con detenimiento, como siempre. Sin embargo, en esta ocasión, tuve claro desde un principio que aquel hombre no era como los demás. Joven, apuesto y exitoso, no era el típico patrón de los infelices que pagaban sus cuentas con la justicia en la organización para la que yo trabajaba.

Su delito tampoco era nada del otro mundo. Teníamos asesinos, ladrones, violadores, lo mejorcito de la fauna delictiva. Él había evadido impuestos. Algo que en los tiempos en los que nos encontrábamos era castigado duramente, pero jamás nos habían enviado a alguien que se hubiera comportado como el listillo de turno y se hubiera jactado de ello en plan fantasma. De hecho, me produjo más de una carcajada leer las transcripciones de las conversaciones que aquel hombre había tenido con sus conocidos.

Cuando vi el enorme parecido de nuestro fichaje con Cailean MacNeil, tuve claro el motivo, pues Alan tenía que suplantar su personalidad. Estoy segura de que por eso fueron a por él, si no, jamás lo hubieran molestado.

Acaricié la fotografía del tal Alan y la comparé con la de Cailean, sí, eran idénticos, pero había algo en la mirada del primero, algo limpio de lo que carecía el segundo. No, a mí no me hubiera resultado difícil distinguirlos.



Alan, ahora el laird del clan MacNeil, un inglés en un tiempo desconocido para él, un hombre del futuro al que no le quedaba de otra que adaptarse a una época en la que la higiene no era lo más de lo más, terminó de asearse. Poco a poco le era más sencillo. Aunque echaba de menos meterse en su ducha inteligente y dejarse acariciar por aquellos chorros de agua caliente que le reconfortaban. Se dio cuenta de que jamás lo había valorado. Desde que tenía uso de razón todo fue así, limpio y fácil.

Ahora se apanaba con una especie de balde y agua que calentaba para no morir de frío. Su olor corporal no era el mismo, se había convertido en algo salvaje que le causaba repugnancia, pensó que daría la vida por un desodorante, aquello le parecía asqueroso.

Se vistió con más pericia que de costumbre y salió de su habitación con la convicción de que podría hacerlo bien, al fin y al cabo, a él siempre le había gustado mandar, esto no sería igual que en su propia empresa, pero ya miraría la forma de capear lo que se le venía encima.

Dejó atrás la melancolía del día anterior y el incidente con Caris. Si tenía que representar un papel lo iba a hacer lo mejor posible. Tenía claro que debía mantenerse lejos de ella. Agnes jamás se hubiera acercado a él para advertirle, si lo que tramaba su hermana no fuera algo turbio y perjudicial para él. Eso hizo que sintiera aún más simpatía por la misteriosa chica que parecía odiarle la mayoría del tiempo.

Entró en el salón que utilizaba el laird para despachar sus asuntos y allí encontró a varios hombres que lo esperaban.

Pasó al menos una hora escuchando las discrepancias de estos y cuando les comunicó su veredicto lo miraron con cara de póker, con seguridad no eran las palabras que les habría dicho el antiguo laird. Pero es lo que él consideró justo que se debía hacer.

Dos hombres se peleaban por las lindes de sus terrenos y él les aconsejó que pusieran piedras para delimitar y las pintaran con pintura reflectante. Obviamente, aquello no existía en esa época y los tipos se marcharon pensando que era alguna especie de poción para aplicar a las piedras.

Otros dos se disputaban a una mujer y a Alan no se le ocurrió otra cosa que hacerles elegir un número, como ninguno acertó, les dijo: «Esta mujer no puede ser para ninguno de los dos, además, las mujeres no son de nadie, joder...»

Para aquella gente, que no tenía ni idea de lo que significaba el feminismo, la decisión de su nuevo laird no les convenció, es más, les enfadó, pero era Cailean, temido..., no osaron contradecirle, aunque se fueron contrariados.

Fia, que permanecía cerca de él, vigilante, le dijo que no podía tratar así a los lugareños, que su actitud no era la correcta y que aquellos veredictos eran puras burlas. Pero Alan no se iba a dejar aplastar por aquella mujer, sabía de la antipatía que le tenía a su sobrino, no era difícil deducirlo.

Ella, enfadada, se presentó en la alcoba de Caris y, como siempre, soltó toda su perorata. Caris solía entrar al trapo, pero en esta ocasión se mostró mucho más agresiva, destilaba odio por todos sus poros, quería a Cailean hundido; si no era para ella, no sería para aquella desgraciada a la que él miraba con devoción.

—Me hierva la sangre cuando veo a ese bastardo en el lugar de mi hermano —espetó Fia.

—Tiempo al tiempo, tía, tiempo al tiempo —dijo Caris mientras enroscaba un mechón de su larga melena.

Capítulo 17

Agnes fue enviada a la alcoba de Caris, una vez allí, esta le anunció que desde ese momento sería su doncella y que pasaría el mayor tiempo sirviéndola a ella. Caris quería tenerla vigilada, pues no quería, por nada del mundo, que Cailean tuviera la oportunidad de hacer con aquella muchacha lo que le negaba a ella.

—Te llamas Agnes, ¿verdad? —preguntó mientras la rodeaba como un animal a punto de caer encima de su presa.

Agnes asintió con desconfianza, que ella hubiera requerido de su presencia no presagiaba nada bueno.

La había observado, no le gustaba Caris. Era una mujer hermosa, quizás la más hermosa que había visto jamás, pero en su mirada había algo maligno.

Sabía por las otras sirvientas de su historia, que su padre la había encerrado para que no se casara con quien no debía. También sabía de los rumores de incesto, eso le revolvió las tripas en cuanto se lo dijeron. No concebía la idea de tener algo con un hermano, para ella ese vínculo era sagrado y jamás se debían traspasar ciertas líneas.

—Qué delgada estás, y tu piel está estropeada, no sé qué pueda ver un hombre en ti —dijo Caris para humillarla.

—No busco que ningún hombre me mire solo por mi cuerpo, señora.

Caris se carcajeó.

—Querida, todas utilizamos nuestro cuerpo y nuestra belleza para atraer al hombre al que amamos, mírame a mí, mira mi piel, mi rostro, mi cuerpo, y ahora dime, ¿si fueras hombre podrías resistirte a mis encantos? —susurró muy cerca de Agnes, casi rozó sus labios.

Agnes se sintió violenta, aquella mujer se había acercado demasiado a ella y pretendía humillarla, quedar por encima de ella. No era una chica sumisa, era asustadiza y tímida, pero tenía carácter cuando algo o alguien pretendía hacerle daño. En ese caso, su lengua se desataba y era capaz de herir con sus palabras como defensa.

—Sí, es usted muy bella, pero no es mejor que yo por eso, y no, quizás si fuera un hombre, usted me podría atraer físicamente, pero solo eso —espetó Agnes con rabia.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Caris mientras le daba una bofetada.

Agnes se tocó la mejilla que había quedado enrojecida por la agresión de su rival.

—No vuelva a tocarme... —dijo desafiante.

Caris pensó para sus adentros que la había subestimado, creyó que, por su aspecto, le sería fácil dominarla, humillarla incluso, pero si el tema continuaba por donde iba, con toda probabilidad no le serviría de mucho tenerla cerca, pues pasar todo el día peleándose con ella no era el fin que perseguía.

—Discúlpame, querida, siempre pruebo a mis nuevas doncellas, no me gustan las personas sin sangre en el cuerpo —dijo entre risas.

Agnes se sintió contrariada, Caris le acababa de propinar una bofetada y todavía le picaba la cara, ¿cómo podía llamar a aquello «prueba»?

De todos modos, ella también sabía ser estrategia y callar cuando le convenía, quizás así averiguaría por qué la había elegido la hermana de Cailean, precisamente a ella, la empleada con menos experiencia que había en el castillo, la más nueva.

Caris le explicó a Agnes sus funciones y esta la escuchó con atención. Su trabajo sería menos duro, pero no tendría tanta libertad y aquello la asfixiaba. De hecho, todo en el castillo lo hacía, a excepción de la mirada de Cailean en las últimas semanas.

Era su tortura, como una melodía pegadiza que se te mete en la cabeza y crea un bucle del que es difícil salir. Así veía Agnes aquella mirada, la que le dedicó Cailean cuando la salvó de morir ahogada. Recordaba ese momento una y otra vez, no podía detener el ritmo de su mente que la traicionaba. El mal recuerdo de la violación había sido sustituido por sus miradas cerca del mar que casi la traga. ¿Cómo podía ser?, era imposible, pero en su pensamiento había motivos de lo más rocambolescos. Uno de ellos cobró fuerza hasta el punto de convertirse en una gran verdad para ella, Cailean había sido poseído, y el ser que había entrado en su interior no era malo. Su mirada cristalina era sincera, muy alejada de la de Cailean, salvaje y enigmática, pero con algo oscuro que daba miedo, algo que ella había padecido en su propio cuerpo, pues se había dejado atraer por tan vil mirada y caro era el precio que había pagado.

Desde que Cailean la violentó, no había vuelto a ser visitada por aquel ardor que la trajo por el camino de la amargura y del placer durante sus primeros días en el castillo. Recordó la sensación al explotar, su cuerpo se convirtió en algo que reaccionaba y se sentía totalmente satisfecho. ¿Por qué esas sensaciones se habían apagado en ella?, ¿tendría que ver con el influjo negativo de Cailean?, no lo tenía claro, y se sintió mal consigo misma por darle vueltas a aquellos temas y recordar algo que la iglesia llamaba pecado. Se persignó y se alejó de la presencia de Caris, que ya la había despachado hacía un rato, no sin antes, enumerar todas las tareas que Agnes tenía que hacer aquel día y los recados que en su mayoría implicaban ir a la isla.



Pasaron los días, Cailean se acostumbró en menos tiempo del que pensaba a las funciones del laird. También a sus estancias personales y a su nueva alcoba, que era mucho más cómoda. Eso sí, tuvo que hacer de tripas corazón para no pensar en el hombre muerto y desangrándose una y otra vez. Aquello lo logró con un cambio de imagen general.

Movió muebles, pidió que cambiaran toda la decoración textil que adornaba su nueva alcoba. Fia puso el grito en el cielo, pero eso a él no le importó. Para algo era el señor de aquel castillo y, mientras así fuese, iba a explotarlo, algún provecho tenía que sacar de todo aquello.

Agnes, por su parte, tuvo que adaptarse a su nueva labor a desempeñar. Los caprichos y las excentricidades de Caris la ponían de los nervios, no obstante, sabía salir airosa de los aprietos en los que su nueva ama la ponía.

Aquel día la hizo ir a la isla, a una taberna. Debía entregarle una misiva a un tipo. No era la primera vez que ella le encomendaba algo semejante, pero aquel día tenía un mal presentimiento.

Descendió de la pequeña embarcación que la había llevado a la isla, Gavin la acompañaba. Era tarde, ya había anochecido y hacía frío. Agnes llevaba una capa larga con capucha para guarecerse de la fina lluvia que caía y mojaba de manera traicionera a todo el que la subestimaba.

Gavin dejó la embarcación bien sujeta y ambos caminaron hacia su destino.

Entraron en la taberna y, como siempre que veían traspasar la puerta a una mujer, todos los parroquianos que allí se alimentaban de alcohol y risas, callaron.

Agnes se descubrió y vio como todos aquellos tipos la observaban como si nunca hubieran visto una hembra, algo que hizo que se estremeciera, pues ella no era un trozo de carne que codiciar.

Al fondo localizó al hombre al que tenía que entregarle el mensaje y se dirigió con decisión

hasta su mesa. Gavin permaneció en la entrada sin quitarle el ojo de encima a su amiga.

—¿Señor MacLeod? —preguntó Agnes a un individuo que se correspondía con la descripción que le había facilitado Caris.

Él asintió y la miró a los ojos como escrutándola, ella no pudo soportar aquella mirada tan intensa e incómoda.

Agnes le tendió el sobre lacrado y, sin más palabras ni más formalismos, se marchó del lugar.

Cuando ambos chicos salían de la taberna y recorrían las calles para volver al puerto, unos tipos les cerraron el paso.

—¿Qué tenemos aquí?, una hermosa jovencita tierna y desvalida custodiada por un chico escuálido —dijo arrastrando las palabras, estaba borracho como una cuba.

—Dejadnos pasar —espetó Agnes con furia.

—Mira, es la mujer la que intenta defenderse, este ni es hombre ni es nada —dijo otro mientras señalaba a Gavin.

—¡Quitad de en medio u os las veréis conmigo! —bramó Gavin, en un intento frustrado de parecer seguro de sí mismo.

—Mira, este gusano nos desafía, venga, hombrecillo, demuestra que no eres una niña —dijo el tercero antes de propinarle un puñetazo al muchacho.

Agnes, que observó la escena con el mismo miedo que tenía Gavin, se abalanzó sobre el tipo que le había pegado a este. Pero los otros dos la agarraron por debajo de los brazos y la derribaron.

Uno de ellos se puso encima de ella y le dijo:

—Ahora, preciosa, te voy a demostrar lo que es un hombre de verdad. Y tú, niñato, vas a ver cómo se hace, seguro que te entran ganas de follarte a esta perra.

A Gavin lo tenían sujeto entre los otros dos y lo obligaban a mirar, Agnes gritaba horrorizada y recibía puñetazos en la cara para que se callara.

El malnacido que la tenía presa, le subió la falda y se relamió. Luego se levantó el *kilt* y le mostró su miembro erecto. Ella sollozó; no, otra vez no podían hacerle aquello. El individuo se agarró su verga para introducirla en el interior de Agnes. A Gavin lo callaron a puñetazos y patadas.

Agnes, con la asquerosa mano de aquel individuo ahogando sus gritos y sollozos, intentó dejar la mente en blanco, pensar en su infancia, en el prado y en las flores silvestres que lo poblaban.

Capítulo 18

Alan, impulsado por una fuerza extraña, una fuerza interna que le dominaba, salió del castillo y se dirigió a la isla a remo, era tal el ansia de llegar a tiempo que no pudo pararse a pensar por qué estaba pasándole aquello. Cuando llegó a la isla, se dirigió a las cuadras y se subió en el caballo de Cailean. Aquel bicho lo tenía entre ceja y ceja, pues cada vez que había intentado montar en él, había tenido que dejarlo por imposible, ya que, los relinchos del caballo y su lucha por quitarse de encima a Alan, podían levantar sospechas. Sin embargo, en esta ocasión, el caballo, como atraído por la misma fuerza de su falso amo, inició un galope frenético.

Tras unos minutos de intensa carrera, Alan vio una escena sobrecogedora. Un malnacido intentaba forzar a Agnes, y dos más pegaban a Gavin sin piedad.

Desde que se le había hecho entrega de la espada del laird, Alan la llevaba a todas partes. Por alguna razón, se sentía más seguro si la portaba consigo, aunque no tuviera ni idea de cómo utilizarla; es más, esperaba no hacerlo nunca. Pero aquella oscura tarde, una fuerza superior lo dominaba. Como ya he relatado, e inmerso en ese poder que le hacía ser una vaina de sí mismo, desenvainó la espada y lanzó un grito de furia mientras se aproximaba a aquellos tipos y a sus dos presas.

Estos, al ver que era Cailean, soltaron a sus prisioneros con el terror pintado en sus rostros. Los tipos comenzaron a correr despavoridos y Alan fue tras ellos lanzando maldiciones y blandiendo su espada. Los dos que maltrataban a Gavin se le escaparon, pero no eran estos los que a él le interesaban, al que realmente quería abatir sin piedad era al asqueroso que intentaba violentar a Agnes.

No le fue muy difícil darle alcance y, sin pensar en nada más que en vengarse, de un golpe de espada, lo hirió en una pierna.

El tipo cayó al suelo entre gritos, y Alan se bajó del caballo. Se agachó junto a él y con una voz más áspera que la lija le dijo:

—Bien, te gusta joder a mujeres indefensas, demostrar que tú eres el más fuerte, meter tu asquerosa polla dentro de ellas sin permiso, ¿verdad?

Alan lo agarró por la melena y la estiró con violencia.

—Solo nos estábamos divirtiendo, lo juro, no íbamos a hacerles nada a esos dos —lloriqueó el violador.

—No es eso lo que he visto. Dime, si yo ahora, con esta espada tan bonita y brillante, me divierto contigo, ¿crees que te gustaría?

El hombre, con una cara de terror indescriptible y a sabiendas de lo que el nuevo laird tenía preparado para él, negó e imploró piedad.

—No se puede tener piedad con un violador, ¿sabes lo que le hacen en la cárcel a los violadores? —preguntó sin tener en cuenta la época en la que estaba.

—No quería hacerle daño, solo un poco de diversión, solo quería ser como el señor, nada más.

Alan sintió una punzada de rabia, pues Cailean, al parecer, solía tomar a las mujeres sin el beneplácito de estas.

—Pues ahora, si quieres ser como yo, advierte a todos los que se divierten como Cailean y diles que aquí ahora mando yo, y que cualquier ultraje a una mujer que no dé su consentimiento, será castigado con la horca.

Tras decir esto, Alan soltó la cabellera del tipo y le propinó varias patadas en sus partes nobles.

—Déjaselo claro a todos —sentenció, y le escupió en la cara.

El herido se lamentaba y clamaba porque no lo dejaran allí, pero Alan, ya más calmado y confundido por lo que acababa de pasar, ayudó a subir a los chicos al caballo y él, acompañándolos a pie, los dejó en la barca.

—¿Te ves con fuerza para remar, Gavin? —preguntó.

—Sí, señor, me encuentro ya mucho mejor —dijo el chico tocándose uno de sus costados doloridos por los golpes.

Alan se despidió de ellos, y se alejó de allí con un caballo que estaba tan descolocado como él y emitía relinchos ahogados.

Alan lo hizo parar y acarició su pelaje.

—Tranquilo, Black, no sé si te llamas así, en verdad no sé ni cómo te llamas, hubiera sido un poco raro preguntar el nombre de mi caballo, pero creo que te queda bien este nombre, al fin y al cabo, eres negro como el carbón.

»Sé, amigo, que tú eres el único que se ha dado cuenta de que yo no soy Cailean. Y, si te digo la verdad, lo prefiero así visto lo visto. Te voy a decir algo, lo de hoy no ha sido normal, creo que alguien me estaba controlando, que movía los hilos y me da en la nariz que no he sido el único al que han usado como un títere, ¿me equivoco?

El caballo movía la cabeza y reaccionaba a las palabras y caricias de Alan, era como su forma de hacerle ver que estaban en paz, que habían sido dos autómatas unidos por una misma causa. Desde aquel día, Black jamás volvió a rechazar a Alan.

Capítulo 19

La noche ya había cerrado, y Alan daba tumbos por el poblado montado a caballo y sin un destino fijado.

Solo pensaba en lo ocurrido y en lo que hubiera podido ocurrir si aquella fuerza extraña no le hubiera manejado a su antojo para impedir una desgracia.

De pronto, una voz desconocida para él, pero sugerente y sensual, ¿qué más podía pedir?

—Pensaba que ya me habías olvidado —susurró la voz en su oído.

Abrió los ojos y se encontró en un lugar atestado de gente en el que olía a humanidad. ¿Cuándo se había bajado del caballo para entrar en aquel antro?, ¿cómo demonios había llegado hasta allí?, no recordaba nada.

Una mano en su pecho hizo que mirara a la dueña de la voz, una chica preciosa, eso estaba claro, y su expresión facial pasó de confundida a interesada. ¿Por qué no?, se dijo. Al menos esta no es mi hermana.

Alan sonrió, ella lo tomó de la mano y lo arrastró a su habitación. Este agradeció que ella no dijera más palabras, pues él quería ir al grano, llevaba demasiadas semanas sin sexo. Él, que era un hombre activo por regla general. Además, en el futuro no había tantos problemas para echar un polvo, al menos no se te insinuaban miembros de tu familia más cercana.

Ella cerró la puerta tras de sí y Alan, sin darle un respiro, la acorraló en aquel portón maltrecho de madera y la besó con ansia. Ella correspondió a sus besos y comenzó a liberar a Alan de su ropa. Este, a su vez, en vista de que no le era posible desnudar a aquella mujer, por la cantidad de prendas difíciles de quitar que llevaba, comenzó a rasgar todo lo que se encontraba a su paso. Ella rio.

—Nunca cambiarás, Cailean —susurró, y él ahogó una risa furtiva.

—¿Qué te hace tanta gracia? —ronroneó ella.

Alan no contestó, se limitó a acariciar los pechos blancos y firmes de aquella mujer y a mordisquear sus pezones erectos. Ella gimió pidiéndole más, más fuerte, decía, que le mordiera más fuerte. Alan así lo hizo y la chica lanzó un gemido anhelante.

Ella se incorporó e hizo retroceder a Alan, buscó con su ávida mano su polla y sin muchas contemplaciones comenzó a lamerla con ganas, muchísimas ganas tenía aquella mujer y él tampoco se quedaba corto.

Alan, tras tanto tiempo sin sexo, sintió que iba a explotar de un momento a otro y no quería que aquello terminara tan pronto. Acarició la melena de su amante y tiró con suavidad de ella para indicarle que dejara lo que estaba haciendo y tanto parecía gustarle.

Ella lo miró con fastidio.

—No te enojés, pequeña, solo quiero que esto dure más —dijo mientras la tomaba en brazos y la llevaba a la cama.

Ella sonrió antes de tomar el control y subirse sobre él a horcajadas.

—No te saldrás con la tuya, ahora mando yo —dijo divertido y le dio la vuelta a la situación quedando él encima de ella, dominante.

Alan recorrió con su boca el cuerpo de aquella mujer que era todo un pecado para él, cuando llegó a su centro de placer, la miró con picardía antes de internarse en él. Ella se abandonó a las sensaciones que le producía ser acariciada por aquel hombre que ese día parecía distinto, menos

salvaje, más sensual que de costumbre.

Él siguió inmerso en su cometido, hacer explotar a aquella belleza, y ¡vaya si lo hizo!, pues esta estalló en un orgasmo devastador que la dejó exhausta.

Alan le indicó que se volteara y la penetró con fuerza, necesitaba aquello, estaba seguro de que le ayudaría a quitarse el estrés que había acumulado durante tantas semanas. Quizás era egoísta al pensar así, pero no podía ser de otra manera, el sexo le hacía sentir pleno y en paz.

Tras varias estocadas certeras, sintió como el placer se apoderaba de él, hasta llegar alto, muy alto y derramarse dentro de ella. ¿Sin protección?, fue algo que no se le había ocurrido hasta aquel momento e hizo que sintiera pánico. Sí, pánico a las enfermedades venéreas, que en aquella época quién sabe cuáles serían. Pánico a dejar a aquella mujer embarazada, pánico a haber metido la pata, pues no sabía si ella podía descubrir que no era Cailean.

Cada persona tiene su forma de hacer el amor, no hay dos iguales, sin embargo, Alan había pasado todo aquello por alto, pero hubo algo que hizo que Ayla, en efecto, sospechase. Y fue el hecho de que Alan dejara encima de la cama una cantidad de dinero.

Ayla abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. Era la primera vez que Cailean le pagaba por sus servicios. Lo de ellos era diferente, Ayla estaba enamorada de él, siempre lo estuvo, desde el primer día que este la abordó y le dijo que no podía más que hacerla suya.

Ella era una de las muchas que habían comenzado en el oficio por culpa de personas que no tenían entrañas. El primer día que un hombre orondo y maloliente se le echó encima creyó que moriría de la repugnancia. Pero no fue así, aprendió a insensibilizarse, a interpretar un papel, a sonreír cuando en verdad quería morir.

Cailean fue para ella un soplo de aire fresco. La trataba bien, conversaban; él le contaba las aventuras que quería vivir fuera de aquella isla que lo asfixiaba. Las negativas de su padre cuando él le mostraba su intención de marcharse indefinidamente de allí.

Para ella, Cailean era un buen hombre, quizás algo extremo en sus gustos sexuales, pero no casaba, en su opinión, con las habladurías que se multiplicaban en el pueblo con el paso del tiempo.

Decían que tomaba a las mujeres a su antojo, sin permiso. Pero ella no conocía caso alguno. Nadie había explicado una historia concreta, solo aquellos rumores de un hombre encendido, enfadado, que agarraba jovencitas y mancillaba su honor. ¿Sería verdad?, prefería vivir en la ignorancia, anhelando las visitas del hombre que la hacía vibrar, tras tanto tiempo retozando con cuerpos sin alma.

Mientras se vestía, tuvo claro que algo en su amante había cambiado, ¿qué?, nadie era tan diferente en la guerra de cuerpos desnudos. ¿Se estaría enamorando él también de ella?

Sabía que había sido nombrado laird, extraño le pareció que ni siquiera le hubiera referido un pequeño capítulo de tal evento. Se imaginó como señora de Barra, como la mujer del laird. Soñó con un mundo fuera de aquellas paredes, un mundo en el que fuera dueña de su cuerpo y no solo de su alma. Sonrió, sus ojos expulsaron lágrimas de esperanza y ella, sin pensárselo más, agarró el dinero que Cailean le había dado y lo introdujo en su escote. Aquel era el primer paso para dejar un mundo al que nunca perteneció.

Capítulo 20

Alan remó con tranquilidad de vuelta al castillo. La marea seguía alta, y pudo permitirse el lujo de recrearse y detenerse cuando le vino en gana.

Había echado un polvo increíble, sí, pero seguía inmerso en su runrún mental. Ojalá no lo hubiera hecho, eso es lo que él pensaba. Sin embargo, llegó a la conclusión de que lo que estaba hecho, hecho estaba, no merecía la pena torturarse más. Siempre fue de darle muchas vueltas a las cosas. Sus treinta años de vida no lo habían cambiado, dudaba que pudiera hacerlo en los próximos... ¿sesenta? Quizás era un iluso al pensar que podría vivir tantos años. Lo más seguro era que en cuanto Taylor y sus esbirros obtuvieran de él lo que necesitaran, lo desearan como habían hecho con el infeliz que se dejó los sesos en las rocas.

Recordó el destino del cadáver, picoteado por las gaviotas y lanzado al mar para ser devorado por los peces, olvidado.

Una vez en el castillo, decidió retirarse a sus aposentos a descansar, el día ya había sido demasiado largo. Pero hubo algo que le llamó la atención, fue la imagen de Agnes, en camión, caminando como desconcertada por el patio. La llamó, pero ella no contestó, se limitó a seguir su marcha errática.

Alan volvió sobre sus pasos y se dirigió a donde estaba ella.

—Es tarde y hace frío, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se acercaba y la cubría con su *kilt*.

Ella lo miró y de sorpresa se abrazó a él.

—Muchas gracias —sollozó.

Alan acarició su pelo que estaba mojado y se zafó de su fuerte abrazo con suavidad para mirarla. La noto febril.

—Ven, te llevaré a tu cuarto.

—Quédate conmigo, por favor —suplicó ella.

—Lo haría con gusto, pero no sé si es buena idea —dijo Alan pensando en la reputación de la chica.

Agnes agachó la cabeza, se la veía rota y él sentía que su alma se laceraba por apartarla de su lado así, pero era lo mejor. No podía forjar lazos amorosos, pues, en cualquier momento, Taylor daría la orden definitiva, aquella que podía ser una condena para todos los habitantes de la fortaleza.

—Te acompaño —dijo Alan con firmeza.

—No sé si seré capaz de dormir, todo esto es demasiado —confesó Agnes.

Alan tomó su mano y la atrajo hacia su cuerpo. Ardía, Agnes ardía y tiritaba, con seguridad se habría puesto enferma, pues el golpe que había recibido pondría en jaque a cualquiera.

Ella lo miró como si fuera un cachorro asustado.

Alan observó sus ojos azul oscuro, tan intensos como un mar embravecido. Su piel era morena, de un tono más claro que el suyo. Pero era tan suave y salvaje a la vez que se dejó llevar y aproximó sus labios a los de ella. Fue un roce leve y caliente, pero tan solo un rato antes había besado a aquella otra mujer. No fue capaz de seguir, no podía hacerlo y tirar por la borda sus planes, pues Agnes no era una más y de eso se había dado cuenta aquella misma noche en cuanto la vio merodeando sin rumbo en el patio. ¿Qué había cambiado en ella?

Hasta ese día le había provocado curiosidad su rechazo, se había sentido culpable y había intentado por todos los medios congraciarse con ella, pero esos ojos, esa mirada parecía distinta, quizá no se había parado antes a mirarla con detenimiento. Solo habían compartido un momento de intimidad, una mirada cruzada cuando ella estuvo a punto de ahogarse tras el asesinato del laird. Nada más.

Alan se retiró como si Agnes le quemara por dentro y esta lo miró extrañada.

Él la tomó en brazos y la llevó a su habitación, no sintió la rigidez de cuando la salvó, todo era tan distinto.

La dejó en la puerta de su alcoba con mil interrogantes que no fueron capaces de salir de su boca y se dio media vuelta para marcharse en un intento de alejarse de ella.

Toda la noche la pasó dándole vueltas a la cabeza, en un estado igual de febril que el de Agnes. Era una enfermedad, un enigma por desentrañar, era ella, la persona que había esperado durante toda su vida carente de eso que llaman flechazo.



Caris entró en la cocina y puso una mueca de asco cuando vio a Agnes trajinar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malos modos—, llevo ya mucho tiempo despierta y no has traído el agua para poder lavarme. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

Agnes la miró con desgana, aquel no era un día para soltarle a aquella bruja uno de sus tiros de gracia.

—¿Qué te pasa?, ¿no hablas? —preguntó levantando la barbilla.

—La señora Milne me ha encomendado esta tarea, cuando acabe la atenderé —dijo Agnes mientras seguía limpiando el suelo de la cocina.

—La señora Milne, no sé qué se piensa esa vieja arpía que es ella en este lugar... —dijo antes de abandonar la estancia entre maldiciones.

A Agnes nadie la había mandado fregar la cocina, pero no tenía ganas de aguantar a la insufrible Caris, aquel día no. Sabía que cuando le decía que la señora Milne lo había ordenado tenía que callarse, pues llevaba tantos años en el castillo, que era incapaz de contradecirla. De alguna forma, le tenía respeto.

Agnes se quedó sola con sus pensamientos, que había dedicado al nuevo laird durante toda la noche. ¿Qué demonios le pasaba?, ¿por qué había reclamado su compañía de aquella forma tan descarada? Además, no se perdonaba su actitud, por Dios, era su violador, había mancillado su honor y jamás ningún hombre la querría, eso no podía perdonárselo. Si embargo, el día anterior la había salvado de un desaprensivo que pensaba hacer lo mismo que hizo él en su momento.

Su cabeza pensaba a mil por hora, sus sentimientos encontrados la consumían y la sumían en un estado de nerviosismo extremo.

Todo aquello se multiplicó cuando Alan entró en la cocina y con su voz profunda y afable la saludó.

Agnes se levantó del suelo y se secó las manos con su mandil.

Devolvió el saludo con timidez.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Alan.

—Estoy bien..., he de trabajar —cortó mientras hacía amago de agacharse.

—Deberías tomarte el día libre, voy a hablar con la señora Milne y con Caris para que no te molesten hoy.

Agnes miró a Alan de una forma que este no pudo identificar.

—Usted es el laird, yo solo una sirvienta y así seguirá siendo, he de trabajar —espetó.

Alan quedó sorprendido, Agnes volvía a ser la misma mujer esquiva y hostil. Negó con la cabeza y salió al patio de armas. Se sentó en unas piedras y se llevó ambas manos a la cabeza.

—Taylor, ¿a qué esperas?, da ya la puñetera orden y sácame de aquí —espetó a la nada.

Ese día, Taylor no parecía estar por la labor, pues nadie apareció a escuchar sus quejas.

Oyó a alguien carraspear, era ella otra vez, no, no se lo podía poner más difícil, de nuevo la mirada salvaje y a la vez inocente de la noche anterior.

—¿Qué quieres, Agnes? —preguntó en un tono no muy agradable, estaba demasiado cansado para aguantar tiras y afloja.

—Lo siento, señor, pero no puedo comprender demasiadas cosas. Primero mancilla mi honra, luego me salva de los que quieren hacer lo mismo que usted hizo conmigo. Cuando entré en este castillo a servir, hablaba usted de otra manera, era brusco y salvaje. Luego cambió, se convirtió en un hombre justo y bueno, que murió delante de mí y volvió a renacer como si de brujería se tratara. ¿Quién es usted?, ¿quién eres?

Alan, aterrorizado por las palabras de Agnes, había comenzado a sentir el calor insoportable que le anunciaba que su cabeza iba a explotar. Se levantó y se marchó dejando a Agnes plantada con mil preguntas en su haber. Quería explicarle muchas cosas, él no podía ser confundido por un violador, eso jamás.

Salió del castillo y remó hasta la isla, estaba harto de no poder salir de casa y pisar suelo firme como hacía en su Londres natal. Todo ese trajín de remar, de esperar a las mareas bajas, de no poder ducharse con agua caliente con el simple gesto de abrir un grifo, de tenerse que poner esa dichosa prenda que le resultaba tan incómoda y no sus eternos pantalones vaqueros, cuánto daría por estar en su época y recuperar su vida.

Paseó por la playa, tan extensa y majestuosa que no pudo menos que agradecer ese momento de soledad y libertad.

—¡Pretendéis volverme loco!, ¡¿Qué pasaría si dejo que me hagáis explotar como un melón?!, total, si soy inmortal. Solo puedo morir si soy yo quien me quito la vida, ¿no era así?, pues si me calentáis como un maldito pollo asado, no soy yo quien lo hago..., ¡¡joder!!, ¡¡¡cabrones de mierda!!!

De pronto, una figura se materializó delante de él, pero no era Taylor, era una mujer. Pelo castaño, facciones suaves y físico de escándalo. Vestía una especie de mono de neopreno rojo con la insignia, que había visto el día que le robaron su vida, por todas partes.

—¿Quién eres tú? —preguntó extrañado y a la vez aguantando la risa por el atuendo que llevaba aquella fêmea.

—Señor MacNeil, deje de gritar de esa forma, podrían descubrirle y eso no sería bueno para la misión —dijo la mujer del mono rojo en un tono monocorde y frío.

—Ah, eres uno de ellos, pues te diré una cosa, dile a Taylor que ya estoy más que cansado de toda esta mierda y que como no dé la orden pronto voy a explotar, porque todo el mundo se va a enterar de lo que planeáis, díselo.

—Si usted explota no se regenerará, está en su mano, por lo tanto, es un suicidio; el suicidio implica la muerte y nunca la reparación de sus tejidos. Es así con todos los agentes y en todas las misiones.

—¿Pues sabe qué le digo?, que me importa un cojón. Si no tengo noticias de Taylor en las próximas veinticuatro horas lo cuento todo.

—No haga eso...

—¿Que no haga el qué?, ¿poner fin a mi vida?, hasta donde yo sé era mía, pero ustedes me la

arrebataron y ahora tengo que aguantar toda esta mierda, estoy hasta las pelotas, dígaselo a su jefe.

—No siga hablando, cálese, es por su bien.

Alan reparó en un detalle que le había pasado desapercibido hasta ese momento, aquella mujer no era un holograma, estaba allí como él, en carne y hueso.

—Usted ha viajado, está aquí al igual que yo, no como ese cobarde de Taylor que me visita en forma de humo volátil. Por favor, lléveme con usted, creo que me voy a volver loco si sigo en este lugar.

Elisabeth agachó la cabeza, no podía hacer eso, no había sido buena idea viajar, debería haberlo hecho como marcaba el protocolo. Pero la situación era extrema y no le había quedado de otra.

—Deje que todo lleve su proceso, no interfiera ni intente sabotear la misión, lo puede pagar muy caro. Tenemos información confidencial sobre usted, sabemos toda su vida, sus orígenes, absolutamente todo. Si usted hace algo impropio, lo pagará su familia, creo que no le gustaría que eso ocurriera, ¿verdad?, queda advertido.

Después de decir aquello, Elisabeth se inyectó una sustancia en el cuello y desapareció como lo había hecho minutos antes.

—¡¡No se vaya, no me deje aquí, joder!!, ¡¡maldita bruja!! —bramó furioso.

Alan se dejó caer de rodillas en la arena y, sin tener en cuenta lo que pensarán de él si lo veían de esa guisa, lloró hasta que sus lágrimas dejaron de brotar y su garganta soltó el nudo que tantos días hacía que le oprimía el pecho.



Era ya de noche cuando Alan entró en el castillo borracho como una cuba. Se había pegado todo el día en la taberna y se había bebido todo lo que había caído en sus manos. Casi no recordaba el paso de las horas, pero sentía un dolor palpitante en la comisura de sus labios.

—¿Quién demonios ha osado ponerle una mano encima al laird de esta jodida isla? —preguntó arrastrando las palabras.

En su camino, un rostro, unos ojos temerosos, y ella.

—¿Qué te pasa?, ¿me tienes miedo?, no voy a hacerte nada, yo no soy el cabrón de Cailean —dijo sin sentir siquiera el calor lacerante que le impedía sincerarse.

Agnes, que lo había esperado durante horas, nerviosa sin saber por qué, se dio cuenta de su error. No debería haber salido al patio a aquellas horas, no debería haber aguardado hasta que él regresara. Ahora estaba borracho, como aquel maldito día. Si le ponía un dedo encima lo mataría, eso lo tenía claro; así tuviera que ponerle cicuta en la comida.

La muchacha retrocedió y salió corriendo despavorida. Alan, aun sintiéndose inestable la siguió.

—¡No voy a hacerte daño!, ¡yo no soy él, por favor, no huyas!, ¡no soy un violador, no soy un jodido violador de mierda!

No fue consciente de cómo subió las escaleras, pero allí se encontraba, frente a Agnes, en la torre. Esta retrocedía hasta tocar con su cuerpo las almenas. Recordó entonces, como aquel hombre se había quitado la vida delante de él sin contemplaciones.

—No lo hagas, espera... déjame que te cuente la verdad —dijo con una claridad mental que minutos antes no tenía.

El calor comenzó a suponerle un problema, pues el alcohol, hasta ese momento, había camuflado sus efectos.

Agnes se subió a las almenas y le gritó:

—Déjeme en paz o me arrojaré al vacío. No lo dude.

—¡Dios! —exclamó Alan llevándose las manos a la cabeza. El calor era insoportable y con la voz quebrada dijo —Me llamo Alan MacNeil.

De pronto, perdió la fuerza de las piernas y cayó al suelo, sentía sus ojos presionar sus órbitas, su garganta se cerraba por momentos y Agnes lo miraba aterrorizada.

Entonces lo tuvo claro, se jugaba no volver a su vida anterior, pero en aquel momento tanto le daba, solo quería salvar su vida sin pensar en nada más. Además, necesitaba sincerarse, quería hacerlo, pues no podía permitir que se pensara de él que solo era un monstruo, un violador; alguien capaz de tomar a una mujer como si fuera un pañuelo de papel.

Como pudo, agarró el cuchillo que llevaba en el cinturón y, aguantando el dolor que aquello le producía, se practicó una incisión en el antebrazo. Agnes no podía creer lo que veían sus ojos.

—Está loco, ¿qué hace? —balbució.

Alan hurgó en el interior de la gran herida y sacó su dispositivo, estaba seguro de que era aquel chisme infernal el que dominaba su cuerpo.

Un aparato redondo y plano, rodeado de tentáculos, calló al suelo. Alan fue el siguiente en caer inconsciente.

Capítulo 21

Alan abrió los ojos, seguía en el suelo, pero su cabeza estaba apoyada en el regazo de Agnes.

Ella le había hecho un torniquete y había tamponado la herida con un trozo de su *kilt*, que había rasgado previamente. Pero todavía perdía mucha sangre.

Agnes tenía en una de sus manos el dispositivo de Alan.

—¿Qué es este objeto?, ¿es mágico? —preguntó ella, aún sorprendida por lo que había presenciado un rato antes.

Alan llevó una de sus manos a la mejilla de Agnes y la acarició con dulzura.

Ella cerró los ojos y, sin decir nada más, besó sus labios. Alan sintió un intenso escalofrío y se dejó llevar por aquel tierno y ansiado beso. Un beso de afecto, de amor. Entonces lo tuvo claro, se había enamorado de una mujer del pasado. De aquella prisión sin barrotes sería difícil escapar aunque volviera a su antigua vida.

Cuando el beso se apagó, ambos se miraron a los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó ella segura de lo que hacía tiempo intuía.

—Me llamo Alan MacNeil, vengo del futuro. Nací en 2020, en Londres y estoy aquí contra mi voluntad...

Alan le relató todo lo que había vivido a Agnes que, con expresión de asombro y de haberse quitado un peso de encima a la vez, escuchó al hombre del que se había enamorado sin pretenderlo, aun creyéndolo un monstruo.

Cuando este terminó su relato, ella lo abrazó con fuerza. Alan, por su parte, quedó en paz. Ya no tenía nudos en su estómago y tampoco había sentido aquel calor horrible, ya podía ser él, al menos delante de una persona, de ella.

Se besaron de nuevo, pero esta vez no fue tierno su contacto, por el contrario, fue ávido de deseo, salvaje. Alan se habría quedado fundido en los labios de Agnes para siempre, si no fuera por el mareo que comenzó a sentir por la herida del brazo. Ya no sanaba por sí sola, ahora era un simple mortal en una época difícil y tenía que asumir las consecuencias de haberse quitado el dispositivo biológico que se le implantó cuando cumplió la mayoría de edad.

—Tenemos que ir al curandero, ha de verte esa herida.

Alan puso una mueca de pánico, si aquel hombre que había visto ya en el castillo iba a curarlo a él con rezos y potingues extraños, él era un santo.

—No sé si es buena idea, la medicina en vuestra época es algo rudimentaria.

—¿La qué? —preguntó Agnes.

—No importa, vamos al curandero —dijo Alan con resignación.

Apoyado en Agnes, Alan caminaba intentando capear el mareo que cada vez se hacía más y más violento. La visión comenzó a nublársele y tuvo miedo de caerse por las escaleras cuando descendían de la torre y llevarse por delante a Agnes en su caída, ya que esta era menuda y él muy corpulento.

Cuando se subieron al bote que les esperaba en el embarcadero, meciéndose con las olas nocturnas, él cerró los ojos y se abandonó a un sueño en alerta.

Agnes remó con todas sus fuerzas, pues Alan había perdido mucha sangre y, aunque tuvo cuidado de no describirle la cruda realidad, la situación del falso laird era preocupante.

Cuando llegaron a la playa, Agnes no consiguió despertar a Alan. Fue entonces cuando tomó

una decisión crucial, solo ella podía curarlo.



Era muy tarde cuando Agnes entró en el lugar donde solo había mujeres sin honra. Las demás, las que eran como ella, decentes para el resto de los habitantes de la isla, no podían poner un pie en aquel antro, no querían ser confundidas con aquellas que lo habitaban.

Agnes hizo un recorrido visual por toda la estancia mientras muchos hombres centraban su atención en ella y se relamían. Para ellos era una fruta exótica que querían catar. Esto le produjo repugnancia y, tras respirar hondo, se dirigió al lugar donde la había localizado a ella, justo al fondo, siendo magreada por un gordinflón borracho mientras luchaba por mantener la sonrisa.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Ayla, necesito tu ayuda, hermana.

Capítulo 22

Ayla aplicó los cuidados de los que era conocedora al que ella creía Cailean, aunque desde su encuentro el día anterior, no había dejado de pensar en el cambio que este había experimentado en todos los sentidos. Era como si fuera otro hombre por dentro.

—¿Se pondrá bien, hermana? —preguntó Agnes con preocupación.

Ayla asintió con la cabeza, estaba enfadada. No podía soportar que Agnes hubiera entrado en ese lugar, que todos la hubieran mirado con deseo, a ella no, a su hermana pequeña no. Mucho se habían cuidado sus padres para que aquello no se repitiera. Sin embargo, a ella la habían repudiado por contar la verdad, que la habían violado. Pero alguien respetable, a todos los efectos, para sus padres, no podía ser un depravado. El hombre que predicaba la religión en la isla, el sacerdote.

Lo creyeron a él, que en todo momento mantuvo la versión de que Ayla había sido poseída por un demonio y que lo había intentado seducir, que él se resistió con todas sus fuerzas, pero ella le enredó su lengua viperina y lo hizo pecar contra su voluntad. Tan creíble fue aquella versión para los padres de la muchacha, que la echaron de casa.

Sola, sin dinero, sin honra, porque aquel indeseable se había preocupado de extender su versión distorsionada y mentirosa por toda la isla. No le quedó de otra que tocar a aquella puerta, la puerta del lugar donde viven las que no tienen honra.

Desde entonces, las hermanas se habían visto en contadas ocasiones y siempre a escondidas de sus padres, pues estos no querían bajo ningún concepto que Agnes tuviera contacto con su desterrada hermana.

—Deberías irte —sugirió Ayla en un tono seco.

—No puedo dejarlo solo, además, tengo que remar para volver al castillo. Él no podrá hacerlo.

—No quiero que estés aquí, yo me ocupo de que alguien lo acompañe al castillo —insistió.

—No puedo dejarlo solo —confesó Agnes entre sollozos.

Fue entonces cuando Ayla lo comprendió todo y apretó sus puños, su hermana amaba a Cailean, a su Cailean. Al hombre que ella pensó que la haría su señora al ser nombrado laird, al que había amado desde que era una niña y había tenido durante instantes robados piel con piel.

—Márchate, y no vuelvas por aquí, yo me ocupo —espetó Ayla con enfado.

Agnes agachó la cabeza y se dispuso a marcharse, de todas formas, si se quedaba allí la echarían en falta y tendría problemas con la señora Milne. Ya casi amanecía y comenzaba su nueva jornada de trabajo interminable.

Se dispuso a volver al castillo con el corazón encogido por haber dejado a su amor en aquel sitio, pero en manos de Ayla, la mejor curandera que había conocido jamás, sabía que estaba a salvo.

Cuando llegó a la playa se encontró con una sorpresa inesperada, la marea había bajado y se podía caminar hasta el castillo. Podía esperar a que el nivel del mar ascendiera o darse prisa en llegar, aunque le aterrara embarcarse en aquella cruzada. Sin embargo, no podía quedarse en la playa, si la echaban en falta la cosa se pondría difícil para ella. Por ello, sin pensárselo mucho más, inició una carrera desenfrenada por llegar al castillo. Cuando alcanzó el embarcadero, ya el agua le llegaba por los tobillos. Suspiró tranquila cuando entró por la portezuela escondida que daba al mar, por suerte, la halló abierta.

En el castillo ya había comenzado la actividad diaria. Le fue casi imposible llegar a su habitación sin ser vista. Tenía la ropa manchada de sangre y sus ojos estaban muy hinchados de la noche que había pasado en vela junto a Alan. Porque ahora sabía quién era realmente y suspiró aliviada, ya podía quererlo sin sentirse culpable por amar a un desaprensivo, pues este no lo era.

Su historia de que venía del futuro le parecía inverosímil, pero ello no hizo que dejara de creerlo, parecía un hombre sincero.

Cuando consiguió entrar en su habitación, se cambió de ropa a toda prisa y escondió la sucia debajo de la cama, no había tiempo que perder y, con toda seguridad, la señora Milne estaría acordándose de todos sus antepasados.

Se recompuso y bajó a la cocina a la carrera. Aguantó la regañina de la señora Milne por llegar tarde y, con el cuerpo totalmente dolorido, comenzó su jornada de trabajo.

Le esperaba un día muy largo y quería volver a la isla en cuanto le fuera posible, pues quería ver a Alan. Se preguntó cómo estaría, sangraba considerablemente y tenía mal aspecto cuando lo dejó al cuidado de Ayla.

Mientras tanto, Alan volvía en sí, se había desmayado porque la sangre perdida fue demasiada, además, era propenso a marearse cuando la veía en abundancia.

Ayla, que pasaba un paño humedecido por el cuerpo de Alan para limpiar su sangre, lo saludó y acarició su cara con ternura.

—Cailean, mi amor —susurró mientras miraba a Alan con devoción.

Alan respondió a sus caricias con su mano sana. Agarró un mechón de su pelo y se lo puso detrás de la oreja.

—Os quiero, os he querido siempre, lo sabéis, ¿verdad?

Alan posó su dedo índice en los labios de Ayla.

—No sigas hablando, te estoy muy agradecido, si no fuera por ti habría muerto desangrado —dijo Alan, confundido.

Ayla elevó una ceja, Cailean, su Cailean jamás diría algo así, pues no les temía a las heridas; mucho menos a la muerte. Había algo que olía a chamusquina y se había propuesto descubrirlo.

—Mi amor, ahora que sois el laird, ya podemos fijar fecha para nuestra boda, además, ya no tiene sentido que yo viva aquí y siga yaciendo con hombres a los que detesto, pues como futura esposa del laird merezco consideración, no me van a llamar señora si me ven como a una ramera, ¿no creéis, amor mío?

Alan esbozó una amplia sonrisa fingida y sin saber muy bien cómo salir del aprieto asintió con la cabeza.

—Aún recuerdo el día que me pedisteis que fuera vuestra esposa, fue maravilloso. Fue mágico, ¿verdad? —Ayla hablaba con ilusión y Alan, sin saber qué decirle a la muchacha, volvió a asentir y soltó algo ininteligible.

Alan se palpó la venda del brazo, Ayla había hecho un magnífico trabajo y, aunque le dolía la herida, había notado alivio con los potingues que le había puesto su hermosa cuidadora. Sin embargo, en aquel momento, se le antojaba salir corriendo, y si no hubiera sido por lo aturdido que estaba lo habría hecho sin dudarle un segundo.

—Mágico, en aquel prado, con el cielo sembrado de estrellas y el vestido que me regalasteis, y vos, vos..., venga, amor, seguid, decidme que hicisteis —soltó ella a bocajarro.

Alan, con cara de circunstancias, sudores fríos recorriéndole su cara y unas ganas locas de salir de aquella habitación, frunció el ceño y agachó la cabeza para que Ayla no viese la mentira en sus ojos.

—Cuéntalo tú, se ve que te hace ilusión —dijo finalmente.

—Sí, me hace mucha ilusión, por ello, lo relataré —espetó Ayla, mientras se paseaba de un lado al otro de la habitación, su expresión había cambiado, pero no precisamente para bien—. Es una historia extraordinaria, de una prostituta y un nuevo laird que se prometen amor eterno y que se casan. Me encantaría que fuera realidad, que mi señor Cailean me pidiera en matrimonio, pero él jamás lo haría. Soy una mujer marcada, una ramera. Un laird no se casará con una mujer como yo. Eso lo sé, lo que no entiendo es por qué no lo sabéis vos. Además, mi señor me azotaría si le hablara de algo que nunca ocurrió. No sé qué extraña brujería haya hecho efecto en vos, pero os ruego que me lo digáis ahora, ¿quién sois?

Alan suspiró y se palpó de nuevo el brazo, ahora nada le impedía decir la verdad y, al sentirse descubierto, comenzó a hablar.

Tal y como había hecho con Agnes, le explicó a Ayla la verdad, esa que por fin podía verbalizar sin la amenaza de explotar en mil pedazos.

Cuando finalizó su relato, Ayla lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —preguntó Alan.

La expresión de Ayla se tornó de curiosa a hostil en un segundo y, sin mediar palabra, le cruzó la cara de un bofetón.

Alan, sorprendido, se tocó la mejilla que le palpitaba, pues aquella mujer pegaba duro.

—¿Por qué me pegas? —preguntó todavía sin entender nada.

—¿Que por qué?, os di mi corazón, os hice el amor, algo que solo suelo hacer con mi señor Cailean, y os aprovechasteis de mí. Y ahora me decís que sois del futuro y que os llamáis Alan. Mentiras, puras mentiras. Os diré una cosa y no os volveré a dirigir la palabra. No oséis acercaros a mi hermana, de lo contrario yo misma os mataré.

—Yo no sabía nada, te acercaste a mí y yo estaba en un lugar donde se supone que puedes tener sexo con una mujer y luego pagar por ello. No es mi estilo, la verdad, pero soy humano y en esta época no es fácil echar un polvo, pues todo es complicado, hasta vestirse, joder.

—¿Y no sabéis que una meretriz nunca se entrega de la manera que yo lo hice con vos?, que todo es fingido, creo que no es difícil darse cuenta de que yo lo hacía por amor, mientras vos mancillabais mi alma.

—Vale, lo siento, yo solo estaba cansado de todo, no pensé en ello, de verdad, me dejé llevar por el momento, pero te juro que no se repetirá. Después de lo de esta noche, no tardarás en tener a tu señor de vuelta y yo me iré para siempre. Detectarán que me quité el dispositivo y vendrán a buscarme.

—Eso espero, no volveros a ver jamás y, como os he dicho, dejad en paz a mi hermana, de lo contrario toda la isla se enterará de que vos sois un impostor, un falso Cailean que se ha metido en su cuerpo y ha usurpado su personalidad. Pero sabéis qué, jamás podréis igualar a mi guerrero, jamás.

Alan miraba a Ayla confuso, pues para él, Cailean, era un bárbaro sin modales que lo había torturado y tratado peor que a un animal. Para colmo de males, le había dejado el marrón de dirigir aquel castillo y las personas hostiles que vivían en él, a excepción de Gavin y Agnes, ellos eran diferentes. Por ellos temía la invasión de los hombres de Taylor, por los demás, simplemente le importaba un bledo.

Los hombres del clan le hablaban con temor y un respeto que era excesivo en su opinión. Alan era un tipo sencillo, que a sus treinta años vivía la vida en plenitud. Vivía solo, no tenía pareja estable, pero estaba rodeado de amigos y personas a las que quería y que lo querían a él, al menos, se sentía querido por los suyos, como él los llamaba.

Cailean era menor que él, pero no se apreciaba aquella diferencia de, al menos, cinco años,

pues la vida en el pasado era difícil, mucho más que la que le había tocado vivir a él; aunque en el futuro las cosas no eran coser y cantar, claro está. Cailean estaba curtido, envejecido para su corta edad. Su forma de ser, sus modales toscos y su poca delicadeza con las mujeres no representaban para nada al afable Alan, tan parecido físicamente y a la vez tan opuesto a él.

—¿Qué os pasa?, ¿os habéis quedado sin palabras? —preguntó Ayla con los brazos en jarra.

—Tengo que irme —dijo Alan levantándose de la cama.

—No os mováis de aquí —ordenó Ayla.

Alan miró a Ayla con desconfianza, temía que le soltara otro bofetón en cualquier momento, pues había demostrado que tenía una buena derecha, todavía le picaba la mejilla.

—Necesito respirar un poco, pensar, además, tengo un mal presentimiento —dijo Alan agarrándose el brazo herido.

—Haced lo que os venga en gana —espetó Ayla.

Alan salió del prostíbulo por la puerta trasera. Caminó por el suelo embarrado y sucio hasta toparse con la arena de la playa. El brazo le ardía. Maldijo entonces el haberse quitado el dispositivo y con ello la capacidad de curarse en segundos. Por suerte, los dispositivos los insertaban en el brazo débil de los individuos, de lo contrario él sería presa fácil, ya que un laird herido y desarmado poco podía defender, ni siquiera a sí mismo. Allí, sentado en la arena, contemplando la silueta recortada del horizonte con aquel condenado castillo, tan hermoso como maldito para él, se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión y hacerlo con rapidez.

De pronto, algo llamó su atención. Fue una luz anaranjada que se colaba por los pequeños ventanucos del castillo. Aguzó la vista y lo supo, su intuición no fallaba, había un incendio.

Capítulo 23

No podía creer lo que había pasado, Taylor me pondría de patitas en la calle, de eso estaba segura. Me había dejado llevar por la historia de aquellos dos, me había comportado como mi abuela, que se pasaba el día viendo telenovelas y en una realidad paralela en la que todos los personajes eran amigos suyos. Sin embargo, yo tenía más delito, pues todo aquello era real.

Alan se había quitado el dispositivo, solo de pensar en la barbaridad que habría hecho para desterrarlo de su organismo me producía horror.

Las alarmas habían saltado y yo, derrotada, esperaba que vinieran a buscarme Taylor y los demás con su dedo acusador, ese que se alzaba cada vez que alguien como yo cometía un fallo. Porque sí, en el año 2050 todavía la estela del machismo nos hacía a las mujeres tener que demostrar que éramos tan válidas como nuestros compañeros de pene entre las piernas.

Yo era una persona luchadora, que ponía toda la carne en el asador cuando de trabajo se trataba, que era estricta hasta rozar la enfermedad mental, que siempre miraba porque todo saliera bien y me preocupaba a veces más que mis superiores. Las había vivido de todos los colores, incluso había padecido la inseguridad de alguno de mis compañeros de rango superior, porque sentían que yo alumbraba demasiado y ellos preferían tapar mi luz para que no se viera. Si hacía falta se permitían el lujo de hablarme como si yo fuera una mierda. Ahora todo caería sobre mí, no era la primera vez que lo veía, alguien que se dejaba llevar por los sentimientos, por la empatía y acababa ridiculizado en público por los demás.

Me levanté del asiento, me quité los auriculares y me preparé para lo peor. No tardé en oír voces cercanas y pasos acelerados. «Muy bien, Elisabeth, ponles las muñecas para que te pongan los grilletes y te lleven al sótano», pensé.

Segundos después, tenía a cuatro hombres delante de mí mirándome con expresión inquisidora, entre ellos estaba él, mi ex.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó él con expresión ceñuda, pero fingida, se alegraba demasiado y no lo sabía disimular.

—El señor MacNeil se ha quitado su dispositivo, ¿qué esperabais?, algún día tenía que pasar, ¿o es que vosotros no sois humanos? —pregunté mientras hacía algo prohibido en todo el recinto, encenderme un cigarrillo.

—Hay que anticiparse a ello, Elisabeth. Ganas demasiado dinero como para dejarte llevar por sentimentalismos, siempre fuiste una romántica y eso ya te dije en muchas ocasiones que no es bueno —dijo Jackson sin tener en cuenta que había más personas en la sala.

Lo tenía claro, que le hubieran quitado la misión a él para dármela a mí no le había sentado bien y había estado espiándome. Lo había visto todo, algo que iba contra las políticas de la empresa, pero a él parecía darle igual.

Dos de mis compañeros me agarraron por las muñecas.

—Pero ¿qué hacéis? —pregunté horrorizada.

—Has incumplido con la norma esencial, ya sabes que ello tiene un castigo implícito —dijo con expresión triunfal—, llevadla al sótano.

—¿Al sótano?, ¿por qué?, yo no tengo la culpa de que ese infeliz se haya mutilado a sí mismo. No me ha dado tiempo de avisar, además, nada indicaba que fuera a tirar por la borda la oportunidad de volver a su tiempo.

—Te hemos estado vigilando, Elisabeth, has interferido en la misión, te has presentado *in situ*, tanto virtual como presencialmente, sabes que está terminantemente prohibido y sin embargo tú lo has hecho.

—Eres un gusano, Jackson. Esto es personal, lo sabes, y eso también es una norma de la organización que has quebrantado. Nunca se pueden llevar los temas personales a las misiones y tú te lo has pasado por el forro para vigilarme a mí, por castigarme, solo por eso.

Jackson negó con la cabeza.

No he sido yo quién lo ha ordenado, si no Taylor, él ha sido quien me ha encomendado la misión de velar por ti, pues te veía demasiado implicada y empática.

—Jamás le di motivos a Taylor, has sido tú, nadie más que tú le has podido inflar la cabeza con mentiras para dañarme, me das pena, Jackson, ni siquiera puedo llegar a odiarte. Tu vida ha de ser demasiado miserable como para joder la de la mujer que tú decías amar.

Jackson elevó las cejas y los hombros.

—Soy objetivo, te saltaste las normas, yo te detengo, *chimpún*.

—¿Qué mierda es eso del *chimpún*? —En los últimos tiempos lo decía siempre que sentenciaba, he de decir que me revolvió las tripas el puñetero *chimpún* a todas horas.

En la cafetería él con sus amigotes:

«Me ligué a una rubia con las tetas como cocos, me la follé por el culo hasta reventarla y *chimpún*».

«Me he tirado a tres a la vez, el tito Jackson tiene para todas, y *chimpún*».

Cuando yo pasaba por su lado y me sentaba sola en una mesa, lo más alejada posible, subía el volumen de su diálogo de besugos para hacerse oír por mí; como si me importara con cuántas zorras se metía en la cama. Eso era algo que había dejado de importarme tiempo atrás, pues ya lo hacía cuando estábamos juntos.

Nunca pudo tolerar que lo dejara, no supo pasar página, y el hacerme la vida imposible se convirtió en su deporte favorito. Quería verme hundida, y si Taylor le daba carnaza, pues él la aprovechaba. Justo lo que había hecho.

Me resistí con todas mis fuerzas a ser llevada al sótano, no sabía lo que me iban a hacer, pero me llevaban sujeta por las muñecas y los tobillos entre los tres secuaces de Jackson.

En un momento, y de una gran patada, que salió de mis entrañas al menos, conseguí soltarme de uno de mis pies y con el tacón le arree a uno de mis captores que cayó por las escaleras desequilibrando a su compañero. Todos rodamos por las escaleras y obviamente, me soltaron. Momento que aproveché para sacarme los dos zapatos y amenazar a aquellos tipos que me miraban con cara de circunstancias.

—Venid si tenéis huevos, que yo os los pincho con mis armas de destrucción masiva, ¿o es que pensabais que os iba a ser tan fácil?

Mis zapatos, caros, carísimos, tenían una particularidad, sus tacones escondían unas pequeñas navajas. El diseñador lo había hecho pensando en la defensa personal de las mujeres, pues había muchos casos de atracos y agresiones. Me los compré por si acaso y porque me encantaban. Nunca pensé que tendría que usarlos en mi lugar de trabajo, pero me alegraba de habérmelos puesto aquella mañana.

Los hombres, que habían quedado en una posición menos privilegiada que la mía retrocedieron cuando yo les amenacé con ambos zapatos. Suerte tuvo el tarugo al que le pegué la patada de que no hubiera tocado todavía el botoncito mágico, si no tendría la nalga muy perjudicada.

—Quinn, estás loca, será mejor que cumplas las órdenes de Taylor y nos acompañes al sótano —dijo Lewis, que así se llamaba, tocándose el labio que le sangraba por la caída.

—Acompañaros, o sea, que ahora a llevarme a la fuerza, entre tres tipos, al sótano es acompañaros. Pues no, Lewis, no os voy a acompañar, es más, vais a hacer lo que yo os diga. Tú, Kingwolfang, levanta tu culo seboso y dolorido, y ve a abrir esa puerta —dije señalando a la que había al final del pasillo, la única y donde se supone que me llevaban segundos antes a mí—, no hagas tonterías.

Kingwolfang se levantó del suelo y, todavía dolorido por mi patada, fue renqueando a posar su muñeca en el lector. La puerta se abrió y le ordené que entrara.

—Pero Quinn, Taylor nos matará.

—A mí eso no me importa, hace un momento os daba igual que fuese a mí a quien ajusticiaran, o sea, que, para dentro, hombretón. —Miré a los otros amenazándoles con mis zapatos y espeté— ¿Y vosotros, a qué esperáis?, moveos.

Los dos tipos, con los huevos de corbata, siguieron a su compañero y, una vez dentro, les cerré la puerta en las narices y la atranqué con un listón de madera maciza que estaba ahí para mí, increíble pero cierto. Si no lo hacía a la vieja usanza saldrían de su encierro en el acto, ya que tenían el dispositivo activo para abrir puertas.

Yo no sabía en qué estado estaba mi dispositivo, quizá a aquellas horas ya estuviera inhabilitado, pero ¿qué podía perder por intentar usarlo?

Salí de las instalaciones como alma que lleva el diablo, nadie había anulado mi dispositivo, y es que tampoco podían hacerlo, pues Taylor, que era el único con nivel suficiente para ello, no estaba, tampoco lo habían avisado, de ello estaba segura. ¿Jackson se había tomado la libertad de detenerme sin que le dieran la orden pertinente?, sí, no podía ser de otra forma.

Cuando salí del edificio corrí hasta mi vehículo y, con mi dispositivo, desbloqueé la apertura. Me senté en el asiento y le indiqué al asistente virtual que me llevara lejos, muy lejos de allí.

La voz dulce de Sonara, mi asistente personal virtual, me decía una y otra vez, «señorita Quinn, necesito que me indique una ubicación, no puedo ponerme en marcha si no me da instrucciones concretas».

—Lejos, al pueblo más escondido, decídelo tú, te doy permiso, pero vámonos ya.

Sonara puso en marcha el vehículo y, cuando se disponía a despegar, Jackson posó sus manos en el capó y negó con la cabeza.

—¡Sal de aquí, Jackson, o no dudes de que te atropellaré! —grité con todas mis fuerzas.

Jackson volvió a negar con la cabeza.

—¡Que te apartes, cabrón, que no te soporto más, que vivas tu vida de una jodida vez y me dejes marchar!

Jackson esbozó una sonrisa de medio lado y se acercó a la puerta del conductor para abrirla sin suerte, Sonara ya había cerrado, siempre lo hacía, pues yo así la había configurado desde un principio. Pero eso Jackson no lo sabía, cuando vivíamos juntos yo tenía un coche antiguo, de los eléctricos que rodaban con neumáticos y no de los modernos que no rozaban el suelo, aunque podían hacerlo si una avería lo requería, claro está.

Ese fue el momento que aproveché para acelerar y dejar a Jackson maldiciéndome.

Mientras Sonara conducía, yo aproveché para hacer una llamada. Solo ella podría comprenderme, Sarah, una persona que había incumplido y que había tenido que huir de la organización por la puerta de atrás, como acababa de hacer yo.

Capítulo 24

Horas antes...

Caris vio entrar a Cailean, estaba borracho, de aquello no había la menor duda. Sabía que vulnerable, sin todas sus facultades al completo, él caería y se dejaría seducir.

Ella se relamió y se dispuso a seguir al objeto de su deseo. Pero esa maldita niña, esa perra desleal, como la llamaba ella, estaba allí en medio, no era casualidad, de ello estaba segura, había esperado a Cailean como ella, «menuda mosquita muerta», pensó.

Los vio hablar mientras luchaba con todas sus fuerzas por no ponerse en medio y darle una buena paliza a aquella mocosa. Pero se contuvo, le habían enseñado a saber esperar el momento adecuado y eso fue lo que hizo.

Vio a Agnes correr hacia la torre y a Cailean, su Cailean, seguirla como un perro faldero.

Subió tras ellos y se alegró cuando vio que la muchacha estaba a punto de suicidarse, hazlo, hazlo, la instó de pensamiento. Solo quería verla muerta, amaba demasiado a Cailean y había sufrido tanto el no poder tenerlo que le importaba bien poco el resto del mundo, mucho menos una sirvienta insignificante.

Sin embargo, para su disgusto, ella no lo hizo. En su lugar vio como su amado hermano se rajaba su antebrazo y extraía del mismo un artilugio con forma de araña del color de la plata.

Vio la sangre manar y a esa mosquita muerta intentar parar la hemorragia. Lo que pasó después hizo que su corazón helado quedara roto en mil fragmentos. No, Cailean no podía besar los labios de esa mujer, no de esa forma. Se llevó la mano a sus labios vacíos de calor y una lágrima asomó por uno de sus ojos. Se la limpió con celeridad, jamás volvería a llorar por él, esa era una promesa que se había hecho el día que su padre, el laird, la castigó con dieciséis latigazos, uno por cada año de vida que tenía ella entonces. Cuando le hizo ver que aquello iba contra natura, que no se podía enamorar de sangre de su sangre, que debía expiar su culpa, porque sí, le echó la culpa a ella y el castigo para Cailean fue solo una promesa, la de no volverla a tocar. No obstante, a ella la castigaron físicamente, ¿por qué?, porque su padre sabía que ella no le haría el menor caso, que no cumpliría una promesa, que era capaz de decir lo que sea con palabras huecas, de embaucar y mentir.

Cailean podía ser muchas cosas, pero era fiel a sus promesas, solo cuando estaba borracho y enajenado era capaz de saltarse todo su honor. Lo había demostrado muchas veces.

El tenía relaciones con muchas mujeres, a todas las odiaba, pero las consideraba un mal menor, pues a ninguna amaba. Pero a ella, a esa perra insignificante y mugrosa la había besado con algo que jamás había visto en su fiera mirada, amor.

Se mordió el labio hasta notar la sangre acariciar su lengua, y el dolor que tanto la excitaba, cuando Cailean se lo infligía, ahora le parecía una condena. El de su labio inferior solo era una pequeña parte, un poro por el que dejarlo salir. El otro, el grande, el que castigaba su pecho, su corazón, ese era el que hizo que bajara las escaleras a la carrera y se refugiara en su habitación para amortiguar un grito, tirada bocabajo en su lecho.

Juró que se vengaría de ella, que la mataría con sus propias manos y trazó un plan. Su mente

giraba a altas revoluciones, sus ideas se conectaban y encajaban como los engranajes de un reloj, solo tuvo que esperar, eso ella lo sabía hacer muy bien.



La noche se le echó encima a Agnes trabajando sin parar. Estaba exhausta, pero aguardó pacientemente a que Gavin volviera con noticias, ya que había ido a interesarse por Alan al prostíbulo. Allí, Ayla le dijo que Alan se encontraba bien y que pronto podría volver al castillo. El chico no llegaba y, en el embarcadero, no había ningún bote. Pues unos parientes del clan, que estaban de paso en el castillo, se los habían llevado a la isla, con toda seguridad andarían en el prostíbulo. Sintió una punzada, no le gustaba ver a Ayla allí, sabía que ese no era el oficio que le hubiera gustado ejercer a su culta hermana. Diferente e inteligente, nadie era como ella en aquella isla.

Se sentó en un banco de piedra que había en el patio y allí dejó volar su mente a tiempos mejores. También recordó el beso de Alan, jamás había sentido algo semejante. No era solo deseo, era algo más, algo tan intenso y puro como el agua clara.

De pronto, la voz de Caris la devolvió a la realidad de aquella noche gélida y desapacible.

—¡¡Agnes, sube a mi alcoba, te necesito!! —le gritó desde la ventana de su habitación.

Esta obedeció sin ganas, lo único que quería era marcharse a la isla y ver a Alan, su Alan. Pero el destino parecía impedirselo una y otra vez, pues tenía preparado para ella, algo que jamás olvidaría.

Entró en la habitación de Caris con parsimonia y su ama la increpó de malos modos. Agnes sonrió y premió a la ladina Caris con la pose desafiante que solía mantener cuando estaba junto a su enemiga encubierta, porque sí, Agnes sabía que Caris la odiaba, no era difícil deducirlo.

—Agnes, querida, ¿qué hacías en el patio?, ¿no crees que deberías descansar para mañana rendir en tus tareas? Te veo muy distraída últimamente —dijo con fingida preocupación.

—Rendiré como siempre, no creo que pueda tener queja alguna de mi trabajo, señora.

—Eso, querida Agnes, lo debería decidir yo, que para eso soy una mujer importante en este clan, en este castillo y en el corazón de tu señor, Cailean —musitó mientras se acercaba a ella con caderas bamboleantes.

—No he recibido quejas por parte de mi señor —espetó Agnes.

Aquella mujer le daba escalofríos, por ello reaccionaba a la defensiva. Por alguna razón desconocida, parecía divertirse su actitud en lugar de enfadarla.

Caris detuvo su marcha sinuosa cuando sus labios estuvieron a escasos milímetros de los de Agnes. Esta, a su vez, intentaba mantener la compostura y no mostrar debilidad.

—¿Sabes, muchacha?, eres realmente bonita, quizás hasta demasiado —susurró tan cerca de ella que a Agnes le dieron ganas de empujarla.

Agnes la miró con ojos desafiantes.

—Podría tenerte solo con pedírselo a Cailean, él no dudaría en cederme ese privilegio. Mi hermano incluso se uniría a nosotras, eso lo sé, en ese caso sí lo haría.

Agnes no comprendía lo que le quería decir Caris, una mujer quería tocarla íntimamente y era la hermana de Cailean. ¿Se habría acostado con ella Alan?

Aquella idea la enfureció y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no decirle a la cara que era una depravada. Si hubiera tenido la ocasión se hubiera santiguado, pues a ella le habían enseñado desde pequeña que las relaciones solo se podían tener con alguien del sexo opuesto y nunca con hermanos. Sin embargo, Alan no era el hermano de Caris, ni siquiera era el verdadero

laird. Solo era un impostor, un falso hermano que podría haber aprovechado la ocasión para meterse entre las piernas de aquella bruja.

Caris traspasó la línea y posó sus labios en los de Agnes. Esta se enfureció y le mordió el labio inferior hasta hacerle sangre a su ama, que se defendió dándole un fuerte empujón que hizo que cayera al suelo.

Agnes se levantó y se limpió la sangre de Caris que había quedado en sus labios, luego escupió en el suelo.

—Jamás..., jamás dejaré que pongas tus manos en mi cuerpo, tampoco que beses mis labios, esos están reservados para...

Agnes paró de hablar en seco, iba a meter la pata, a decir el nombre de su amor, Alan.

—¿Para quién, muchacha?, dílo, ¿a quién pertenecen tus labios?

—No es asunto tuyo —espetó Agnes con saña.

—Querida, todo lo que concierne a mi doncella me concierne a mí, no olvides que estás a mi servicio.

—Eso no significa que pongas tus sucias manos encima de mí.

Caris rio con estridentes carcajadas y de pronto, dejó de hacerlo. Su expresión mutó y se convirtió en sombría y malvada.

—¡Harás lo que yo diga! —bramó y seguidamente se acercó a Agnes y le dio una bofetada.

Esta no se quedó quieta, se recompuso y le devolvió el bofetón.

Caris emitió un alarido de rabia y agarró a Agnes por su hermoso cabello ondulado y comenzó a tirar de él con fuerza. Agnes hizo lo propio y agarró la cara de su rival con ambas manos y metió sus dedos pulgares en las cuencas de los ojos de ella. Esta se revolvió para zafarse de tan molesta presión.

—¡Suéltame, malnacida! —berreó mientras la agarraba por los brazos y, con todas sus fuerzas, le daba un empujón.

—Te vas a arrepentir de haberme tratado así, mugrosa.

Caris se levantó y, enfurecida, fue derecha hasta donde se encontraba Agnes mientras sacaba una daga de a saber dónde, Caris lo tenía todo previsto. La empuñó con saña y Agnes, aterrorizada, retrocedió hasta quedar apoyada en el alféizar de la ventana. Por su mente pasó su breve vida, pensó que iba a morir, que Caris atravesaría su corazón y ocultaría su cadáver, o lo lanzaría al mar. Los pensamientos de Agnes fluían a toda velocidad hasta llegar a un momento crucial en su vida, el beso con Alan.

De pronto, volvió a la realidad, a esa dura realidad que su ama le tenía preparada. Estaba cerca, muy cerca y esta, a su vez, la tenía sujeta por el pelo, su hermosa cabellera negra y ondulada, esa que Caris no tenía y sabía que jamás podría igualar.

La envidia, ese malsano sentimiento que nos corroe el alma, bullía en el interior de Caris. El penar por un amor frustrado y prohibido que laceraba su ánimo hasta hacerla putrefacta.

—¿Qué diría tu señor Cailean si yo corto tu magnífica cabellera?, ¿crees que seguiría besando tus labios y lesionándose para tener tus favores, niña?, Cailean cuando está borracho es capaz de muchas atrocidades, incluso de meterle su verga a una infeliz como tú, a él eso tanto le da. Cailean no se enamora, no seas ilusa —rio y volvió a mostrar su expresión más siniestra antes de cortar con saña el cabello de su rival.

Agnes, acorralada, vio su melena en el suelo y aunque le causó tristeza, el miedo era mucho mayor, el pelo crece, pensó, pero la vida, si te la arrebatan, perece.

Intentó pensar, planear una estrategia, pero se encontraba paralizada por el pánico que aquella mujer le causaba con su expresión enloquecida y la daga en la mano.

Agnes, ya liberada del cuerpo de su enemiga, se subió en el alféizar ante la mirada divertida de Caris.

—¿Qué pretendes?, ¿suicidarte?, es increíble lo fácil que ha sido hacer que pierdas esa altanería que te gastas conmigo, niña. Ahora solo eres una gatita asustada. Pero podrías ser mucho más, solo tienes que ser mía y no volver a acercarte a Cailean, solo así te dejaré en paz. De lo contrario, haré que no te queden ganas de vivir y que tú misma me pidas la daga para irte al mundo de los muertos y dejar de entorpecer mi camino.

Caris miraba a Agnes a los ojos, mientras esta valoraba la altura desde el patio a la alcoba de su enemiga, si saltaba se mataría, pero era preferible la muerte a dejar que aquella depravada la tocara en contra de su voluntad.

—Yo creo que es un buen trato, además, yo puedo darte mucho más placer que ese bruto de Cailean. No te gustaría que te fornicara como él sabe hacerlo, duro, fuerte, doloroso. Tú no eres de esas, se te ve venir desde muy lejos. Solo eres la típica niña romántica que quiere que la traten como una plumita, pues bien, yo sí sé hacer eso. No te arrepentirás.

Agnes abrió mucho los ojos y antes de lanzarse al vacío espetó:

—Ni muerta.

Capítulo 25

Hubo algo que Agnes hizo antes de lanzarse por aquella ventana, y es que sí, estaba totalmente acorralada, pero la luz de las velas próximas a ella, le dieron la idea. Mientras Caris intentaba convencerla de que se convirtiera en su amante, Agnes localizaba los candelabros muy próximos a la banda de tela que utilizaba Caris para cubrir la ventana de su alcoba. No estaban a su alcance, pero sí aquel trozo de tejido adusto del que tiró antes de tomar la decisión más difícil de su vida.

Las llamas devoraron la habitación de Caris en segundos. Esta, paralizada por el miedo, no supo qué hacer y, con evidente dificultad para respirar y mantener la calma, salió de su alcoba y anunció el incendio a gritos. No parecía haber nadie en el castillo, Cailean no estaba y los hombres del clan habían salido a divertirse junto a aquellos supuestos familiares que ella jamás había visto y de los que desconocía su existencia.

Solo la señora Milne y Fia acudieron a su llamada.

—¿Dónde están todos esos malnacidos que solo hacen que chuparnos la sangre?, ¿y dónde está tu hermano cuando se le necesita? —Preguntó Fia, muy nerviosa.

Caris negó con la cabeza, si no hacían algo pronto, perecerían entre las llamas, que se habían extendido con demasiada facilidad. Era como si el fuego le tuviera ganas al castillo, como si quisiera destruirlo y Agnes le había dado la oportunidad.

Fue entonces, cuando Alan entró junto a Gavin por la puerta, ambos se habían encontrado en el pueblo y habían pedido ayuda. Pero hubo algo que salió mal, y es que otros llegaron antes y no con intenciones de apagar el incendio. Eran ellos, los hombres de Taylor, que disfrazados de casacas rojas y aprovechando la confusión, se habían colado en la fortaleza.

—¡Démonos prisa! —exclamó Alan.

Gavin lo siguió y al entrar al patio localizaron a las mujeres que salían despavoridas, sorteando focos del incendio y escapando de los hombres que se habían internado en su interior y que momentos antes las habían increpado.

—¿Dónde diablos estabas? Nos están atacando los ingleses, si mi hermano levantara la cabeza —espetó Fia.

En ese momento, los hombres del clan entraron en el castillo y, siguiendo instrucciones del falso Cailean, fueron en busca de sus enemigos, que ignorando las llamas, se habían metido vete a saber dónde.

—Se dirigían al bastión —dijo Fia de no muy buenas maneras.

—¿Dónde está Agnes? —preguntó Alan con preocupación.

—Solo te importa esa infeliz... —afirmó Caris con rabia.

—¿Sabes algo?, ¿dónde está? —preguntó Alan agarrándola de los brazos.

—¡Suéltame!, estúpido, no sé dónde está tu palomita sin plumas.

—Mira, estoy perdiendo la paciencia, Caris, ¿dónde está ella?

—Querido, no tengo ni la menor idea.

—¡¡Está aquí, señor!! —gritó Gavin.

Alan dejó a las mujeres que siguieron su camino hacia el exterior del castillo y se dirigió hasta donde Gavin estaba.

Cuando vio a Agnes en el suelo, magullada y con el pelo cortado a trasquilones, no le fue difícil deducir qué podría haber pasado, pues estaba justo bajo la ventana de la habitación de

Caris.

—¡Agnes, amor, respóndeme, dime algo! —exclamó mientras la zarandeaba agachado junto a ella.

Comprobó sus constantes vitales y se dio cuenta de que todavía estaba viva, aunque su pulso era débil.

—Tenemos que llevarla a la isla —anunció Alan.

—Pero, señor, ¿y el castillo? —preguntó Gavin.

—Al cuerno con el castillo —dijo Alan mientras tomaba a Agnes en brazos.

—Pero usted es el laird, su deber es defender la fortaleza —le aclaró el chico.

—Gavin, yo no soy el laird, no soy Cailean, solo soy un impostor y tengo que sacar a Agnes de aquí, si no la llevo junto a su hermana, morirá.

Gavin, con la boca muy abierta por la sorpresa, lo miró contrariado.

El muchacho recordó como, delante de sus ojos, ese hombre se había regenerado hasta reponerse completamente. En aquel momento lo atribuyó a un milagro, tras el susto inicial, claro. Sin embargo, ahora él le había revelado lo que en alguna ocasión se le había pasado por la cabeza, que no era Cailean.

Salieron del castillo y localizaron a las mujeres en el embarcadero. Caris se quedó mirando a Alan que llevaba a Agnes, inconsciente y moribunda, en brazos. Caris sonrió con malicia.

—¡Esto ha sido obra tuya, hija de puta! —bramó Alan.

—No sé de qué diablos me estás hablando, yo no tengo nada que ver con que tu palomita se haya suicidado.

—¡Maldita seas, Caris MacNeil!

Caris negó con la cabeza disimulando delante de su tía y la señora Milne y, con una actitud de víctima, más que de verdugo, se subió al bote junto con las otras dos mujeres. Aquella noche, ni siquiera las demás chicas del servicio estaban en el castillo, había fiesta y habían aprovechado que los hombres del clan se marchaban para hacerlo ellas también.

Las tres mujeres se embarcaron y, con la señora Milne a los remos, se alejaron en dirección a la isla, mientras Fia maldecía a su sobrino por abandonar el castillo a su suerte por una sirvienta.

Alan depositó a Agnes en el bote, Gavin embarcó y él, al oír las voces de los demás hombres que parecían estar perdiendo la batalla, negó con la cabeza y le dijo a Gavin:

—Ponla a salvo, llévala junto a Ayla, yo iré en cuanto me sea posible.

Volvió sobre sus pasos y se internó en el castillo.

En el patio se libraba una batalla, y antes de entrar vio caer a un par de hombres desde la torre. Los ingleses les superaban en número. Por un momento dudó del verdadero origen de aquellos hombres, pues en primer momento pensó que venían de la organización de Taylor, pero al ver el despliegue no lo tuvo tan claro.

Alan, con su escasa experiencia con la espada, y al no tener su dispositivo, ese que le hacía luchar como todo un *highlander*; enfrentó a aquellos hombres, que tenían una pericia espectacular con el arma.

No pudo ser Cailean, sin su dispositivo no. Era solo un simple mortal y lo comprobó en cuanto un soldado le hizo perder la espada y le cortó con la suya de nuevo en la herida que llevaba en el brazo.

Alan cayó al suelo mortificado por el dolor lacerante que atenazaba su brazo ya maltrecho. Momento que aprovechó Taylor y uno más de sus secuaces para capturarlo.

Sintió una descarga dolorosa en la nuca y todo a su alrededor se desvaneció. Su último pensamiento fue para Agnes.

Capítulo 26

Despertó dolorido, en una cama de hospital y con magulladuras por todas partes.

Su brazo izquierdo estaba vendado y sentía de nuevo las vibraciones de su dispositivo. ¿Se lo habían vuelto a implantar?, era ilegal ir sin dispositivo, hasta los sintecho tenían uno, aunque mucho más rudimentario que los demás ciudadanos de a pie.

En la cama contigua a la suya, se hallaba un hombre de unos sesenta años que miraba la imagen proyectada en la pared de las noticias.

—Hola, forastero —saludó el hombre con una sonrisa. Parecía que se moría por hablar con alguien, porque, aunque Alan no respondió a su saludo, el tipo siguió haciéndole preguntas y contándole batallitas que había vivido en el hospital. Incluso le enseñó un botecito con las piedras que le habían sacado del riñón.

En el proyector vio la fecha, 2050, había vuelto a su época, o ¿todo había sido un sueño?, tenía la impresión de que todo en su mente se estaba desdibujando. Todo, menos algo o, mejor dicho, alguien. Ella, Agnes, que volvió a su memoria como un ciclón. Recordaba sus labios, su piel morena y el momento en que la dejó al cuidado de ese chico, ¿cómo se llamaba?, perdía la memoria, era como si su aventura en el pasado perteneciera al mundo onírico.

Se entristeció, tenía tantas ganas de volver a su época... y en aquel momento hubiera dado la vida por regresar junto a su amada, porque tenía un sentimiento en lo más hondo de su ser que le decía que estaba enamorado como nunca lo había estado.

—¡Qué putada! —espetó ante la cara de póker de su compañero.

Intentó levantarse, pero estaba totalmente dolorido y era incapaz de mover las piernas.

Una enfermera entró en la habitación y, Alan, sin contemplaciones, le preguntó el porqué de su estancia en el hospital.

—Tuvo un accidente de coche, señor —respondió la mujer.

—¡Eso es imposible, hace semanas que no conduzco! ¡Quiero ver a Taylor, ese gusano tendrá que explicarme muchas cosas! —berreó Alan.

—Señor, trate de descansar, se dio usted un buen golpe en la cabeza y ha estado unas semanas en coma, es increíble que haya despertado tan bien. Es un milagro.

—¡Venga ya!, ¡esto forma parte de la parodia que ha montado tu jefe, dile que lo quiero aquí ya, joder!

—Tiene que descansar, han sido muchas emociones y el despertar no siempre es fácil.

—¿A qué se refiere?, está usted compinchada con Taylor, ¿verdad?

La enfermera no dijo nada más y salió de la habitación ante la mirada atónita del compañero de Alan, que comenzó a quejarse del trato que les daban allí, como si le interesara la situación de Alan, y con la clara intención de meter baza para que este se enfureciera aún más.

—Señor, lo que menos necesito ahora es oírlo hablar sin parar, si me hace el favor de callarse se lo agradecería —dijo Alan en un intento de mantener la compostura para no enviarlo directamente a freír espárragos.

—Vale, hombre, no te enfades, solo quería ser amable.

Alan se sintió mal por haber sido tan desconsiderado con aquel señor, que, en teoría, solo quería reconfortarlo, pero es que con su acelerada manera de hablar conseguía el efecto contrario en él y prefirió quedar como un maleducado que seguir aguantando la perorata de aquel individuo.

Unos minutos después, entró un doctor que le relató a Alan su situación y los detalles del accidente. Según su explicación, había caído por un barranco y lo trajeron al hospital muy malherido.

Alan escuchó la historia convincente del doctor, le sorprendió que supiera tantos detalles del supuesto accidente.

En su mente seguían desdibujándose los hechos acaecidos en las últimas semanas y Alan se resistía a ello con todas sus fuerzas sin poder hacer nada por retenerlos. Solo seguía vivo el recuerdo de Agnes. Pero ¿Agnes qué?, ni siquiera sabía su apellido, tampoco con exactitud su edad. Solo la recordaba en aquel castillo situado en una pequeña isla artificial.

¿Quién era ella?, ¿qué sentido tenía su presencia allí?

Pasaron varios días en los que el recuerdo de aquella mujer le torturaba la mente, incluso intentó olvidarla, pues lo demás ya no existía para él. Sin embargo, le resultaba imposible. Cada vez la sentía más cerca, incluso podía oír su voz, ver sus desplantes, así es como la recordaba, bastante fiera.

Le dieron el alta una tarde lluviosa. Cuando salió al exterior, respiró aquel humo putrefacto que envolvía la ciudad hasta hacer el ambiente irrespirable. Tomó un autotaxi, le indicó a su dispositivo que se conectara al vehículo y que le llevara a su casa..., su casa.

Se apeó del vehículo y caminó los escasos pasos que restaban para llegar a la entrada del edificio donde Alan había vivido en los últimos años, desde que se divorció.

Cuando entró en el apartamento no lo sintió como suyo. Por el contrario, notó como la nostalgia le embargaba.

—No me seas gilipollas —se dijo a sí mismo mientras abría su armario con ropa normal. Ropa normal..., ¿por qué tuvo ese pensamiento de pronto?, ¿por qué se alegraba tanto de ver pantalones, camisas y demás?

De pronto, oyó un ruido que venía del salón.

—¿Quién anda ahí?! —gritó.

De nuevo el sonido y pasos que se dirigían a la salida.

Alan corrió tras el individuo vestido de negro que ya estaba casi en la puerta del apartamento y lo agarró del brazo cuando este intentaba abrir la puerta sin suerte.

—Tengo por manía, cerrar el apartamento cuando me hallo en su interior —espetó—, ¿quién demonios eres? —preguntó enfadado a la vez que curioso. El hombrecillo no era muy fuerte y estaba bastante delgado.

—¡¡Suéltame, joder!! —gritó una voz femenina mientras se quitaba el pasamontañas.

—¿Nos conocemos? —preguntó Alan rascándose la cabeza y con la sensación de que había visto ya a aquella mujer.

Ella asintió con la cabeza.

—Me llamo Elisabeth Quinn, nos conocimos en la isla de Barra, hace muchos años —confesó mientras respiraba con agitación.

En la mente de Alan, un cúmulo de imágenes, le llevaron al momento exacto en el que se había topado con aquella mujer, que llevaba en aquel momento un atuendo bastante ridículo.

Alan sonrió y asintió.

—Necesito explicaciones, pero de momento, quiero saber por qué has entrado en mi casa a hurtadillas.

—Te estaba esperando —dijo, mientras miraba a todas partes, nerviosa

—Entonces, ¿por qué has huido de mí?

—No lo sé, no sabía si el que había entrado en la casa eras tú, trataba de esconderme detrás

del sofá, pero soy algo patosa y he tirado una figura que tenías en una mesita, bastante fea, la cosa sea dicha.

—Me la regaló mi madre —dijo Alan con el ceño fruncido.

—Lo siento, te la pagaré.

—Era broma, tienes razón, es fea con ganas, me la regaló una ex y la puse en esa mesita para no hacerle el feo, cuando lo dejamos no pensé más en la figura y ahí se quedó para rellenar un hueco. Y ahora, necesito que me lo cuentes todo.

—¿A qué te refieres?

—Al momento en que nos conocimos y las circunstancias, no puedo recordar apenas nada.

—Es por culpa de tu dispositivo, está programado para hacerte olvidar lo ocurrido en Barra en 1747.

Se tocó el antebrazo y recordó un dolor lacerante y un momento, sus labios, aquellos labios tiernos que lo habían hechizado. De pronto todo comenzó a difuminarse de nuevo.

—Te arrancaste tu dispositivo y te lo implantaron de nuevo en el hospital. En este momento nadie puede monitorearte, tengo un inhibidor en el mío, tenemos que replicar el dispositivo virtualmente, de modo que los que te vigilan se piensen que estás haciendo una vida aburrida y que no te acuerdas de nada.

—Espera, espera... ¿No se supone que tú eres uno de ellos?, ¿cómo sé que no me estás engañando?

—¿En serio?, me lo he jugado todo por ayudarte y ahora soy una fugitiva y la organización me busca por todas partes. Puedo burlar hasta cierto punto sus métodos, pero acabarán encontrándome y no me queda tiempo, no es momento de dudas, joder, estás en peligro, en cualquier momento alguien de la organización puede venir a matarte. Son más grandes de lo que crees, pues en el hospital te ha insertado el nuevo dispositivo uno de ellos para tenerte vigilado, nadie vuelve de una de sus misiones, nadie.

—Me estás asustando, creo que estás chiflada y voy a llamar a la policía —espetó mientras se acercaba el antebrazo a la boca para llamarlos.

—¡Está bien!, he intentado que vinieras conmigo por las buenas, ahora lo tendrás que hacer por las malas. —Elisabeth apuntó a Alan con una pistola.

—Sabía que no debía fiarme de ti —dijo Alan con los ojos muy abiertos, no le era posible escapar de aquella perturbada.

—Mira, MacNeil, es de vital importancia que vengas conmigo, no soy una de ellos, no, ya no. Y si quieres seguir vivo es la única opción que te queda antes de que te encuentren, finjan un robo en tu casa y te hallen muerto a manos de unos supuestos ladrones que jamás pusieron un pie en tu bonito apartamento. ¿Me pillas?

Alan levantó los brazos a modo de rendición y asintió con la cabeza.

Elisabeth bajó el arma.



En una mesa redonda de madera, Alan, Quinn y una mujer de mediana edad que Elisabeth le había presentado como Sarah Jones se miraban con resignación. Alan había sido duro de pelar mientras le habían explicado en qué lío estaba metido.

—No hay nada peor en la vida que un escéptico como tú, que te estamos salvando el pellejo, joder, nosotras no somos tus enemigas.

—Déjalo, Quinn, que salga ahí fuera y lo acribillen los de la organización, no se merece otra

cosa —dijo Sarah con una mueca de hartazgo y los brazos cruzados.

—Lo que me contáis es una fábula, una mentira muy mal tejida, por cierto, y quizás yo seré un escéptico, pero vosotras sois dos locas peligrosas.

—¡¡No puedo con este tío!! ¿por qué me lo has traído aquí?, en serio, Quinn, deja de adoptar perritos abandonados que no quieren tu ayuda —espetó Sarah cada vez más enfadada.

—Oiga, señora, yo no soy ningún perrito, lo único que quiero es irme a mi casa y tumbarme en mi cama hasta que me salgan raíces, joder. Y, ¿sabe qué?, no pasará absolutamente nada, nadie me dejará tieso, porque todo es una locura de dos chifladas con mucho tiempo que perder...

—¡¡A ver, imbécil!! —bramó Sarah dándole un golpe a la mesa—, te lo puedo consentir todo, absolutamente todo, menos que me llames señora, por ahí no paso. Ya nos has escuchado y no quieres nuestra ayuda, ahora, si quieres márchate.

—Sarah... —dijo Quinn conciliadora—, solo está confundido, es que es surrealista, no lo niegues.

—Es que estoy cansada, llevo dos años huyendo de ellos, solo porque descubrí la verdad de la organización por accidente.

»No vivo en este lugar por amor a la naturaleza, además, odio las alturas, pero aquí arriba les es más difícil rastrearne y a mí más fácil verlos. También huir si se diera el caso.

»No es fácil alejarse del mundo, convertirse en alguien que no eres. La organización es un buen sitio para trabajar si no haces preguntas y si te ciñes a sus instrucciones. Si vives en la ignorancia es un buen montón de dinero al mes, pero si te enteras de la verdad, estás acabada y así estoy, joder.

Sarah comenzó a sollozar mientras Quinn la consolaba. Alan estuvo a punto de decirle, «no se ponga así, señora», sin embargo, prefirió mantener la boca cerrada. Ella vivía en una casa hexagonal de madera en medio del bosque. La particularidad de esta casa, es que estaba construida en un roble, casi en la copa del mismo. En el exterior había una pasarela en la que reposaba un vehículo alado monoplaza. Lo tenía todo atado para poder huir si se diese el caso.

Le habían explicado una historia inverosímil de un grupo de piratas informáticos, muy bien organizados, que se hacían pasar por un departamento gubernamental y enviaban a infelices al pasado para misiones suicidas. Siempre eran los que allanaban el terreno para que ellos pudieran perpetrar sus fechorías.

La organización estaba capitaneada por un tal Taylor, que en el pasado trajo de cabeza a las autoridades con sus correrías como pirata informático. Era Nexus, el *hacker* más temido de todos los tiempos y una leyenda para algunos.

Tenía ya cerca de los sesenta años y, en los últimos tiempos, había montado aquella farsa para su beneficio.

Eran como los piratas del pasado, aquellos que navegaban y gritaban ¡Al abordaje!, pero estos llevaban traje y corbata. Viajaban al pasado y robaban botines que luego llevaban al futuro y vendían en el mercado negro. Siempre había algo valioso en el lugar a donde enviaban a personas que tenían cuentas pendientes con la justicia y que todavía no habían sido detenidas. Siempre estaban al acecho y así lo hicieron con él, con Alan.

De pronto su mente se iluminó y comenzó a recordar, Taylor, aquellos hombres, un mensaje en su dispositivo, un edificio.

—Os creo —sentenció Alan.

Las dos mujeres, que llevaban minutos discutiendo qué hacer con Alan, si dejarlo a su libre albedrío o retenerlo contra su voluntad, lo miraron estupefactas.

—He comenzado a recordar.

Capítulo 27

Era muy temprano cuando nos despedimos de Sarah. Ambos llevábamos trajes especiales para viajar en el tiempo, nos los había proporcionado ella.

Aquellos trajes tenían una función especial a parte de la de no viajar desnudo. Eran la versión reducida de los que se hacían en el sótano de la organización con una máquina sofisticada; indispensables para poder volver a casa. Sin ellos, quedaríamos atrapados en el pasado para siempre.

—¿Para qué llevamos estas pintas? —preguntó Alan divertido.

—¿Para no aparecer en pelotas en pleno siglo XVIII? —dije poniendo los ojos en blanco.

Preferí callarme, no podía decirle a aquel hombre la verdad, pues el brillo de sus ojos me anunciaba que lo que pretendía era traerse de vuelta a su amada Agnes, no podía decirle que aquello iba a ser imposible. Entonces, ¿por qué íbamos a viajar al pasado si no había nada que hacer con la historia de amor de aquellos dos?, porque Alan sentía que debía hacerlo y esa había sido su voluntad. No podía seguir viviendo sin saber qué había pasado con Agnes, qué había sido de ella.

Alan me relató su llegada al pasado, en medio de un prado, desnudo y con un casaca roja loco al acecho.

—¿Y cómo vamos a viajar? —me preguntó rascándose la cabeza.

Sonreí con malicia y, sin darle a Alan tiempo a reaccionar, le clavé una inyección en el cuello sin piedad.

Luego respiré hondo y me inyecté aquel líquido doloroso a mí misma. Un segundo, dos, retorcerme de dolor y perder la noción del tiempo para aparecer en un tiempo pasado con el aire limpio y la naturaleza exultante.

—Agnes... —murmuró Alan.

Le dediqué una sonrisa al verlo delante de mí.

—No sé cómo te lo podré agradecer —dijo Alan con sinceridad cuando fue consciente de que estaba de nuevo cerca de su amada.

—No hace falta, es mi manera de redimirme, de compensar, en pequeña medida, el daño que he hecho involuntariamente. Bueno, más bien porque era mi deber, porque me pagaban por ello.

»Siempre miré hacia otro lado, ¿sabes?, no me involucré con ninguna de las personas que enviaban al pasado. Hacía mi trabajo, vigilar y avisar, solo eso, y jamás hubo problema alguno. Yo podía pagar mis facturas y darme caprichos que en otra parte jamás hubiera podido tener.

»Pero contigo fue diferente, tu historia me hizo pensar. Sobre todo, cuando, literalmente, te arrancaste el dispositivo. Me dije, ¿qué estoy haciendo? Estoy condenando a seres humanos, indirectamente estoy contribuyendo a hacer el mal. No quiero eso, no más.

»Además, ahora Sarah no está sola, yo estoy a su lado y vamos a llevar esto a las autoridades, esta vez no nos tomarán por locas como hicieron con ella en el pasado.

—Contad conmigo, ayudaré en lo que os haga falta —dijo Alan con firmeza.

Sonreí en un intento de que Alan no notara mi ansiedad y, sin más dilación, le animé a que nos pusieramos en camino.

Durante el trayecto a pie hablamos de temas sin mucha trascendencia, yo estaba nerviosa, demasiado, no sabía cómo iba a quitarme de encima a los hombres de Taylor que, de seguro, a

aquellas horas, sabrían que Alan estaba conmigo y lo que pretendíamos.

Alan llevaba un rato intentando decirme algo, pero, por alguna razón, aquella pregunta se le quedaba en la punta de la lengua hasta que en un silencio incómodo la soltó:

—¿Dónde está Cailean?, el verdadero...

—Supongo que se lo trajeron al pasado cuando atacaron el castillo, posiblemente le hayan implantado falsos recuerdos y piense que él ha estado en todo momento en su lugar. Ni siquiera te recordará a ti, eso tenlo por seguro.

—En parte es mejor así, solo quiero llevarme a Agnes conmigo —anunció evocador.

Me rasqué la cabeza, eso no iba a ser posible, sin embargo, preferí callar, ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

El castillo se dibujó a lo lejos, siniestro, desangelado. Todavía los hilos de humo dibujaban en el cielo siluetas inquietantes.

El amanecer oscuro nos atrapó con su manto tétrico. Estaba a punto de llover, y unos relámpagos lejanos anunciaban la cercanía de una tormenta eléctrica.

—Debemos ir al prostíbulo, dejé a Agnes al cuidado de Gavin y le ordené que la llevara junto a su hermana.

Asentí y pusimos rumbo al poblado.

Cuando llegamos a nuestro destino nos recibió una Ayla llorosa, Agnes no estaba con ella.

—Cailean se la llevó —anunció entre sollozos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Alan furioso.

—Porque dice que es el amor de su vida y que debía estar junto a él.

Alan profirió insultos y dio un golpe en la puerta con fuerza.

—Cálmate, fiera —le dije con paciencia—, es fruto de los falsos recuerdos, él siente ahora lo mismo que tú.

Alan estaba preocupado, sabía que Agnes le tenía pánico al verdadero Cailean, pero por otro lado tenía miedo, pensaba que ella podía sentirse atraída por su rival y olvidarlo a él.

—No seas inseguro, tenemos que pensar con claridad. ¿A dónde se la ha llevado?, ¿te dijo algo? —pregunté.

Ayla negó con la cabeza, no dejaba de llorar.

—Él es mi amor, sin él mi vida no tiene sentido, y ahora esa niña consentida me lo ha quitado —espetó.

—Ayla, todo es artificial, tu hermana no tiene la culpa, ni siquiera Cailean la tiene. Esos indeseables le han implantado los recuerdos de Alan, solo es eso.

—Debe estar aterrada, él abusó de ella, le tiene pánico, tenemos que darnos prisa —confesó Alan ante la mirada estupefacta de Ayla.

—¿Qué él hizo qué? —preguntó con furia.

—¡Tu querido Cailean no es más que un violador sin entrañas! —bramó Alan.

—¡Eso no puede ser posible, a mi hermana no, a ella no, maldita sea! —exclamó Ayla mientras lloraba desconsolada.

Así la dejamos, hecha un mar de lágrimas, pero valía la pena si se le había caído la venda de los ojos.

Para aquella gente era normal que a Cailean se le fuera la cabeza cuando estaba borracho y tomara a mujeres contra su voluntad por el solo hecho de ser el hijo del laird, muchos eran los rumores, pero nada había en concreto, pues todas callaban y seguían con su vida como buenamente podían. Sin embargo, ahora había una evidencia clara y, si a Ayla le habían tocado a su hermana, el tema tomaba otro color. Estar bajo los efectos del alcohol no exime a nadie de cometer una

atrocidad, y Cailean ya había tensado la cuerda demasiado en ese aspecto.

Llegamos al castillo, fue el primer lugar donde se nos ocurrió buscar. Vale que había sido devorado por las llamas, pero tampoco sabíamos cómo había quedado y si se podía vivir en él.

Al acercarnos con un pequeño bote a nuestro destino, vimos los ventanucos iluminados y a dos hombres que custodiaban la pequeña puerta por la que Alan decía que podíamos entrar sin ser vistos.

—¿Quién demonios anda ahí? —preguntó uno de los hombres.

Habíamos robado ropa que encontramos tendida junto a una casa y nos la habíamos puesto por encima de los trajes de viaje, de otro modo, íbamos a llamar mucho la atención y era lo que menos pretendíamos.

Eran unas capas con capucha que olían a rayos, pero nos permitieron entrar al castillo, pues al ver aquellos tipos que, el que se acercaba, era Cailean borracho con una conquista femenina, lo dejaron pasar.

—No sabía que hubierais salido, señor —dijo uno de los hombres.

—Yo tampoco —dijo Alan emulando embriaguez.

Los hombres nos franquearon el paso y yo entré en aquel castillo que ya conocía desde la comodidad de mi puesto de trabajo. Era la primera vez que estaba ahí de cuerpo presente, yo me entiendo.

El castillo olía a humo y a carne quemada. En el patio, la sangre seca creaba ríos amarronados y salpicaduras por todas partes. Había restos de tela, espadas amontonadas en un rincón, signos de que se había librado una gran batalla de la que, sin duda, habían salido vencedores.

Aquellos hombres habrían sido quemados o lanzados al mar, no tenía ni la menor idea, pero allí ya no quedaba ningún muerto.

De pronto oímos un alarido y Alan reconoció en él a su amada.

—Joder, viene de las mazmorras.

Fui tras Alan que corría como un jodido galgo, yo era incapaz de seguirle el ritmo con aquella túnica tan pesada y que estaba humedecida por estar extendida a la luna y no al sol.

Cuando llegamos a los calabozos, vimos a Cailean inclinado sobre Agnes y a esta insultándole, estaba claro que se había dado cuenta de a quién tenía delante.

—¡¡Suéltala, sucio gusano!! —bramó Alan mientras se acercaba a su amada.

La sorpresa fue mayúscula cuando observó que Cailean no estaba atacando a Agnes como él pensaba, por el contrario, curaba sus heridas.

Cailean volteó a mirar a Alan y, sorprendido, se abalanzó sobre él.

—¡Tú!, ¡tú eres el hereje que ha ocupado mi lugar y me ha tenido en el mundo de los muertos, vas a morir, criatura infernal!

Ambos forcejearon y pelearon ante la mirada estupefacta de Agnes, que, con reproche, miraba también a Alan.

Me acerqué a ella y la ayudé a salir del lecho improvisado que habían montado en aquel lugar oscuro y desalmado.

—Eres la adivina que me leyó las cartas aquel día —dijo Agnes con expresión sorpresiva.

—Me llamo Elisabeth y, como Alan, vengo del futuro. Voy a sacarte de aquí.

—Primero tengo que hablar con Alan, quiero saber por qué me abandonó a mi suerte y me dejó con este gusano —espetó ella con rabia.

—Ahora no hay tiempo, yo te lo explicaré todo, pero primero, salgamos de aquí.

Cubrí a Agnes con la túnica que Alan había dejado caer antes de ser atacado por su doble y, aprovechando la confusión, saqué a Agnes del castillo y nos dirigimos al poblado en el mismo

bote en el que habíamos venido. Mientras remaba, reparé en que mi nerviosismo me había hecho dejar a Alan solo y a su suerte, con un hombre acostumbrado a luchar y notablemente más fuerte que él. Algo que dije que no haría.

Alan me hizo prometer que pondría a salvo a Agnes, ya que ella le tenía pánico a Cailean por lo que este le hizo cuando entró a trabajar al castillo. Yo le dije que no lo dejaría solo. Qué ilusa fui.

Cuando una se encuentra en una situación a la que no está acostumbrada y a la que teme, porque ver a aquellos dos armarios dándose de hostias era para tener miedo, solo piensa en ponerse a salvo.

Siempre tuve un instinto de supervivencia muy marcado, salir corriendo en cuanto me era posible, como conseguí hacer en la organización, aunque en aquel momento tuve que sacar fuerzas e imaginación a la velocidad de la luz, todavía no me creía que yo hubiera podido vencer a aquellos hombres que me doblaban en tamaño. Por suerte, no lo hacían en cerebro, eso estaba claro.

Remé tranquila mientras dejaba el castillo atrás y Agnes, con expresión ceñuda, me pedía explicaciones que yo en aquel momento no estaba preparada para dar.

Capítulo 28

Engrillutado y herido, así despertó Alan. El traje de viaje yacía a unos metros hecho una bola y él estaba completamente desnudo.

Vio como una rata se acercaba a él, mas no tenía fuerzas para espantarla. El animal debió ser consciente de su debilidad, porque él mismo pasó de largo y lo dejó ahí con su maltrecho cuerpo y su agitada mente.

La pelea había acabado mal, Cailean era un guerrero, un hombre hecho a la batalla. Él solo un hombre del futuro sedentario y, en ocasiones, deportista, pero sin preparación para la batalla. Su dispositivo ya no le hacía inmortal y mucho menos le ayudaba a ser más fuerte, ahora solo servía para lo básico y estaba craqueado, era inexistente para el resto, un dispositivo oscuro.

—Agnes —susurró.

Pensó que quizá se estaba tomando demasiadas molestias por una mujer que ni siquiera conocía bien. Él, que era soltero/divorciado porque le gustaba picar de flor en flor. No sabía lo que le pasaba con ella, total, ni siquiera era el tipo de chica en la que se hubiera fijado.

A Agnes la veía como una posible candidata a esposa, no era como aquellas chicas que, como él, solo buscaban sexo sin compromiso. Ella tenía una educación del pasado, en la que una mujer estaba destinada a ser la compañera de un hombre de por vida, siempre un paso por detrás. No le gustó aquella manera de pensar, había encasillado a la mujer que, para su desgracia, amaba.

Mil pensamientos atenazaban su mente y su cuerpo, frío como un témpano de hielo, comenzaba a sentir cada vez menos dolor.

De pronto, oyó que alguien abría la puerta, lo siguiente que sintió fue como cuatro brazos masculinos y robustos lo sacaban de su encierro a rastras.

La luz del sol lo cegó, ¿cuánto tiempo había pasado?

Se encontró en el patio de armas, rodeado por personas del clan que antes eran sus vasallos. En aquellos tiempos en los que él fue laird, no se hubieran atrevido a toserle, sin embargo, en aquel momento gritaban «a la hoguera, a la hoguera», era un espectáculo que jamás pensó que observaría como protagonista.

Lo ataron a dos postes y allí quedó, de pie con sus flacas fuerzas, prácticamente suspendido y a merced del sol, que aquel día, para añadir más sal al asunto, brillaba como nunca lo había hecho. Así perdió la noción del tiempo, y las horas pasaron, hasta quedar en la más absoluta oscuridad. Despuntaba el alba cuando Alan abrió de nuevo los ojos y pensó:

¿Es todo un sueño?, pero pronto se dio cuenta de que la realidad era dura, demasiado hasta para él.

En su reducido campo de visión apareció él, Cailean. Tenía un látigo en la mano y lo acariciaba con ansia.

—¡Este hombre, ha osado usurpar mi persona!, es un hereje, yo mismo vi con mis propios ojos como moría y volvía a la vida. Por ello hemos de quemarlo, porque es de la única manera que lo convertiremos en cenizas.

»Sabed que todo este tiempo, he estado en el mundo de los muertos, él mismo me envió allí, pero yo, vuestro laird, he sabido salir por mis propios medios del agujero donde me hallaba, y ahora estoy aquí para ajusticiar a este engendro del mal.

Todos los allí presentes jalearon y vitorearon a Cailean por haberlos salvado del peligroso

hereje. Alan no podía creer lo que estaba oyendo.

Elisabeth le había dicho que, con toda probabilidad, habría olvidado su existencia, pero ahora sabía que no había sido así.

Sin más palabras por su parte, comenzó a azotar a Alan en la espalda con mucha fuerza.

El primer latigazo lo rompió, el dolor era insoportable, cada vez que Cailean alzaba su mano para volverle a dar, él apretaba los dientes para poder soportar tan terrible sensación.

Cuando llevaba unos cuantos, ya había dejado de contar en su mente, el dolor comenzó a adormecerle la espalda y sintió como sus sentidos se desvanecían.

Pensó en ella, volvió a cuestionarse si merecía la pena tanto sufrimiento por una mujer.

De repente, una voz conocida para él rompió los vítores de aquellos locos.

—¡Dejadle en paz! —era ella, Agnes, totalmente repuesta y montada en el caballo de Cailean.

—¿Qué haces aquí, mujer?, tú no tienes voz en este asunto, así que apresadla, ha despreciado mis cuidados aun sabiendo que yo la amaba, esta mujer no merece más que el mismo destino que su amante.

—¡Maldito gusano, si alguno de vosotros se acerca a mí, caerá sobre él una maldición; yo también soy bruja y puedo hacer que vuestras cosechas se infecten con la peor plaga y vuestros hijos perezcan de la enfermedad más cruel!

Los allí presentes, presa del pánico, se santiguaban y se echaban atrás con miedo.

Agnes pensó que Elisabeth tenía razón y que hacerse pasar por brujas podría ayudarlas. Aunque, en principio, a ella le pareciera un disparate.

Elisabeth apareció en escena, había cogido otro caballo y con aquel traje extraño, la capa negra que había robado y la cara tapada, fue la guinda que coronó el pastel que habían elaborado ambas.

—Soy la muerte y he venido a liberar a este hombre, soy yo quien debe acabar con su vida, para algo soy la dama negra.

Todos la miraron boquiabiertos.

—No os dejéis embaucar por estas dos, por Dios, ¿que no veis que es una simple actuación de dos mujeres locas?, ¡apresadlas! —gritó Cailean.

Los hombres del clan corrieron hacia ellas, pero Elisabeth, proyectó con su dispositivo un monstruo que había sacado de una web de vídeos, de una película taquillera en 2050.

Todos, muertos del miedo, corrieron despavoridos. Hasta Cailean se asustó y desenvainó su espada para luchar con aquel ente holográfico.

—Atrás, bestia infernal, te daré muerte y libraré a mi clan de toda esta ponzoña que la asola desde que este hombre me robó mi identidad.

—Soltadlo, de lo contrario os quemaréis en el caldero de Satán —dijo Elisabeth con voz teatral.

El monstruo, que no era más que un dragón gigante cinematográfico, soltó una gran bocanada de fuego que asustó aún más a todo el que miraba el espectáculo.

Quinn, jugándose todo a una carta, se acercó a caballo y Cailean retrocedió santiguándose.

—Eres un pecador, Cailean MacNeil, y como tal, te condeno a vivir el resto de tu vida sin tocar a una mujer —Elisabeth, en su fuero interno, no podía creer la sarta de tonterías que estaba diciendo, pero aquello funcionaba y lo iba a explotar al máximo.

—Yo solo he servido a mi clan y he honrado a mi padre —dijo él con falsa convicción.

—Cailean MacNeil, serás condenado por mancillar a las jovencitas de esta isla y por yacer con tu hermana.

Cailean abrió mucho los ojos y Caris, que observaba la escena con extrañeza, se llevó las

manos a la cara.

Las demás mujeres la miraban con horror.

—Hoy es el día de vuestra condena —continuó Elisabeth—, por ello, debéis soltar a Alan MacNeil, vuestro salvador.

Alan, elevó las cejas con las pocas fuerzas que le quedaban, en su cara se dibujaba una expresión que decía claramente, ¿en serio?

Agnes, que había escuchado el plan de Elisabeth horas antes, todavía no podía creerse que aquello estuviera funcionando.

—¡¡Desátalo!!, o todo tu clan caerá muerto antes de que se ponga el sol.

Cailean, que había leído la biblia, sintió que aquello era un castigo divino, y tras arrodillarse y decir que se arrepentía de todo, cedió y desató a Alan, haciendo que este cayera al suelo desmadejado.

—¡¡Subidlo al caballo!! Los que me ayuden tendrán un obsequio celestial.

Alan pensó que Elisabeth se estaba excediendo en su actuación y que los hombres del clan, acabarían por engañarla y no subirlo al caballo.

Pero se equivocó, dos de los hombres de Cailean agarraron a Alan y como si para ellos fuera una pluma, lo subieron a Black, el caballo que montaba Agnes.

Cuando esta se aseguró de que Alan estaba bien sujeto, gritó.

—Alabado sea Dios— y todos los allí presentes se arrodillaron y juntaron sus manos para rezar.

—Quinn, vámonos ya —dijo Alan entre dientes.

—¡¡Qué paséis un buen día, «pringaos»!! —gritó antes de decidirse a abandonar el patio de armas a toda prisa.

Agnes la siguió con Alan malherido y Gavin les abrió las puertas para que pudieran escapar. Llevaban tres días preparando aquella entrada inesperada en el castillo y con sus manos vacías, lo habían conseguido.

—Siempre he dicho que la religión es el mejor método para dominar al pueblo —dijo Elisabeth, todavía entre risas.

Los caballos galoparon hacia la isla, pues la marea les había acompañado y era tan baja, que la arena estaba compacta y dura.

Llegaron a la isla y la atravesaron de punta a punta, su intención era llegar a un barco que los llevaría a otro lugar, lejos de la isla de Barra.

Elisabeth y Gavin lo habían dejado todo atado para que así fuera en los días que Alan había permanecido cautivo por Cailean.

Cuando sintieron que ya no les podrían alcanzar y, tras un buen rato de trayecto, pararon a comer algo.

Gavin llegó tiempo después, y les avisó de que Cailean se había sentido engañado y estaba organizando a la gente del clan para ir a buscarlos.

—No podemos permanecer mucho tiempo aquí —dijo Elisabeth.

—Alan necesita descansar —dijo Agnes preocupada.

—Si nos capturan nos matarán, Cailean ha podido tragarse la farsa durante el espectáculo que le hemos montado, pero no es idiota, y no cejará en su empeño para apresarnos.

Agnes sujetaba la cabeza de Alan y le acariciaba el pelo con dulzura.

—Amor, viniste a por mí —gimió él.

—No hables, necesitas descansar —le contestó ella.

—Al anochecer emprenderemos la marcha de nuevo, les será más difícil encontrarnos —dijo

Gavin, para sorpresa de Elisabeth.

—¿Y tú, desde cuando diriges la operación? —preguntó ella divertida.

—Desde que me he dado cuenta de que no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas aquí, Cailean no se moverá hasta que nos haya dado suficiente ventaja, a él le gustan los retos y nos está regalando tiempo, solo eso. Necesitaremos reponer fuerzas para salir de esta indemnes y te aseguro que, si el laird nos encuentra, estaremos muertos. Odia sentirse engañado.

—Si es que no entiendo cómo se lo han tragado sin masticar —rio Elisabeth.

Gavin se encogió de hombros.

—El monstruo daba mucho miedo y aquí somos temerosos de Dios, no sé cómo seréis en vuestra época, pero a Dios hay que respetarlo y no hacerlo enfadar.

—Eso son bobadas —dijo Elisabeth.

—Te equivocas, la fe no es ninguna tontería, ¿a que no, Agnes? —preguntó el chico con inocencia.

Agnes negó con la cabeza y soltó:

—Yo ya no creo en un dios que me cuida, en los últimos tiempos he visto la injusticia y la maldad mirarme a los ojos.

—La otra... —se burló Quinn.

—Elisabeth, a ti lo que te pasa es que te crees que estás por encima de ellos porque vienes del futuro. Pero ellos son felices con las pequeñas cosas que nosotros hace ya mucho que despreciamos y no les damos valor. De ellos se ha de aprender, aunque tengan costumbres salvajes y una fe ciega en creencias ya obsoletas en nuestro mundo —apuntó Alan.

—No te rías de mí, te he contado todo lo que me ha pasado desde que puse un pie en ese maldito castillo —espetó Agnes antes de levantarse y salir corriendo con la rabia pintada en la cara.

Alan la siguió y, tras intentar localizarla entre los árboles, alguien le tocó un hombro.

—¡Joder, qué susto me has dado! —exclamó Alan.

—¿Qué significa joder? —preguntó Agnes curiosa.

Alan rio con malicia y por primera vez en completa soledad atrajo a Agnes hacía sí mismo y la besó con pasión.

Fue un beso ávido de deseo. Esa pregunta de Agnes lo había puesto a cien y, en lugar de explicarle el significado de la palabra, deslizó los ropajes de Agnes por sus hombros hasta dejarlos expuestos.

Alan depositó pequeños besos en su piel morena y, con pericia, fue desnudando a su amada hasta dejar a la vista sus turgentes pechos que se erguían frente a él esperando ser devorados.

Agarró con suavidad uno de sus senos y acarició su pezón, que se puso erecto con el tacto de las manos fuertes y cálidas de Alan.

Alan tomó en brazos a Agnes y la llevó a un pequeño lecho de hierba fresca que localizó muy cercano a ellos. Allí hizo lo que tanto deseaba, acariciar con su lengua los pezones de su chica. Esta gimió de placer, jamás había sentido algo así y pidió más.

Descubrió su torso marcado y perfecto. Su complexión, atlética por naturaleza, atraía a su amada como un imán, necesitaba que él la hiciera suya, era un deseo que ya había aflorado en ella el día que vio como Cailean lo hacía con aquella otra mujer. Sin embargo, su deseo sano no fue correspondido como debía y a ella, que recordó aquel momento, se le ensombreció la mirada.

—No temas, no haré nada que tú no quieras, solo tienes que decirme una palabra... no.

Y seguidamente levantó su falda y acarició su monte de Venus. Deseaba entrar en ella, era demasiado fuerte el efecto que aquella mujer causaba en él, pero quería saborear el momento.

Acarició los muslos de su chica y con suavidad lamió su clítoris anhelante de él. Succionó, deslizó su lengua e introdujo uno de sus dedos en su interior.

Agnes no podía explicar las sensaciones que la envolvían, pensó que sería capaz de permanecer así toda su vida, embriagada por el placer que aquel hombre le regalaba. Ella posó sus manos en la cabeza de él y acarició su pelo negro mientras la atraía hacia sí, ansiaba tenerlo aún más adentro.

Alan se retiró y se acercó a su boca. Ambos estallaron en un beso caliente y húmedo.

Cuando el beso se apagó, los amantes se miraron a los ojos.

—¿Cómo puedo darte placer? —preguntó Agnes.

Alan la miró con picardía y se desnudó de cintura para abajo, dejando a la vista su miembro erecto y deseoso de que ella posara sus labios en él.

El instinto guio a Agnes en lo que debía hacer, y con suavidad lo agarró y lo lamió antes de metérselo en la boca y degustarlo como el mejor de los manjares.

Estaba caliente, tanto que sentía de nuevo que aún necesitaba más. Alan, jadeante y a punto de estallar, tiró con suavidad de la melena de Agnes para que esta se retirara.

Ella lo miró curiosa, y él posó un dedo en sus labios hinchados por el deseo para callarla.

Atrajo a su chica hasta quedar ambos perfectamente acoplados y entró en ella con suavidad, pues no quería ser brusco en su primera vez, deseaba hacerle el amor, aunque su diablo interno le gritara que la follara duro hasta el amanecer.

Comenzó con embestidas suaves, pero pronto el cuerpo le pidió más y aceleró el ritmo y la intensidad. Agnes sentía descargas de placer en su interior, la conexión de ambos era eléctrica, demasiado intensa.

Alan lamió sus pezones y Agnes gimió de placer mientras le decía que siguiera, que lo hiciera más fuerte. Eso a Alan lo volvió loco y ambos, enajenados por el placer, se dejaron llevar hasta el final. Fue Agnes la primera en romperse en trocitos de sí misma, en liberar aquella tensión sexual que existía entre ambos y que había sido obviada desde que se conocieron. Fue entonces cuando él, loco de atar, estalló en un orgasmo descomunal y deseado.

Acabaron jadeantes y entre susurros se dijeron un te quiero mutuo.

En ese momento, Alan fue consciente de que tenía la espalda en carne viva por los latigazos, y que Gavin hubiera rescatado el traje de viaje, que estaba mugriento, no había ayudado a que aquellas heridas se curaran, más bien habían hecho el efecto contrario.

—¿Qué tienes? —preguntó exhausta todavía por lo que acababa de pasar.

—No es nada —mintió Alan con un mal disimulado gesto que no engañó a Agnes.

—Lo siento, ni siquiera me acordé de tu espalda, lo confieso —dijo mientras acariciaba el cabello de su amante.

—Tenemos que irnos, aquí no estamos seguros —anunció sintiéndose culpable por haber perdido la noción del tiempo de aquella manera.

Ambos se vistieron y se acercaron cogidos de la mano a donde esperaban Gavin y Quinn, pero el destino, caprichoso en ocasiones, les había preparado una nueva jugada, la cuestión es si la ganarían o no.

Capítulo 29

El silencio se hizo en el campamento, Gavin no estaba muy contento con mis supuestas burlas a sus costumbres y hacia Agnes. Aquella gente tenía el sentido del humor atrofiado, cualquier cosa les parecía una ofensa. Yo solo estaba nerviosa y con el subidón de habérsela colado a toda aquella gente con algo que en mi tiempo haría que me encerraran en un manicomio o, en el peor de los casos, en la cárcel por líder de secta chiflada.

Estaba incómoda, no muy acostumbrada a la interacción social, pues mi vida era bastante solitaria y mi trabajo absorbía gran parte de mi tiempo.

El plan era tomar un barco que les llevara a otro lugar lejos de los MacNeil, pero ¿para qué?, Alan y yo debíamos regresar al futuro y solo teníamos dos inyecciones y un par de trajes de viaje, Agnes no podía venir con nosotros. No sabía cómo se lo diría a Alan, pues este estaba convencido de llevarse a su chica al futuro, porque, según él, el tiempo en el que nosotros vivíamos le ofrecería muchas más posibilidades que vivir en aquel pasado injusto a merced de Cailean que ahora decía que la amaba.

Todo era complicado, demasiado. No sabía qué iba a pasar y cómo solucionarlo sin que Alan me enviara al cuerno sin billete de vuelta.

Me había decidido a acompañar a aquel tipo que solo me había traído problemas en una misión del todo inútil, ¿y todo por qué?, porque creía en el amor de los demás y no en el mío propio. Porque viajar al pasado en aquellas condiciones y con los hombres de Taylor pululando por allí era de tontos.

En esos pensamientos andaba enfrascada, cuando una voz conocida y a la vez evitada me susurró al oído:

—Volvemos a encontrarnos, nena.

Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron, era él, Jackson.

En el pasado adoraba su voz rasgada y hasta la más tonta de sus expresiones. Estaba enamorada, no veía otra explicación. Porque si analizaba ahora con lupa todo lo que él soltaba por su boca, se podían seleccionar expresiones sueltas coherentes, pero de esas más bien pocas.

Jackson era un fantasma, un fanfarrón y un machista. Llegué a esa conclusión tras un matrimonio que solo me trajo penas. La verdad es que cuando recuerdo todas las lágrimas que solté por él me río de mí misma. Que ilusa era y que joven cuando lo conocí.

Voltéé para ver su atractiva cara, porque eso sí lo tenía, era realmente guapo; y no me sorprendió ver que me apuntaba con un arma de fuego.

Otros dos tipos más apuntaban a su vez a mi acompañante. Alan y Agnes, ¿dónde demonios estaban? Hacía un buen rato que ella se había marchado por no oír mis paridas y él fue tras ella cual perro en celo, porque sí, los había observado cuando cabalgábamos.

Hasta el momento en el que Gavin le dio el traje de viaje maltrecho a Alan, este estaba desnudo y, aunque malherido, rebosaba deseo por la mujer que tenía delante a las riendas del caballo. Y ella no se quedaba corta, pues él le decía vete a saber qué al oído y ella se sonrojaba. Sinceramente, quizás el amor es algo que jamás llegué a experimentar, aunque creyera erróneamente que sí lo hice. Nunca tuve semejante complicidad con Jackson ni de cerca.

—¿Dónde están los otros dos? —nos preguntó mi ex.

—Ya no están con nosotros —mentí—, estamos solos.

—Oh, ¿o sea que esta es tu última conquista?, por dios, Elisabeth, si solo es un crío —dijo Jackson mientras se carcajeaba.

—El problema lo tienes conmigo, deja que el chico se marche. —Mi mente pensó con rapidez. Aquellos tipos llevaban trajes de viaje, y con toda seguridad, jeringuillas con la sustancia que nos permitía viajar en el tiempo.

—Ni en broma lo dejaré marchar, sabe demasiado y no quiero nada más que cumplir con lo que se me ha encomendado, llevarte de vuelta ante Taylor y matar a tus amiguitos. Es un pequeño capricho que se me ha concedido.

—Eres un impresentable, una sabandija asquerosa, si ya me lo decía mi madre, qué ignorante fui.

—En eso tienes razón, cariño, siempre fuiste corta de luces —rió durante unos segundos y, de pronto, adoptó una expresión seria y firme—, en contrada a los otros dos—, ordenó a sus compañeros.

Los hombres de Jackson cumplieron con celeridad y sin rechistar, mientras yo me consumía por la rabia, ¿tan cruel podía llegar a ser con alguien a quien, supuestamente, había querido? No conocía al hombre que tenía delante, ya no.

No era muy difícil localizar a cualquiera en aquella isla desprovista de bosques de cuento, por ello, varios minutos después, aquellos hombres aparecieron con los dos tortolitos recién follados. ¿Que cómo lo sé?, no hay que ser muy listo para verlo en sus caras. Lo que me impresionó fue la capacidad de Alan para reponerse de sus heridas, ni se le veía inmutarse, cuando horas antes, estaba hecho un cristo.

—¿Por qué haces esto, Jackson?, ¿por qué no me dejas vivir mi vida y ya está?, no pido tanto...

Jackson se carcajeó y, mostrándome una amplia sonrisa cínica, comenzó a hablar:

—¿Sabes, pequeña...?, la has jodido y por tu culpa la organización ha perdido mucho dinero.

»La misión no se pudo completar con éxito gracias a este individuo que se arrancó el dispositivo sin que tú pudieras ni siquiera oler sus intenciones.

»No se pudo hacer nada, mataron a muchos de nuestros sujetos y no pudimos poner en su sitio lo que se había desviado en la historia. Sabes, querida, que nosotros somos unos héroes anónimos que luchamos por preservar los hechos históricos y tú lo has tirado por la borda por tu absurdo romanticismo de novelita de bolsillo.

Pensé que Jackson estaba al tanto de las operaciones reales de la organización, juro que llegué a pensar que yo era la única ilusa que creía que trabajábamos para el gobierno, que me tragué esa patraña. Pero Jackson me acababa de demostrar que no era más que otro conejillo de indias de Taylor.

Comencé a reírme sin parar ante la atónita mirada de mi ex.

—¿Qué es eso que te hace tanta gracia? —preguntó con evidente enfado, pues odiaba que se rieran de él.

—Porque no tienes ni idea de nada, creo que ahora el corto de luces eres tú, mi amor —dije con suficiencia.

—¿A qué viene eso?, deja de faltarme el respeto y riéte de tu puta madre —espetó.

—Jackson, mi vida, no somos héroes, somos piratas..., simples ladrones a sueldo.

—Venga, va, invéntate otra patraña más creíble, esa no se aguanta en pie. Todos en la organización sabemos a qué nos dedicamos, y no es precisamente a robar. Vale que nuestros métodos no son muy ortodoxos, pero el fin es bueno y es lo que cuenta.

Negué con la cabeza.

—Jackson, puedes ser muchas cosas, muy chulo, muy machito, muy fantasma; pero a inocente no hay quien te gane, por eso formas parte de la organización al igual que yo, nos han engañado durante años, todo es un montaje para robar piezas valiosas y venderlas luego en el mercado negro. La organización no trabaja para tu país, para tu amado gobierno, es clandestina y sus fines son oscuros. Taylor no es un jefe al uso, es un famoso pirata informático que, en el pasado, se cubrió de gloria con sus proezas, nunca dieron con su identidad. Lo recordarás, Taylor es...

No llegué a decir quién demonios era mi exjefe, pues una espada atravesó el cuerpo de Jackson que cayó con sus ojos abiertos de sorpresa clavados en mí.

Su última mirada me hizo ver quiénes fuimos en el pasado y que por mucho que durante los últimos tiempos nos hubiéramos llevado como el perro y el gato, yo un día amé a aquel hombre que ahora soltaba sangre por la boca.

Su última palabra fue mi nombre, como él lo pronunciaba cuando nos queríamos. Beth.

Capítulo 30

Cailean se erguía triunfante. Había escuchado con varios hombres del clan, y escondidos tras un montículo, lo que había confesado Elisabeth. Los recuerdos, que jamás se fueron del todo, volvieron a su mente de forma fugaz y en ráfagas.

Aquellos tipos de la taberna, el barco que le llevaría a un nuevo mundo a cumplir sus sueños. El pinchazo fuerte en su cuello, el dolor, mucho dolor y después, la nada.

Cuando volvió en sí, se encontró en un lugar desconocido para él, frío y extraño. Un hombre con un bigote prominente lo observaba de brazos cruzados. Vestía unos ropajes desconocidos para él. Llegó a pensar que había muerto y estaba en el infierno. Incluso creyó que aquel hombre podía ser el diablo, aunque las representaciones que conocía del mismo, por los libros, eran muy diferentes a la visión que tenía delante.

Lo oyó decir que tenían que devolverlo a su tiempo y borrarle la memoria para que tomara el relevo de Alan MacNeil porque la misión se había torcido, esas fueron exactamente sus palabras dirigidas a otro tipo que se movía de un lado al otro de aquel agujero donde lo tenían cautivo.

Aquel maldito pinchazo de nuevo y lo próximo que recordaba es correr con la espada en la mano y luchar en el patio de armas, con un montón de casacas rojas, entre las llamas.

Sentía, de pronto, gran congoja por una mujer, Agnes, una chica a la que había besado y de la que se había enamorado. Sin embargo, aquellos recuerdos difusos, se habían ido borrando con el paso de los días, dándole paso a la inquietud y a la confusión mental.

No lo tuvo del todo claro hasta ese momento, cuando escuchó la conversación de aquellos dos. Todo había sido obra de personas que venían del futuro. La idea le aterraba a la vez que le fascinaba, pues su espíritu viajero le decía que le encantaría poder hacerlo, viajar en el tiempo. Qué ironía, lo había hecho, pero de forma totalmente inconsciente, no era así como quería que fuera. No.

—¿Qué has hecho, salvaje? —La voz de Quinn lo sacó de sus ensoñaciones.

—Merecía morir, y tú también, por ser parte de tal aberración —dijo acercándose a ella con la espada ensangrentada.

—¡¡No lo hagas, Cailean!! —ordenó Alan.

—¿Por qué?, engendro, ¿por qué no debería hacerlo?, al fin y al cabo, no sois nada más que delincuentes, piratas, y a los MacNeil no nos gusta que nadie se aproveche de nosotros y mucho menos, que osen poner un pie en nuestro castillo.

Quinn sonrió. Creía que en unos segundos Jackson volvería a la vida, pero el tiempo pasaba y, ante la discusión acalorada de Cailean y Alan, Jackson, su antiguo amor, se desangraba sin dar la más mínima señal de regeneración.

Los otros hombres que lo acompañaban, que ella no conocía más que de un hola y un adiós en la entrada del edificio de la organización, habían sufrido suerte parecida a la de su exmarido. Fue un segundo, una ráfaga de luz que pasó por su mente y un dolor en su pecho. Jamás pensó que penaría la muerte de Jackson, es más, hubo ocasiones en el pasado en las que llegó a desearla. Pero el verlo allí, inerte, con la mirada sorpresiva, hizo que las lágrimas brotaran de sus ojos sin poderlas controlar y que ella se rindiera y cayera de rodillas delante del cadáver del que un día la enamoró.

—Jackson..., Jackson, ¿por qué has tenido que venir tú a buscarme? —preguntó entre sollozos

y con los gritos de Alan y Cailean que se oían como amortiguados y lejanos para ella.

—Porque... yo siempre te...te... te quise, Beth —dijo torpemente, en un último estertor que le hizo volver por un segundo a la vida, antes de que su luz se apagara para siempre.

Elisabeth besó sus labios y, sin poder contener las lágrimas, cerró sus ojos, esos ojos que siempre le agradaron, hasta que se convirtieron en vengativos y mezquinos, y decidieron dañarla en lugar de admirarla.

De pronto, los gritos de los dos hombres más idénticos que había visto en su vida sin ser gemelos volvieron a un primer plano auditivo.

—¡Eres un violador asqueroso!!, ¡tienes suerte de que solo hayas permanecido hibernado en soledad, me hubiera gustado verte entre presos del futuro, te hubieran dado lo tuyo, cabrón!! —gritó Alan fuera de sí.

Durante aquellos segundos en los que había desconectado de la realidad, la interacción entre Cailean y Alan había subido de tono hasta alcanzar notas inalcanzables por cualquiera. Los dos hombres tenían la misma voz potente y varonil, una voz que podía derretirte por dentro, pensó Elisabeth, que no sabía por qué narices había aflorado aquel pensamiento en ella en aquel momento tan complicado.

Reaccionó y se levantó del suelo para meterse en medio de tal acalorada discusión.

—A ver, chicos, parad de gritar y sed prácticos por una vez —dijo Quinn empujando a ambos hombres por el pecho para tranquilizarlos.

—Tú, cállate, bruja, eres tan culpable como ese pobre infeliz que yace en el suelo y por el que las lágrimas te empapan las mejillas —espetó Cailean apuntándola con un dedo inquisidor.

—Te equivocas, nosotros somos solo víctimas, ninguno sabíamos la verdad, a qué se dedicaban en la organización en realidad, éramos meros peones que, Taylor, ese hombre del bigote que te habló cuando te llevó al futuro, movía a sus anchas —aclaró Quinn.

—¡No me vas a engañar con tu falsa inocencia, formas parte de todo este engaño y tienes que pagar por ello! —bramó Cailean a la vez que atraía a Elisabeth hacia su cuerpo con violencia y la agarraba por el cuello.

Elisabeth, atrapada por aquella mole de hombre y por sus manos firmes que le oprimían el cuello, comenzó a dar síntomas de falta de aire y por mucho que intentaba deshacerse de su prisión no le era posible.

—¡Suéltala, malnacido! —gritó Alan. Sus manos estaban desnudas, ni siquiera un arma tenía y los hombres de Cailean le apuntaban con unas rudimentarias, pero no por ello menos dañinas.

—No, no la voy a soltar, va a morir y luego tú correrás su misma suerte por haber usurpado mi lugar.

—Creo que los tipos de la organización que te borraron la memoria y lo hicieron de pena, realizaron bien su trabajo con algunos de tus recuerdos. Solo es un pequeño detalle, cabronazo. Y es que fuiste tú quien me pidió, bueno, más bien quien me obligó a ocupar tu lugar, yo no tenía la más mínima intención de quedarme en este tiempo y, mucho menos, en convertirme en un hombre que cuando se emborracha es capaz de mancillar la honra de jovencitas.

Cailean lo miró confundido y se llevó las manos a las sienes. Esos recuerdos, aunque dormidos, despertaban poco a poco y sí, recordaba cómo había obligado a Alan a convertirse en un falso *highlander*, en una copia de sí mismo a la que ni siquiera había aleccionado como dios manda.

Solo por viajar, por descubrir ese nuevo mundo. El de aquellos libros que tanto le gustaban y que hacían que su mente se liberara y planeara sobre los rincones más maravillosos de la tierra sin moverse de aquella isla, que todos decían que tenía mucho encanto y para él no era más que

una prisión rodeada de agua.

De pronto posó sus ojos en los de Elisabeth, asustados, casi sin vida. Alan profería maldiciones; lo miró, fue como si todo se tornara lento, demasiado. ¿Qué hago?, pensó. ¿Qué diría mi padre?, un hombre justo imparte justicia, como buen laird, eso has de hacer. La figura de su padre apareció en su mente enajenada por el odio a su presa y, tras respirar profundamente, aflojó la presión.

Elisabeth cayó al suelo, lánguida, como una muñeca de trapo.

—¡Quinn! —exclamó Alan, antes de arrodillarse frente a ella.

Cailean envainó su espada y se subió al caballo que lo había llevado hasta dónde se escondían los cuatro. Miró un instante a Black y luego se despidió de él con un gesto. Le había dejado claro que ahora pertenecía a Alan y creyó que este podría ser un presente para compensar los daños, al fin y al cabo, aquel hombre tenía razón, él lo había obligado a tomar su lugar y eso era algo de lo que se arrepentía, pues su padre murió por su temeridad. Si él hubiese estado en su sitio, ningún inglés hubiera entrado en el castillo. Eso jamás.

—¡Pongámonos en camino!, aquí no tenemos nada que hacer ya —ordenó.

Sus hombres guardaron sendas armas y se subieron a sus caballos para desaparecer en segundos.

Agnes y Gavin, que habían permanecido abrazados durante toda la escena, corrieron a donde estaba Alan con Elisabeth.

Alan comprobó el pulso de Quinn, pero era inexistente. Negó con la cabeza y anunció:

—Está muerta.

El pesar lo embargó por completo, solo hacía unos días que conocía a su nueva amiga, pero tenía mucho que agradecerle, otra persona hubiera pasado del tema, sin embargo, ella se había metido de lleno y el agua la había ahogado.

Alan sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos y, aunque las intentó contener, acabó dándoles libertad, al fin y al cabo, llorar es para todos.

Agnes se abrazó a Alan y ambos se dejaron llevar por los sentimientos, aquella mujer los había vuelto a unir y ahora estaba muerta a manos del malnacido de Cailean y su modo de hacer las cosas.

—¡¡Lo mataré, juro que lo mataré!! —El sentimiento había dado paso a la ira.

Alan se acercó a Black con ímpetu y lo montó con ganas. Comenzó a galopar rápido con el fin de alcanzar a Cailean.

Pero un caballo fue tras él, y los gritos de Gavin hicieron que detuviera su marcha frenética.

—Tienes que volver —dijo el muchacho, nervioso.

—¿Por qué debería hacerlo?, déjame en paz, he de cerrar este círculo y solo podré hacerlo matando a ese hijo de puta —espetó Alan.

—Volvamos al campamento y lo verás.

Alan estuvo a punto de ignorar las palabras de Gavin y seguir su camino. Pero no lo hizo, tenía curiosidad por saber por qué había detenido su intento de cargarse a aquel gusano que le revolvió las tripas.

Ambos volvieron a donde se habían quedado las chicas, Agnes y Elisabeth estaban abrazadas. Alan abrió mucho los ojos y se acercó a ellas.

—¿Qué ha pasado?, ¿cómo puede ser? —preguntó Alan confundido.

Elisabeth se encogió de hombros. Su dispositivo la hacía inmortal. Aquello era prácticamente imposible si no eras uno de los sujetos que se enviaban a cumplir misiones suicidas. Los querían tener vivos para que las completaran, y muchos habían caído heridos de muerte, por ello se les

concedía la inmortalidad temporal. Pero su dispositivo no gozaba de ese privilegio y estaba *hackeado*, era imposible, a menos que..., no, aquello era imposible. Descartó la idea de inmediato. Pensó que Sarah tenía más habilidades de las que decía y que había sido ella quien le había dado la inmortalidad para que volviera sana y salva. Sí, eso había sido.

Capítulo 31

El barco ya no era necesario, Cailean nos había dejado en paz, pero Gavin decidió marcharse igualmente. Ya no podía volver al castillo, para su señor, él había cambiado de bando.

Alan le regaló a Black, no quería dejar al animal solo a su suerte, además, se había encariñado con él. Acarició sus crines y le susurró un:

—Suerte, amigo.

Alan y Agnes se despidieron de Gavin de manera emotiva. Yo permanecí en un rincón, alejada de la despedida.

Había llegado el momento de decir la verdad, Agnes tenía que quedarse en el pasado por mucho que a Alan le doliera.

Mis intentos para que subiera a aquel navío habían sido infructuosos y me habían costado un buen disgusto con Alan, que quería por todos los medios volver a su vida con ella, con su chica.

—Cada elemento ha de estar en el lugar y la época que le tocan, no puedes llevártela, Alan. Modificarás la historia, pues no sabes a qué se enfrenta ella en su vida y para qué puede ser necesaria. Todos tenemos un cometido, Alan, si viaja contigo al futuro, todo se modificará a su alrededor. Es mejor que te despidas y vuelvas a tu vida y que ella se vaya con su amigo —le expliqué ante su expresión furiosa y decepcionada.

—Entonces ¿para qué te has tomado tantas molestias?, para redimirte y quedarte en paz contigo misma, ¿verdad?, ¿y los sentimientos ajenos?, está visto que te importan una mierda. Mira, señorita Quinn, si ella no puede volver conmigo, prefiero subir a ese barco y quedarme en el pasado. Lárgate tú sola.

Le expliqué de nuevo que eso no podía ser, que ambos debían estar en su respectiva época.

—¿Y a ti qué más te da?, no es tu vida.

Lo reconozco, siempre fui algo cuadrículada, analicé qué motivos había para que cada uno se quedara en su tiempo y llegué a la conclusión de que era lo mejor.

En la vida nacemos con un cometido, para imprimir nuestra huella en el mundo por pequeña que esta sea. Todos tenemos que hacer una parte para que ese loco lugar llamado mundo fluya en armonía. Si Alan cambiaba el curso de los acontecimientos todo podía variar y no se podía modificar la historia. Ese siempre había sido el lema de la organización y Sarah me lo había repetido hasta la saciedad.

—Ni se te ocurra traerte a la chica y tampoco dejes que él se quede allí. Deberías dejarlo correr y hacer tu vida, si los vuelves a unir los condenarás, estoy segura de que no quieres eso, ¿verdad? —Sarah me apuntaba con un dedo inquisidor y yo le prometí que sí, que dejaría que todo siguiera en su lugar, pero antes tenía que arreglar lo que yo había destrozado.

Puede que ahora el lector piense que no tenía sentido viajar al pasado con Alan de nuevo, puede que mis motivos no parezcan lo suficientemente sólidos y que sea del todo incongruente. Pero yo podía ver algo que Alan y Agnes no, tampoco el lector puede verlo, ¿o tal vez sí?

Veamos, con la llegada de Alan al pasado, la maquinaria del tiempo había tomado un rumbo distinto. La organización se encargaba de desviarse solo un poco y de reconducir los hechos hasta cerrar el círculo y deshacerse del sujeto enviado al pasado, borrar la memoria de sus contactos y hacer que la historia siguiera tal cual fue en su día. Nadie se percataría de la pequeña desviación hecha por unos piratas que nadie había descubierto hasta la fecha.

Con Alan fue distinto, él mismo se desvió más y más, hasta dejar abierta una brecha en el pasado; una brecha que condenaba a Agnes a vivir de la prostitución, como su hermana. Que condenaba a Gavin a la horca por traición y que hacía que Cailean matara a Caris.

Ese era el futuro si yo no volvía a reparar mi error, si dejaba que las cosas siguieran su curso.

Fue Sarah quien me mostró ese futuro porque yo le insistí sobremanera en visualizarlo. Ella me repitió una y otra vez que no lo hiciera, ¿qué más me daba a mí si Alan nunca llegaba a nacer?

¿Y esto por qué?, pues porque si esa desviación continuaba su camino y Cailean repudiaba a Caris con la falsa convicción de que Agnes era la mujer de su vida y ella la había dañado por celos, además de provocar el incendio del castillo, que no se debía producir hasta años más tarde, Caris y Cailean nunca llegarían a concebir, y sin un hijo de Cailean y su hermana, Alan y el resto de las generaciones anteriores a él no serían posibles. Pues Alan no era otro que uno de los descendientes de la relación incestuosa de los hermanos MacNeil. Por ello debía producirse, por muy antinatural que aquello pareciera a los ojos del resto del mundo.

Entonces, si Cailean seguía con la idea artificial de que Agnes era la mujer de su vida, ¿por qué iba a acabar en un prostíbulo? Porque la adorable Agnes, con su mal recuerdo de Cailean, en el momento de estar repuesta y en cuanto Cailean osara rozarla siquiera, clavaría una daga en su corazón y lo mataría. Caris, como castigo la enviaría al prostíbulo y haría que su vida fuera peor que el infierno, haciendo que cada noche fuese violada por los más depravados de la isla. Alan, no nacería.

¿Y por qué Gavin sería acusado de traición y condenado a la horca?, porque intentaría liberar a Agnes, vigilada en el prostíbulo por dos hombres del clan a todas horas para que no se escapara.

No es que me cayera muy bien aquel chico, pero tampoco quería ese fin para él. Tras ver todo aquello lo tuve claro, tenía que volver al pasado y devolver a su lugar el curso de los acontecimientos.

—Lo siento, Alan, eso que me pides es imposible, además, solo disponemos de dos dosis del líquido que nos ha de transportar al futuro y ella no tiene dispositivo, no se puede hacer nada.

—Déjalo estar, Alan, está visto que ella no quiere ayudarnos —espetó Agnes, que hasta ese momento había permanecido en silencio y con expresión ceñuda.

—Vete tú sola, yo me quedaré aquí con ella.

—Sois un par de cabezotas. A ver, puedo entender que penséis que estáis enamorados, pero sed coherentes. Joder, Alan, que ya eres mayorcito, sabes que el amor es efímero y puede atraparte, pero eso no es duradero. En cuanto el encanto desaparezca vuestra vida será un infierno —mentí para salir del paso, lo reconozco.

No debía contarles la verdad, los condicionaría, por ello tuve que inventar mil y un argumentos que a ellos no les sirvieron.

El barco debía zarpar y aquellos dos locos querían marcharse juntos para vivir su historia de amor en el pasado. Eso tampoco podía ser. Sarah no me dio detalles, pero me dijo que era muy importante que Alan no subiera a aquel barco.

Estaba en una encrucijada y no sabía cómo demonios iba a salir indemne de ella. ¿Quién me mandaría a mí meterme en berenjenales ajenos?, me lo preguntaba una y otra vez, pero ahí estaba yo, la bruja del cuento, la villana que los quería separar.

No hubo manera de separarlos y, desoyendo todas mis advertencias, los dos tercios se alejaron de mí para reunirse con Gavin en el barco.

—¡De acuerdo, joder..., la voy a cagar mucho, Sarah me matará, dios!

Agnes y Alan, que caminaban de cogidos de la mano se giraron con una amplia sonrisa.

—Tenemos más trajes de viaje y dosis de líquido para viajar. También dispositivos a nuestra

disposición. Solo hay un detalle, los portadores de tal mercancía, están muertos.

Tuvimos que volver a donde se hallaban los cadáveres de Jackson y los demás. Abrir la muñeca de Jackson para extraer su dispositivo fue una experiencia terrible que no quería vivir. Por ello, fue Alan quien, siguiendo mis instrucciones, lo hizo.

Agnes se puso el traje más pequeño que encontramos, perteneciente a uno de los hombres que acompañaban a Jackson y esta vez sí me tocó implantar el dispositivo en la muñeca de Agnes, sin anestesia.

Hay momentos en los que pienso que el amor lo puede todo. Cuando en mi época se le implanta un dispositivo a un sujeto se le anestesia localmente, de modo que no sufra el más mínimo dolor. Es algo habitual y ya nadie teme a acudir a implantarse uno. Es más, hay personas que se lo cambian cada vez que sale uno nuevo a la venta y siempre llevan el último modelo.

No tenemos cicatrices, ya que se dota al sujeto de regeneración de tejidos momentánea y su muñeca queda intacta. Pero en 1747 no teníamos aquella tecnología y mucho menos una inyección para que Agnes no sufriera.

Estoy segura de que yo hubiera gritado como un animal, sin embargo, ella, que ya había demostrado ser una pequeña gran mujer, aguantó el dolor como toda una heroína.

Vendamos sus heridas con un trozo de la capa que ella vestía y nos preparamos para viajar al futuro.

Ellos dos, abrazados, se juraron amor eterno, se fundieron en un beso en los labios cuando yo les clavé la aguja en el cuello a traición.

Esperé unos segundos a que se fueran desdibujando sus siluetas delante de mí y contemplé aquel lugar por última vez antes de inyectarme a mí misma.

—Sarah me matará.

Fueron mis últimas palabras antes de sentir un dolor insoportable, ese dolor que me anunciaba que mi cuerpo físico se descomponía en partículas para viajar en el tiempo.

¿Qué sería de mi vida de ahora en adelante?, eso era una incógnita difícil de despejar, solo debía vivir, comenzar de nuevo, quizá descubrir el amor, o no. No tenía ni la menor idea, eso ya se vería.

Epílogo

Caminar por la ciudad, con su ruido, sus gentes y sus coches, me parecía una buena estampa un año después de volver del pasado y dejar mi trabajo en la organización. Sarah y yo denunciarnos a Taylor y la policía irrumpió en las instalaciones que habían sido mi lugar de trabajo en los últimos años. No encontraron nada, ni huella de que allí hubiera habido un centro que emulaba a la perfección una organización del gobierno.

En su lugar solo encontraron un edificio vacío y abandonado.

Lo habían aderezado con grafitis y varios vagabundos que hacían fuego para calentarse.

Alan nos acompañó para ratificar nuestra versión, pero la policía pensó que éramos unos locos, no se podía viajar al pasado, ni siquiera el pirata más buscado, Nexus, lo podía hacer.

Nos dijeron que, con seguridad, él nos habría implantado una ilusión, un espejismo, algo falso en nuestros dispositivos y por ello creíamos que habíamos viajado al pasado.

Sin embargo, teníamos a Agnes, que había venido del pasado y ahora tenía documentación falsa y era de nacionalidad española para todos. ¿Qué decíamos?, ¿que venía del siglo XVIII? No podíamos demostrarlo, por ello, decidimos seguir con nuestras vidas, total, no podíamos hacer nada más si la policía nos había tomado por locos.

Nadie nos había molestado, en contra de lo que Sarah pensaba. Ella había seguido en su casa del árbol e investigando sobre los viajes en el tiempo. Fue ella la que formuló aquel líquido que nos transportaba en el tiempo y la que diseñó aquellos trajes que utilizaba la organización para poder viajar y no encontrarse en pelotas en una época desconocida.

Quizá, por ello, era inteligente que estuviera desaparecida, pues Taylor era un ser despiadado que podía capturarla y utilizarla para su interés.

Sin embargo, ahí estábamos, vivíamos al día.

Yo no había vuelto a trabajar, tenía una buena cuenta bancaria y podía permitirme un tiempo de ocio, que estaba aprovechando muy bien.

Los tortolitos trabajaban juntos en la empresa de Alan. Él no había vuelto a defraudar al fisco y nadie lo había buscado para reclamarle nada.

Ya no se jactaba con sus amigos de lo poco que pagaba al gobierno, por el contrario, si tenía que pagar un poco más lo hacía, entre maldiciones, eso sí.

Jamás supimos qué fue de Gavin, y Sarah, por mucho que Agnes le suplicó, no dio su brazo a torcer, era mejor, según ella.

Hay veces que la vida te enseña a golpes, solo hay que saber esquivar los que puedas, o reponerte si te dan de lleno. Yo me había repuesto, eso estaba claro. Me había levantado y había asumido que, en mis años en la organización, había sido una delincuente que había hecho mucho daño, involuntariamente, eso está claro.

Tras pensarlo mucho, decidí que yo había sido una pieza más en la partida de Taylor y comprendí que lo mejor era seguir adelante y no cometer los mismos errores.

Llegué al aparcamiento cargada de bolsas, reconozco que eso de comprar ropa compulsivamente es mi droga. Y ahí estaba yo, tratando de meterlas todas en el maletero de mi vehículo inteligente, cuando una voz conocida me dijo:

—Señorita Quinn, volvemos a encontrarnos.

NOTA DE LA AUTORA

Si has llegado hasta aquí, querido lector, agradecerte que me hayas leído. Como habrás podido apreciar, me he tomado ciertas licencias para dotar a la novela de mayor agilidad y porque eran necesarias para la trama.

También he neutralizado el diálogo de los personajes del pasado con el fin de que la historia fuese creíble, no obstante, no quería recargar el libro con expresiones que pudieran sacar al lector de lo importante, la lectura y la comprensión de la novela.

Yo soy autora de misterio y thriller, por regla general. Esta novela ha sido todo un reto para mí y, he de confesar, que he disfrutado mucho escribiéndola.

Solo daros las gracias por haber llegado hasta esta humilde nota y si os ha gustado el libro, me encantaría saber vuestra opinión.

He de deciros, que ya está en marcha la segunda parte que viene cargada de aventuras, erotismo y mucho, mucho amor.

Lisbeth Cavey

Sígueme en:

Instagram: [lisbeth_cavey](#)

Facebook: [Lisbeth Cavey](#)

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Lisbeth Cavey o Maribel C. Gómez (Tarragona 1977) Empecé a escribir cuando apenas tenía cinco o seis años, lo hacía de derecha a izquierda, soy zurda, era más cómodo. Solía escribir cuentos o poesías y las ilustraba. A los once años les pedí a mis padres que me regalaran un diario por mi cumpleaños; desde entonces fui plasmando mi vida en aquel cuaderno rojo con páginas ribeteadas en oro, lo sé, ¡horrible! No escribía a diario, lo hacía cada vez que necesitaba desahogarme.

Tengo toda mi adolescencia registrada, sin embargo, la letra no la entiendo ni yo, quizás, algún día descifre mis diarios y pueda aprovecharlos para escribir esa novela que seguro me catapultará a las estrellas, de sueños también se vive.

No tengo estudios universitarios, soy una chica FP y contable de profesión. Durante mis estudios siempre destacué por mis dibujos y mis historias contadas de diferentes formas. La imaginación fue mi aliada y mi verdugo a la vez, pues hay personas que no entienden que un niño necesita imaginar y si lo hace de manera más intensa que los demás, no es que sea raro, solo es alguien que tiene mucho que contar.

Cuando ya estaba más cerca de los cuarenta que de cualquier otra edad, publiqué mi primer libro. Tiempo después lo borré de Amazon, la inseguridad y los múltiples errores fueron más fuertes que yo. Mi segundo libro, «Subyacente: El Informe Alcatraz», para mí, mi opera prima; me dio muchas alegrías y se vendió muy bien en Estados Unidos, es muy especial para mí y una locura maravillosa. En 2019 la reedité como «El informe Alcatraz». En 2017, publiqué «Imperfecta rara avis», si quieres leer un libro que no te deje indiferente no dejes de echarle un vistazo, te va a sorprender, seguro. «El Círculo de alas negras», lo publiqué en 2018, si te gusta pasar miedo y la intriga al 100 % no dudes que disfrutarás con este libro. En 2019 publiqué «Fénix: Lejos del cielo», un thriller de chicos rebeldes con toques paranormales. En 2020 publiqué «Luz de gas», una novela de terror psicológico llena de intriga. También en 2020 publiqué «La caja de Quimera», una novela de viajes en el tiempo, ambientada a principios del siglo XX.

En septiembre de 2020, participé en la saga Rock & Love, con el libro número cuatro, titulado «Dough, el fuego y las brasas». Fue mi primero libro romántico y erótico.

La novela que tienes entre las manos forma parte de una bilogía, en la actualidad estoy escribiendo la segunda parte, si has disfrutado con Cailean, prepárate a descubrir la historia de Elisabeth Quinn.